

El tinte de los pájaros.

Blanca Díaz Vila

# EL TINTE DE LOS PÁJAROS



BLANCA D. VILA

# Capítulo 1

Bloor

## Capítulo 1

Naya apartó las finas sábanas de seda que le cubrían y se levantó de su cama precipitadamente, ya vestida. Asomó la vista por el ventanal de su habitación. Una noche como otra cualquiera, fría, seca, como venía siendo desde hacía ya demasiado tiempo en la frontera norte del desierto de Blomr. Suspiró y cogió su bolso.

En el salón de la gran casa no había absolutamente nadie, como era de esperar a esas horas de la madrugada. Sin embargo, siempre pasaba a hurtadillas, atenta a cualquier sonido, pues una de las asistentes tenía la mala costumbre de darse paseos por los pasillos hasta bien tarde. Naya lo achacaba a su edad, su insomnio, o ambos. Esa era la razón, de hecho, de que hacía dos días objetos ornamentales de toda la casa habían amanecido inusualmente relucientes y con el fulgor que hubieran tenido en los años en los que acostumbraban adornar ciertos palacios y museos. Se fijó en uno de ellos, una vasija de jade, con una flor cualquiera tallada, que coronaba una sobria columna de mármol negro junto a una gran estantería repleta de volúmenes de incontables materias y temáticas perfectamente ordenados. Sus padres habían comprado el jarrón por un precio absurdo en la subasta del señor Hadckin el mes pasado. En esas reuniones a todos los asistentes les gustaba demostrar la fortuna que tenían comprando objetos inútiles al precio más alto posible para difundir lo poco que les importaba el pellizco.

Esa noche, al no escuchar indicios de Germa, la asistente, salió por la puerta a toda prisa. Iba a llegar tarde.

Icra silbó a Chel para que no se alejara demasiado, era un cachorrito de zorro del desierto que había encontrado hacía un mes malherido en la misma ruta que había recorrido ahora y, después de curarlo, ya no quiso alejarse de ella, lo que le pareció, por cierto, algo extraño dado el carácter de esos animales. Llegó al lugar de encuentro, por fin, Tae. No superaba los 25 años, era más alto que la mayoría de los chicos que Icra conocía, y también más listo, a decir verdad.

- ¿Y ese bicho?

Chel se había acercado cautelosamente al joven, olisqueando el aire a cada pasito que daba, pero cuando Tae habló, corrió a la protección de las piernas de su compañera.

- Tengo un nuevo amigo, se llama Chel. Señor Chel para ti – I cra se cruzó de brazos, indignada.

- ¡Qué bien! Ahora puedes presumir de que tienes un amigo.

Tae se rio de su propio chiste mientras recibía una tunda de la chica, la cual detuvo sosteniéndole un brazo y revolviéndole el pelo.

- ¿Cómo estás?

Estuvieron charlando sobre los últimos acontecimientos hasta que por fin llegó la tercera invitada a la reunión.

- ¡Naya! – I cra echó a correr hacia su amiga y le dio un abrazo

- ¿Qué tal? ¡Hola Tae! – saludó animada con la mano al chico – Siento haber tardado, me han hecho perder tiempo en las puertas.

- ¿Has pasado sin problema? – preguntó Tae.

- Sí, pero esta vez no he podido traeros nada, chicos. La vigilancia está más activa que nunca. De hecho, menos mal que no llevaba agua, porque me han registrado.

Sus amigos le quitaron importancia diciéndole que se despreocupara. En un desierto el agua siempre es un bien muypreciado, pero en este caso las circunstancias eran distintas, extremas.

- Últimamente han pasado más camiones de suministros por la Puerta del Norte de lo normal – comentó I cra al cabo de un rato de charla sobre la situación a la que iban a enfrentarse, sentados en el pañuelo que, por delicadeza hacia Naya, había colocado en el suelo. No era seguro quedar con ellos en ningún edificio, sobre todo por su amiga, era mejor estar al aire libre, en el punto de encuentro donde siempre se veían, en mitad de la nada. Para identificarlo sólo había una roca, lo suficientemente grande para dar algo de sombra durante el día a la intemperie, pero nada más -. Suelen pasar cuatro o cinco al día, pero este mes han entrado durante tres días el doble de camiones. No se cómo seguirán las relaciones comerciales con Yashak, pero no es cierto que se deterioren.

- Tienes razón, en esa dirección no hay más condados con los que negociar. Claro que a Encro y compañía les interesa que la gente crea que el agua que beben no viene de Yashak, con esa reputación...

- Es más conveniente decir que importan de Plomer o Niblema, y que el comercio con Yashak es cosa del pasado – añadió Naya.

Un sonido sordo, casi como el de una sombra, les hizo saltar a los tres. Cuando miraron en dirección a su origen, vieron al pequeño Chel encima de la roca que los resguardaba del viento con los ojos brillantes, mirándolos aún más asustado por el sobresalto que había provocado en el grupo. Los chicos recuperaron el aliento. Normalmente no tendría por qué ser problemático lo que hacían, Naya tenía bastante libertad para salir y entrar en la ciudad, aun por la noche, gracias al prestigio y buen nombre de su familia. Varios guardias de las puertas incluso habían simpatizado con ella. Sin embargo, últimamente estaba preocupada por el aumento de la vigilancia y el cambio en el personal. Seguro que, si alguien descubría a un grupo reunido en la clandestinidad de la noche, para colmo siendo una de sus integrantes una ciudadana de Bloor, no pasaría nada bueno. A los ciudadanos no les gustaba mezclarse con los habitantes de las villas, ni les gustaba que otras personas lo hicieran, y lo peor es que ese sentimiento era creciente.

- Esto se está volviendo peligroso – Tae rompió el silencio –. Vamos a ver los detalles y nos vamos. Después del golpe tendremos que estar un tiempo sin vernos, así que fijemos también una fecha para reencontrarnos.

Volviendo a la ciudad, Naya pensó en el detalle que había tenido Igra al colocar en el suelo un pañuelo para que se sentaran. Sabía que lo había hecho por ella. No la consideraba una de ellos, ella era diferente, era una ciudadana. Había un abismo entre lo que habían vivido: Naya, que había crecido rodeada de lujos y caprichos; y sus amigos, habitantes de las villas que, a diferencia de vivir, sobrevivían. Naya sabía que su amiga había llevado el pañuelo con su mejor intención, y apreciaba su consideración, pero no se daba cuenta de que lo único que estaba haciendo era marcar aún más las barreras que, con su pequeña asociación rebelde, pretendían derribar. Dentro de tres días, por fin darían el primer paso hacia su objetivo, utópico para la mayoría. Pretendían asaltar un camión de suministros de los que llegaban por el camino del norte. Sabían que lo que encontrarían serían principalmente bidones de agua, vino y fruta. También habría telas, metales y otros aprovisionamientos, pero la mayor parte de la carga la compondrían víveres.

El condado de Bloor ya era seco, aunque no como en el desierto profundo, pero hacía unos meses estaban atravesando una sequía más extrema de lo habitual. Los suministros, por supuesto, llegaban a la ciudad y nada más que a la ciudad. Las villas de los alrededores, como en las que vivían Tae e Igra, hacía tiempo que estaban en crisis. Ya habían muerto varios ancianos, los pozos estaban en las últimas y el ganado moría constantemente. El agua es para los humanos. Naya pensó que las pérdidas solo eran medibles porque no tenían mucho que perder, y mientras los villanos veían cómo lo poco que tenían se cuarteaba y esfumaba como el polvo, sus padres se molestaban porque el césped del

jardín no estaba verde.

Ella intentaba con todas sus fuerzas no juzgar a sus padres, procuraba pensar que tenían esa mentalidad porque no conocían de primera mano a nadie de las villas, quería creer que ellos sí que hacían sacrificios, que su césped no se mantenía tan fresco como el de los vecinos, quería seguir creyendo en ellos... pero un sentimiento de culpa la inundaba cuando no era capaz. No creía que fuera la persona adecuada para condenar a dos adultos que formaban parte de la alta sociedad política de la ciudad, que sabían mucho más de la vida que ella y que eran sus padres, sin embargo, cada día se sentía irremediabilmente más decepcionada.

Llegó finalmente a la Puerta del Norte de Bloor. Las hojas, construidas en piedra maciza blanca, lisa, se encontraban abiertas. Sólo las adornaban unas inscripciones talladas en las lindes con el marco, también pedregoso, hechas con metal fundido incrustado. Era claro y brillante, probablemente plata, signo del poderío que ostentaba la ciudad, más por el hecho de que siguiera en el sitio donde correspondía que por el material en cuestión. Las puertas funcionaban con un enorme mecanismo de bisagras, engranajes y poleas que quedaba a la vista. Naya pasó por el umbral, de unos siete metros, leyendo distraída la inscripción. "Bienvenidos los afortunados que arriban a la orgullosa capital de la innovación y el conocimiento". Fantasmas, pensó.

- ¿De dónde viene?

Un guardia con la mano colocada en el puño de su pistola reglamentaria la sobresaltó, parándole el paso.

- ¿Perdone?

Sabía que había sido grosera, tendría que haberlo mirado con ojos de corderito y haber dado una explicación inocente, la de siempre, pero venía inmersa en sus pensamientos y cansada del camino que, a pesar de no durar más de treinta minutos, hacía frío y el viento arreciaba. El guardia torció el gesto y, cuando estaba empezando a responder "que de dónde viene" malhumorado, apareció Query, otro guardia con el que Naya se llevaba muy bien. Bastante bien de hecho, era un señor de unos cuarenta años, con una barriga redonda bien trabajada a base de cerveza y un gesto amable.

- ¡Tray! No te preocupes hombre, es Naya. Eres nuevo y no la conoces. Es la hija de los Froglen, tiene la costumbre de salir de vez en cuando a dar un paseo por la noche – dijo Query poniendo una mano en el hombro del tal Tray – Naya, hoy es muy tarde, voy a acompañarte a casa, si fueras mi hija no me gustaría que anduvieses por la calle sola a estas horas.

- Gracias – la joven se pegó a Query y no miró atrás, sabía que el guardia nuevo los estaba observando, sentía su mirada clavándose en su espalda – Query – dijo cuando ya se habían alejado unos metros – ¿hay guardia nueva?

- Chica, no deberías salir a partir de ahora de la ciudad – el guardia había borrado la expresión amable de su rostro, se le veía preocupado – vas por la noche a hacer a saber qué, a mí me da igual que te veas con tu novio de las villas o lo que sea – Naya se sonrió, "si supieras" pensó -, pero las cosas se están poniendo feas por aquí.

- ¿Desde cuándo es ilegal salir de los muros? – dijo con tono enfadado, siguiendo el juego de no poder ver más a su novio.

- ¡No seas tonta niña! – la agarró por el brazo, intentando que comprendiera, y consiguiendo que se pusiera seria – tú más que nadie deberías saber cuál es la situación. ¿Es que no se habla de eso en tu casa? Sí, hay nueva guardia, y no son muy amigos de los villanos. Hay rumores Naya, se habla, la gente está inquieta, y si sigues cruzando esas puertas la próxima vez no te aseguro que no te arresten.

Se quedó un poco sorprendida. Sabía que las cosas estaban más difíciles últimamente, pero ¿hasta el punto de no poder salir de las murallas? Se quedaron en silencio durante el resto del camino hasta la suntuosa residencia de los Froglen.

- Me vuelvo a mi puesto. Hazme caso niña, ten cuidado.

Le dio las gracias y le prometió que lo tendría. Entró en la casa y se quitó el ancho pañuelo, lleno de arena, que sacudió por el hueco de la puerta antes de cerrarla de un portazo por culpa del viento. ¿Qué estaría pasando? Mañana intentaría hablar con su padre. A ver si conseguía arrojar algo de luz al asunto, que parecía bastante turbio. Cuando se dio la vuelta vio encenderse la luz del salón, fuera quien fuere era obvio que la había oído. Intentó subir las escaleras de mármol sin hacer más ruido, con la vaga esperanza de que el desconocido creyera que había sido un fantasma o algo parecido, pero obviamente, no resultó. Una voz la llamó, era la de Germa, la asistenta anciana.

Naya acudió al salón, y allí estaba sentada la mujer, en la butaca donde solía sentarse su padre a leer la prensa por las mañanas y sus libros por las noches. No supo si le pareció poco adecuado o gracioso.

- ¿De dónde viene a estas horas?

- De dar un paseo Germa. Me voy a acostar, buenas noches. – Normalmente trataba de no comportarse con los trabajadores de la casa de manera altiva, como sí hacía su madre, pero aquella vez le irritó mucho

el atrevimiento de Germa. Lejos de cualquier suerte de jerarquía, Naya consideraba que Germa simplemente no era nadie a quien rendirle cuentas.

- Ha ido a verle, ¿verdad? – Otra que creía que tenía un novio. Al principio le hizo gracia, hasta que reparó en el tono de la asistenta. Era grave, como desesperanzado. No sabía por qué la señora se ponía así, pero algo no le olía bien. Decidió quedarse a investigar un poco.

- Sí – esa era toda su investigación. Intentó decirlo en tono solemne y esconder la expresión de desconcierto.

- Qué desgracia – se lamentó la mujer. Se levantó del sillón y comenzó a dar vueltas por la habitación, nerviosa – qué desgracia. Pobre niño. Anda que criarse en las villas. ¿Cómo lo ha encontrado? ¿Está bien alimentado? Ay, mi pobre niño. Él no tenía la culpa de nada – se paró en mitad de la habitación, Naya no entendía nada - ¿Cómo lo ha sabido? – la chica dudó, no sabía que responder.

- Eso no importa ahora. Tranquila, Germa.

- ¿Pero cómo voy a estar tranquila cuando se ha visto con su hermano?

Naya no abrió la boca, tampoco pestañeó ni se movió, ni articuló palabra. De repente, todas sus preocupaciones dejaron de importar. ¿Hermano? Era hija única, su madre nunca estuvo embarazada después de tenerla a ella. Un aluvión vertiginoso de pensamientos le acudió a la mente. Se sentó en el suelo, justo en el punto donde estaba. ¿Hermano? Germa seguía hablando, preguntando cómo estaba aquel que se supone que era hijo de sus padres, agachándose junto a ella, recogiendo la rebeca de lana. Pero la chica ya no la escuchaba. ¿Hermano? No dejaba de cuestionárselo. No era posible, a no ser que hubieran tenido un hijo antes de casarse, o que... no, sus padres se querían. Estaba segura. Tenía que ser mentira.

- ¿Cómo que hermano? – consiguió decir al fin.

- ¿Qué? – Germa palideció, pareciera que se acababa de dar cuenta de que había hablado de más. Se incorporó y salió rápidamente de la habitación. Naya la persiguió y la sostuvo por la muñeca, exigiéndole una explicación.

- Naya, mi niña – estaba realmente apenada – lo siento mucho, pregúntale a tu padre. Ya he metido la pata, pero no soy yo la que tiene que hablarte de esto. Entiéndeme, hija – se zafó con facilidad de la retención de la chica y desapareció por el pasillo.

Naya se fue directa a la habitación de sus padres y, cuando estuvo a punto de aporrear la puerta, se paró en seco con el puño a dos centímetros de la oscura madera. ¿Por qué habría dicho que le preguntase a su padre, y no a su madre? ¿Es que no lo sabía? Era consciente de que estaba alterada y de que estaba actuando sin pensar, así que se apoyó en la pared e intentó relajarse. Si era verdad que su madre no sabía nada, podía crear un montón de problemas y todos sufrirían. No quería que sus padres se separasen, tampoco quería ser cómplice de un engaño a su madre. Decidió calmarse e irse a su habitación, tenía muchas cosas de las que hablar con su padre.

Alrededor de las siete escuchó el sonido de la rutina matutina en la planta de abajo. Naya estaba apoyada en el alféizar del ventanal de su habitación, mirando sin ver las heliconias que había en una esquina. No las había puesto ahí. Había pocas cosas en su vida que hubiera decidido ella. Nunca le había prestado mucha atención, se había acomodado a las decisiones que tomaban en su lugar. A qué colegio ir, qué estudiar en la universidad, qué amigos debía tener (declarados, claro) ... incluso a su padre le gustaba fantasear que el estúpido de Fendir Rasper, el hijo del señor Rasper, su colega en el fisco, sería su futuro yerno. Por supuesto, ella podría elegir a quien quisiera, pero a su padre le encantaba la idea.

Su padre. Se incorporó y se dirigió directa al comedor.

Conforme bajaba las escaleras se fue apoderando de ella un miedo incontrolable. ¿Cómo debía empezar? Entró en el comedor. Allí estaba el señor Froglen, sentado a la mesa, desayunando un té amargo, una rosca de hojaldre con mermelada de naranja y unos cortes de queso. Era un hombre guapo, llevaba el pelo moreno peinado hacia atrás, escasamente engominado, con unas pocas canas asomando por las sienas. Un bigote perfectamente recortado, ligeramente retorcido hacia abajo, y una barba rasante, le enmarcaban el rostro, acompañados por unas espesas cejas negras. Estaba vestido con el atuendo que acostumbraba a llevar al trabajo: un traje de chaqueta oscuro, la corbata de hoy tenía un estampado de diminutas jirafas amarillas en mosaico. La capa azul marino que denotaba su posición esperaba colgada del perchero que había junto a la puerta. A pesar de que aún le quedaba un buen rato antes de irse, en esa casa era regla principal que nadie anduviera andrajoso o en pijama, fuera la hora que fuese.

- Buenos días, Princesita. Dame un beso – Naya obedeció y se sentó en frente suya, inexpresiva. Le sudaban las manos. – ¿Qué haces levantada tan temprano? No tienes clase hasta las nueve.

- Es que estaba ya despierta – no se atrevía mucho a mirarle. ¿Cómo podía empezar? Si contaba toda la verdad sabría que había salido por la noche. – Papá... - abrió y cerró la boca sin emitir ningún sonido. Pasaron unos segundos hasta que su padre empezó a prestar atención al estado

inquieto de Naya.

- ¿Qué pasa? – inquirió, curioso. A la chica se le llenaron los ojos de lágrimas.

- Papá... es que... - intentar tragarse las lágrimas le producía un nudo en la garganta que no le dejaba hablar. El señor Froglen, Hander, se levantó y se acuclilló al lado de su hija. Le puso una mano en la cabeza y, con toda la calidez y suavidad que era capaz de expresar, le dijo que podía contarle lo que fuera. Naya levantó la cabeza y le miró a los ojos, con una expresión repentinamente seria, a pesar de la lágrima que rodaba rostro abajo. - ¿Tengo un hermano?

## Capítulo 2

### Capítulo 2

Hander se quedó de piedra, más blanco que la cal. ¿En qué momento Naya se había enterado? Esto no podía estar pasando, no era el plan. Y si Hana se enteraba... ¡qué desastre! Veía a su hija haciéndose la fuerte, en frente de él, con las lágrimas borboteando de los ojos, de dolor, de rabia tal vez. Se sentía traicionada, estaba claro. No sabía qué decirle, cómo consolarla. Hander siempre quería habérselo dicho, pero había optado por la medida más segura para ella, y para los todos. Si uno sabía que existía el otro... vaya desastre.

- No te voy a mentir Naya, tienes todo el derecho del mundo a preguntar. Estás en lo cierto.

- ¿Qué? – Naya se levantó de la silla, muy nerviosa – pero ¿y mamá? – dijo, una cuarta más alta de lo habitual.

- Mejor que no hables con tu madre de este tema, Princesita. Sufriría mucho al recordar.

- ¡Papá, pero cómo quieres que no intente averiguar más! – Hander intentó coger de las manos a su hija, tarea que no fue nada fácil porque ella se revolvía, furiosa.

- Naya – dijo con la voz firme y clamada – ya tienes veintiún años, no seas niña. Supongo que podrás asumir que eso pasó hace mucho tiempo y, por muy novedoso que a ti te parezca, ha formado parte desde hace años de nuestra vida cotidiana. Si nunca te hemos dicho nada ha sido para protegerte, y así seguirá siendo. Entiendo que ahora estés enfadada, pero ni se te ocurra hablar de esto con nadie, pues nadie sabe nada ni quiere saberlo. Tienes un hermano y está bien, no tienes que preocuparte por él. Él tiene su vida y tú la tuya y, sintiéndolo mucho, esas vidas nunca se van a cruzar, así que olvídate del tema –. Naya se zafó de las manos de su padre de un tirón, nunca había estado tan enfadada.

- ¿Pero por qué no puedo saber nada de él? – gritó.

Apareció justo en ese momento por el arco del salón Germa sosteniendo una bandeja de plata con otro desayuno listo para servir y una expresión asustada y culpable. Si las miradas fulminasen, la de Hander habría dejado a la asistenta en ese momento hecha un montón de polvo. Supo que había sido ella. Estúpida vieja, no sabía ni donde estaba parada. Ya tendría unas palabras con ella.

- Ya basta Naya, olvídase. Tengo que irme.

Naya salió furiosa del comedor, tirando una silla al suelo a su paso. En otra ocasión hubiera sido motivo suficiente para castigarla, en cualquier otra ocasión. Hander se ajustó la corbata y recogió la silla.

- Ya hablaremos – le dijo con tono serio a Germa, y salió de la casa.

Otro día abrasador, pero estaba acostumbrado. Caminando por la calle hacia el edificio de las oficinas de la Quonterly pensó en cómo había actuado. Había sido muy duro con Naya, pero ella era igual de dura, como su padre. Ahora le costaría, y seguramente estaría enfadada por tiempo indefinido, pero las cosas debían quedarse así, aunque le costase la simpatía de su hija. Por mucho que le doliese, no podía permitir que se conociesen. ¿Cuánto le habría contado Germa?

- Alto, señor – un tipo vestido con el uniforme de la guardia le cortó el paso cuando caminaba por el puente Sexto Imperio, que sorteaba un enrevesado sistema de carreteras entre el Cénit y los Manantiales, los dos barrios más acaudalados de la ciudad –, ¿Me enseña su identificación? - ¿Qué significaba esto? ¿Le pedían la identificación a él? ¿Y en esa zona? ¿Pero qué estaban haciendo en el departamento de seguridad?

- Claro – accedió a regañadientes, como si la capa azul no fuera suficiente. Cuando le enseñó la pequeña tarjeta esperaba que el guardia se sorprendiese, pidiera perdón y se fuese de allí avergonzado por la falta de respeto. En lugar de eso le pareció apreciar un atisbo de sonrisa.

- Bien, gracias. Continúe señor Froglen. – O eran imaginaciones suyas o había pronunciado su apellido con retintín.

Extrañado por su comportamiento, siguió caminando. Tenía que hablar con Koggad, su amigo en seguridad. Sabía que había nuevo personal, algunos de ellos inmigrantes de Yashak, y que estaban reforzando la guardia. Las relaciones con los condados vecinos no eran buenas y habían ido empeorando en los últimos meses debido a la sequía. Cómo la reducción en un porcentaje tan pequeño de las precipitaciones podía dar lugar a tantísimos problemas: subidas en aranceles, restricciones al comercio exterior, inflación... y esos eran solo unos de los tantos que tenía que afrontar cada día en la Quonterly, la asociación de élite para el apoyo y asesoramiento administrativo y económico a la República. Hander pensaba que eso de “apoyo y asesoramiento” era el más grande eufemismo jamás contado puesto que, por lo menos en Bloor, el equipo del presidente Encro, en ese campo, era completamente inútil y les tocaba a ellos encargarse todo, siempre bajo la atenta mirada del régimen.

Finalmente, después de unos diez minutos, llegó a su destino. Un gran edificio abrazaba la amplia Plaza de Las Espinas. Se trataba de una

construcción antigua de piedra roma que habían actualizado año tras años con elementos arquitectónicos de distintas épocas y estilos. A lo largo de la media luna que dibujaba se encontraban distintas escaleras que daban acceso a las oficinas de las diversas secciones y, encima de la central, más ancha e imponente, se veía una estructura metálica que se alzaba sosteniendo un gran letrero dorado con caligrafía aristocrática: Quonterly. Hander atravesó la concurrida plaza, donde gente bien vestida, muchos de ellos con capas parecidas a la suya, pero de otros colores, caminaba en todas direcciones debido a su estructura radial. Subió las escalinatas de piedra y atravesó la puerta de cristal que daba entrada al edificio.

Llegó por fin a su despacho después de subir hasta la sexta planta, la última, en uno de los calurosos ascensores de hierro. Por suerte ya habían refrescado la habitación con los sistemas acondicionadores del edificio. Se quitó la capa y la colgó del perchero que había a la entrada, acto seguido se acomodó en su sillón de cuero y se dispuso a llamar por teléfono, un modelo aparatoso y selecto con cientos de pequeñas piezas a la vista y botones y auricular de marfil. Mientras esperaba, miraba distraído por la gran cristalera, desde donde se veía el lado este de la ciudad, pensando en la discusión que había tenido con Naya hacía un rato, meditando sobre la opción de hablar con su amigo de algo más que de la vigilancia.

- Despacho del agente Koggad – respondió al segundo tono la voz de un chico joven.

- Soy el señor Froglen, me gustaría hablar con él.

- Ahora mismo – se apresuró a contestar el joven.

- ¡Froglen! ¡Cuánto tiempo sin escucharte! – exclamó la voz de Koggad al otro lado del teléfono, la hubiera oído sin tener el aparato pegado a la oreja - ¿Cómo va todo por ahí? ¿Sigues metido en la batalla del día a día? – Hander se rio.

- Siempre. Oye, tengo que hablar contigo, ¿puedes venir al despacho esta mañana?

- Claro hombre, allí estaré, ¿algo grave? – Hander ensombreció la expresión.

- Me temo que sí.

## Capítulo 3

### Capítulo 3

Naya estaba furiosa. Se dirigía directamente a la universidad, que estaba a oeste de Bloor, a un buen rato caminando desde el Cénit, pero como aún faltaba bastante para que empezara la primera clase decidió ir andando en lugar de coger el tren, como hacía todas las mañanas.

Había cogido su bolso, sus libros y su capa verde musgo de estudiante y había salido de casa lo más rápido posible. Había bajado malhumorada la concurrida calle con decenas de miradas de desaprobación observándola. En Bloor todo el mundo era muy formal, muy correcto, rara vez alguien se comportaba de manera mínimamente notable o levantaba la voz, sobre todo en el Cénit. La chica trató de caminar más tranquila y de dejar de refunfuñar.

Tardaría unos tres cuartos de hora en llegar, tiempo que le pareció insuficiente para todo lo que tenía que pensar. ¿Por qué su padre se había comportado así? No era justo. Iba a obedecerle, claro, nunca en su vida había desobedecido una orden directa de su padre, así que no podía hablarle a su madre del tema. ¿Cómo sería su hermano? Vivía en las villas, es de lo único de lo que estaba segura, pero ¿en cuál? Había unas cinco solo en los alrededores Bloor. Por no hablar del número de personas que vivían en ellas. Si una familia estándar en la ciudad se componía de tres personas, en las villas era habitual que lo hiciera de cinco o seis miembros. Lo que más quería en el mundo en ese momento era correr fuera de la ciudad e ir a buscarlo, pero era por la mañana, ni Query ni ninguno de los guardias a los que conocía estaría ahora en su puesto, así que su padre se enteraría antes de que pudiese recorrer diez metros fuera de las murallas. No era una opción, tendría que investigar de otra manera, pero... ¡Germa! En cuanto volviese de clase iría a por ella con mil preguntas y no iba a dejar que se le volviera a escapar. Con esa resolución tomada, logró aparcar a un lado el problema y se centró en otro más inminente: el camión de suministros.

Tenía que ir al punto de encuentro con Igra y Tae en la carretera norte a las once y media. El camión pasaría alrededor de las doce. No tenía que llevar nada. De todas maneras, tal como estaban las cosas, tampoco hubiera sido capaz de sacar ningún tipo de material de la ciudad. De hecho, ni siquiera pensaba salir por la Puerta del Norte, iría por la del Oeste, que siempre estaba menos vigilada.

En el punto de encuentro Igra tendría preparado un deslizador, el único vehículo que usaban los habitantes de las villas para moverse por la arena del desierto. Resultaba muy útil por su velocidad y su fácil manejo, sólo había que aprovechar las ráfagas de viento. Tenían suerte de que la

familia de Icrea tuviese uno porque, a pesar de que no eran excesivamente caros, escaseaban. Lo usarían para salir rápidamente de la zona con todo lo que pudiesen cargar en él del camión, principalmente los barriles de agua, y llevarlo a las villas.

Naya sabía que algo saldría mal. En cualquier plan, más en uno de ese tipo, siempre hay cosas que se pueden torcer y alguna seguro que lo hará, pero en principio las consecuencias no parecían demasiado peligrosas. Esos cargamentos sólo los llevaban un conductor y, asaltándolo donde lo iban a hacer no había ningún tipo de vigilancia (solo la habría próxima a las puertas), y si por algún casual no lograban detener el camión lo peor que ocurriría es que pasaría de largo. Si conseguían detenerlo sólo quedaba la parte fácil: hacer bajar al conductor y atacarlo por detrás, un tres contra uno no se les debería complicar. Atarlo y cargar el deslizador. En ningún momento se les vería la cara y tampoco le harían daño. Llevarían el cargamento y nadie nunca sabría quién lo hizo. Era un buen plan.

Después de un buen rato caminando a paso ligero (no sabía andar de otra manera), con un viento atroz que le había hecho calarse hasta las cejas la capucha de su capa y cubrirse el rostro con su pañuelo pardo, había pasado por plazas adornadas con banderas de la república ondeando con fiereza, por hostales y pensiones donde se alojaba todo tipo de gente, por lujosos restaurantes y antiguas tabernas, por el Museo de Artes y Tecnología, un solemne edificio que todo lo que había en su interior de moderno lo tenía él de antiguo, y por la Biblioteca Central, un majestuoso palacete convertido en el destino de peregrinación de todo erudito del país.

Al fin llegó a la universidad. El edificio tenía más siglos que ningún otro de la ciudad, que no era de extrañar porque la Universidad de Bloor era la más antigua del país. Allí los estudiantes hacían su propia elección de las asignaturas que querían cursar y había todo tipo de materias, desde física hasta filantropía. Las que más le gustaban a Naya eran las relacionadas con la ingeniería y la economía y siempre procuraba asistir a esas clases, a diferencia de su comportamiento respecto a otras. Al aproximarse a las puertas de madera noble del imponente edificio, siempre abiertas, se cruzó, muy a su pesar, con el estúpido de Fendir Rasper, el hijo del señor Rasper, y su estúpida pandilla de ricachones sin seso.

- Buenos días, morena. – Le dijo a Naya con su habitual aire de suficiencia. Si no lo aguantaba a él menos aguantaba que le dijese “morena”, y menos aguantaba aún que lo dijera en ese tono.

- Hombre Fendir, tiempo sin verte. ¿Habías olvidado dónde estaba la facultad? – No era precisamente conocido por ser un habitual en los sermones del profesor Clerch que, por cierto, tendría lugar en breves. Se fijó en sus colegas, a los que conocía de vista: dos de ellos, uno bastante

feo y el otro algo menos, estaban peleándose como dos niños pequeños por una revista que tenían entre manos. "Algunos actuando como críos mientras otros planean golpes contra el régimen" pensó, indignada por la mentalidad ajena.

- Tengo memoria selectiva, hoy por ejemplo me he acordado de ti – dijo con media sonrisilla, intentando (fallidamente) ser gracioso. Lo dicho, idiota incurable.

- En fin, voy para adentro, que este señor siempre llega antes de tiempo.  
– Dijo Naya ignorando el comentario. Fendir se despidió de sus amigos y la siguió al interior del edificio.

Las clases del señor Clerch siempre le habían gustado. En los tres años que llevaba en la universidad les había enseñado diferentes temáticas, como historia mundial de la economía, economía financiera o macroeconomía, algunas más tediosas que otras, pero a Naya le gustaba su método de enseñanza y le caía muy bien, cosa que no podía decir de la gran mayoría de los profesores de esa universidad, corrupta desde la médula de simpatizantes del régimen. Esos pasillos habían visto más sobornos que alumnos, y así era como se criaban pandillas como las del estúpido de Fendir Rasper.

A pesar de todo, lo mismo le hubiera dado no haber asistido, porque antes de que se diera cuenta la clase había terminado y no se había enterado de nada. La mañana se le había pasado volando pensando en qué iba a preguntarle a Germa sobre su hermano, sin llegar a ninguna conclusión. Varias compañeras de clase le habían preguntado por su fin de semana y si estaba bien porque estaba muy callada, a las que respondió con frases automáticamente generadas y sendas de información como "Como siempre" y "Si, muy bien, ¿y vosotras?". Se llevaba bien con varias compañeras, pero ninguna era realmente su amiga. Su única amiga íntima era Iera.

Se conocieron cuando eran pequeñas, en el mercado de la Puerta del Norte de la ciudad, el de Los Mares. Hacía diez años dejaban entrar dos veces por semana a los villanos hasta el mercado. Ahora no se les permitía ni acercarse a la carretera. Recordaba que fue con su madre a comprar algo una mañana y se hizo amiga de Iera jugando con ella a tirarse al suelo y rebozarse en el polvo de la calle y la suciedad de los puestos. Para cuando Hana, su madre, se dio cuenta, el remilgado vestidito azul cielo ya se había vuelto marrón. Le echó una bronca severa pero discreta (eran sus favoritas) y se la llevó de allí, sin comprar nada, pero Naya ya había tomado la decisión de que esa niña sería su mejor amiga.

Cuando lo pensaba ahora, se preguntaba si su madre fue a comprar al mercado de Los Mares aquel día porque le había apetecido caminar, pues

estaba bastante lejos de casa. Desde luego, su experiencia con los villanos y con los mercaderes provenientes de la costa del norte hizo que no volviera a pisarlo nunca.

Había vuelto a casa en el tren de la una. Con el abrasador calor del mediodía habría sido más coherente coger el subterráneo, pero por esa misma razón no habría sido lo más rápido. En unos veinte minutos estaba abriendo la puerta de su casa, impaciente por encontrar a Germa, a sabiendas de que su padre estaría aún en el trabajo y que su madre estaría haciendo recados, como siempre. Sin embargo, no la encontró ni en el salón, ni en la sala de estar, el comedor, el jardín... fue a la cocina y le preguntó por ella a otra de las tres asistentas, ésta bastante más joven.

- Señorita Froglen... - dijo un poco compungida - La señora Froglen ha despedido a Germa esta mañana.

- ¿Cómo? - si la habían despedido estaba claro que no podría averiguar nada de su hermano, no sabía dónde encontrarla. Aun así, se suponía que su madre no sabía nada de la discusión que había tenido con su padre... a lo mejor lo habían hablado y su padre sólo no quería que ella lo hablase con su madre - Pero, ¿por qué?

- Al parecer, la señora llevaba tiempo descontenta con el trabajo de Germa, ha dicho que era muy mayor.

Sí, vale, la versión oficial.

- Vale, gracias.

- Señorita - le dijo la asistente cuando Naya estaba a punto de salir por la puerta de la cocina - su madre no vendrá hoy a comer, ha ido a participar en un mercadillo benéfico, y su padre ha llamado antes diciendo que tampoco puede venir, ha dicho que tiene trabajo, ¿quiere que le sirva la comida en una hora?

- Está bien.

Lamentablemente no podía achacar su ausencia a ninguna conspiración contra ella y su interés por su hermano, ya que solían hacerlo bastante a menudo. Se sorprendió preguntándose si esa costumbre sería una de las causas de que existiera tal hermano.

Comió empanada de huevo, jamón, queso, cebolla y dátiles, y un solomillo bañado en salsa de almendras. Al parecer a Germa le había dado tiempo a cocinar antes de su repentina jubilación, porque de postre le sirvieron su famoso milhojas de crema de vainilla con nata. Le produjo cierto regusto amargo saber que iba a ser la última vez que lo tomaba, al fin y al cabo,

Germa llevaba en la familia desde que sus padres llegaron a Bloor, cuando ella nació, hacía veintiún años. Naya pasó el resto del día deambulando por la casa sin saber qué hacer. A última hora de la tarde estuvo ojeando muchos libros de la estantería del salón, entre ellos se encontraban títulos como "El Esplendor de la República" (volúmenes 1, 2, 3 y 4), "Setenta años de Economía Regional", "La Hegemonía de la Paz" o "Crowfreid, el Padre de la Nación". Crowfreid era el desgraciado que estaba a la cabeza de la República, compuesta por grandes condados, entre ellos, Bloor. No sabía cómo muchos de los ciudadanos podían apoyarle. Naya dejó el último volumen donde estaba cuando oyó unas llaves abriendo la cerradura de la puerta principal: era su padre.

Entró dando las buenas noches a todo el que se encontraba, incluida a su hija, como si nada. Tenía cara de venir agotado. Igra le dio unos minutos antes de avasallarle en el piso de arriba.

- Papá – le interrumpió el paso en mitad del ancho pasillo, salpicado de cuadros y plantas, y vestido con una alfombra plomeriense azul índigo que lo engalanaba de punta a punta -, ¿no piensas hablar conmigo de nada?

- No tengo nada que hablar contigo, no te lo voy a repetir – parecía más cansado que irritado.

- No sé por qué me sorprende, – la ira volvía a hacerle hervir la sangre como esa misma mañana, intentó que sus palabras sonaran lo más hirientes posibles – es una decepción. ¿Qué hay de Germa?

- ¿Germa? – parecía más curioso por lo que le hubiese ocurrido a la asistenta que dolido por las palabras de Naya - ¿qué pasa?

- Mamá la ha despedido, pero ya lo sabías.

- Naya, no sabía nada – parecía sorprendido – hablaré con tu madre -. Pasó por al lado de la chica para seguir su camino.

- Mentiroso -. Esa palabra que había salido de sus labios de manera casi imperceptible hizo que el señor Froglen se parara en seco.

- Estás cansada, Naya. Vete a tu habitación.

No tenía que decir nada más. Naya se fue a su cuarto sabiendo que ese día cenaría en la grata compañía de sus heliconias. Salvo por la discusión de aquella mañana, no recordaba ningún momento que le hubiera faltado al respeto de manera parecida a su padre. De hecho, cuando estaba diciendo "...iroso" se había imaginado perfectamente el bofetón acercándose a su cara. Si se lo hubiera dicho a su madre, habría llegado sin duda. Después de casi ni tocar la cena que le habían subido, se acostó, intentando, fallidamente, recuperar algo de sueño, pues estuvo casi toda

la noche cavilando sobre cómo pudo haber ocurrido todo aquello. Estaba claro que era cosa de su padre, era de lo único de lo que estaba segura. Engañar a su madre... no le cabía en la cabeza. También estaba segura de que se querían con locura, pero no había lugar a dudas, su padre había dicho claramente que le traería recuerdos dolorosos a su mujer. La parte buena era que si ella lo sabía y seguían como habían estado hasta ahora, no tuvo mayor transcendencia en su matrimonio.

El niño vivía entonces en las villas. ¿Niño? ¿Qué edad tendría? ¿Cuándo habría pasado todo esto? Tendría que haber sido hace unos años ya, porque Germa preguntó si se había encontrado con él, por la noche, así que debería tener cierta edad. A lo mejor pasó cuando era pequeña y por eso no se dio cuenta de nada... ¿Quién sería la mujer que había embaucado a su padre? Un señor con todas las de la ley, recto y confiable como ninguno... o eso creía. Y ¿cómo sería él? Empezó a imaginárselo de todas las maneras posibles, siempre con los ojos verdes, como ella, alto o bajo, moreno o rubio... y en algún momento del hilo de sus pensamientos, se quedó dormida.

La mañana siguiente transcurrió como cualquier otra, eso sí, tuvo cuidado de levantarse con el tiempo justo para llegar a clase sin cruzarse con su padre en casa. Cogió el tren en la Estación Hentock, abarrotada de decenas de personas que formaban una marabunta de mil colores, atenuados siempre por la constante nube de polvo y humo habitual de la estación, a pesar de que estaba semi-cubierta por una estructura que formaba un techo de baldosines verdes y cobrizos. De camino se fijó, como de costumbre, en una variopinta pensión al final de una estrecha calle que veía de pasada. Intentaba todos los días, como un juego, llegar a leer el nombre y ningún día lo conseguía. Consiguió juntar unas pocas sílabas que había pescado al vuelo y le pareció que se llamaba "Rosa de los Vientos". Ahora se daba cuenta de la banalidad de sus inquietudes hacía apenas un par de días. Asistió a la clase de la profesora Trudal, una tediosa explicación sobre la sistemática social de los condados más allá de la ciudad portuaria de Plomer, pasando al otro lado del Estrecho de Barlovento, donde las villas estaban prácticamente extintas y, en su lugar, la esclavitud estaba al orden del día.

Llegó por fin a casa, donde sólo su madre le esperaba para comer.

- ¿Y papá? – preguntó cuando entró en el comedor. Naya procuró no expresar ningún sentimiento de compasión, emoción que la inundó cuando la vio sentada en la mesa, esperando pacientemente a que su hija llegara para comer juntas, sin mucho más de lo que preocuparse durante el día. Su madre era una mujer bastante normal. Llevaba el pelo castaño en un recogido sencillo, de estatura media, con los ojos negros y, eso sí, una piel perfecta. Tenía buen físico, muy atlético, debido a sus ejercicios matinales. Siempre pensaba que un día tenía que quedarse en casa para

que se los enseñara.

- Papá no viene a comer hoy. Siéntate -. Le dijo en tono amable.

No hablaron mucho durante la comida. Naya estaba en vilo, no sabía si debía preguntarle sobre su hermano. Bueno, sí lo sabía, no debía, y no podía. Ni siquiera debería habérselo planteado. Sí se atrevió, sin embargo, a preguntarle sobre la asistenta.

- Mamá... ¿por qué has despedido a Germa?

- Bueno hija – respondió riendo – yo diría que le he hecho un favor, ¿no crees? Estaba muy mayor ya, la pobre. Anda, tómate el pescado.

La señora Froglen, como siempre, infinitamente solidaria con su entorno. Naya obedeció. Solo esperó en silencio a que pasase el resto del día, planteándose posibles investigaciones para averiguar más sobre su nuevo pariente. Al día siguiente, cuando viese a Igra y a Tae, se lo contaría y les pediría que la ayudasen a averiguar algo, pero después de la operación. Necesitaban estar concentrados.

La mañana no era especialmente calurosa, incluso había pequeñas nubes blancas que, de vez en cuando, mitigaban brevemente la luz del sol cuando pasaban por encima de la ciudad. Naya había salido de su casa vestida con un pantalón ajustado blanco, fuerte y elástico, sus botas altas de piel, siempre lustrosas, una camisa verde oliva, un pañuelo albero y su capa de hilo corta. Se fue de casa a la hora de cada día, fingiendo ir a la universidad. Caminando tranquilamente llegaría al punto de encuentro a la hora acordada, pero como sólo sabía andar deprisa decidió dar un rodeo.

Pasó por el mercado de abastos de la Plaza de la Gratitude y estuvo curioseando los puestos durante un rato. Al final, se echó al bolso una botella de agua pequeña y tres higos chumbos grandes que podrían pasar por su desayuno. Finalmente llegó a la Puerta del Oeste, tan suntuosa como la del norte, pero de madera oscura con el mismo grabado, que rezaba "Bienvenidos los afortunados que arriban a la orgullosa capital de la innovación y el conocimiento", esta vez escrito con cuarzo verde. La guardia, tal y como había supuesto, también era bastante más modesta. En realidad, estaban ahí para controlar más quién salía de la ciudad que quién entraba. La carretera del oeste, después de muchos kilómetros, llegaba hasta el mar atravesando unas pocas villas del condado del Bloor, ninguna de tamaño importante.

Cuando fue a cruzar las puertas la pararon y le pidieron que les dejase el bolso. El guardia que lo cogió, ni corto ni perezoso, vació su contenido en el suelo. Naya se tuvo que morder la lengua para no armar un escándalo. No es que no pudiese hacerlo, con la posición de su familia no debería tener problemas para que despidiesen ese mismo día al guardia, pero

interrumpiría la operación. El soldado cogió uno de los higos, lo partió con las manos y empezó a comérselo ahí mismo a su salud, sonriendo a la chica con los dientes llenos de jugo. Naya recogió su bolso y sus cosas del suelo y atravesó las murallas a paso ligero, no sin antes darle un golpe con el hombro al susodicho, a lo que este respondió riendo a carcajadas. Debió de parecerle hilarante la fuerza de la chica.

Estuvo caminando hasta que llegó al punto acordado de la carretera a las once y media que, como siempre, lo identificaba por las rocas de los alrededores (que se las conocía como la palma de su mano). El camión pasaría en media hora. Sus amigos llegarían por el lado este de la carretera, así que la cruzó y salvó una de las dunas que había a su orilla. Cuando empezaba a impacientarle la tardanza de sus amigos, apareció desde detrás de una duna un destartado deslizador con la pintura blanca desconchada casi en su totalidad y construido en materiales notablemente baratos. Se trataba de una estructura ovalada ligera, con capacidad para unas cuatro personas, sostenida sobre dos piezas de madera anchas, que se hundían en la arena apenas unos centímetros. Coronaba el aparato un mástil del que colgaba, ya recogida, una sola vela repleta de remiendos. El vehículo era depravadamente más prehistórico que los deslizadores que utilizaban los ciudadanos que, lejos de usar velas, se movían gracias a medios mecánicos mucho más modernos. I cra y Tae aparecieron, triunfantes, sobre el aparato, ambos con las ralas capas al viento, sendos paños cubriéndoles el rostro y unas máscaras de plástico transparente para proteger sus ojos de la arena. Chel les acompañaba, olisqueando alegremente en la proa del vehículo.

- ¿Qué te parece? – dijo I cra cuando se detuvieron delante de Naya, retirándose las protecciones de la cara y descubriendo una amplia sonrisa triunfante que hacía un bonito contraste con su piel tostada – es una maravilla.

- Y que lo digas – dijo Naya riéndose – y una reliquia, también.

- ¡Claro! ¡Eso hace que valga más! – añadió I cra, a lo que Tae le respondió aconsejándole que no se dedicara nunca a las finanzas.

Bajaron del deslizador, Tae aterrizando con la espalda en el suelo a causa del empujón que le había asestado I cra, que descendió con un grácil saltito. Quedaban unos quince minutos aun para que pasase el camión. Se estaban comiendo los higos que había traído Naya, ultimando los detalles. Decidió de un momento a otro que iba a decirles lo de su hermano, no se lo podía callar.

- Perdona, I cra, un momento, tengo que contaros algo... – interrumpió a su amiga, que se esforzaba por convencer a Tae de que debían esperar una señal de Naya mientras el chico le daba las cáscaras de la fruta a Chel para que las rebañase, distraído. Fue entonces cuando escucharon un

traqueteo acercándose por la carretera.

- ¿Ya está aquí? ¡Se ha adelantado! – exclamó Igra.

- ¡Vamos, vamos!

Tae las animó a apresurarse, y comenzaron con el plan.

## Capítulo 4

### Capítulo 4

Icra y Tae se situaron tumbados sobre la arena, aprovechando la duna para ocultar el deslizador y a sí mismos. Naya, que era la que tenía un aspecto menos zarrapastroso, se cubrió la cara hasta los ojos con su pañuelo verde, salió a la carretera y se sentó en el suelo. El camión frenó en seco al verla, deteniéndose a unos cuantos metros de ella. La chica le hizo señas al conductor para que bajara, fingiendo tener lesionado el tobillo. Le pidió un auxilio que el señor atendió diligentemente, parando el motor y bajando de su cabina. En cuanto se acercó a ella, dejó a su espalda la duna por donde bajaron los jóvenes a emboscarle. Tae llegó primero y se lanzó contra él, tirándolo al suelo. Lo sujetó boca abajo mientras Icra le ataba las manos con una brida y Naya le tapaba los ojos con una tela.

De un momento a otro, el plan se torció: un coche militar apareció a lo lejos en la carretera mientras los chicos se encargaban del conductor.

- ¿¡Ahora que hacemos!?! – preguntó Icra. Empezaba a cundir el pánico entre ellos.

- ¡Soltadme! – gritaba, mientras tanto, el camionero.

- ¡Cállate! – Tae reforzó el imperativo propinándole una patada en las costillas.

- Vale, tranquilos – empezó Naya, mirando a Icra – nos vamos de aquí ya. No tardarán en llegar y no van a dudar en disparar.

- ¿Qué hacemos con él? – inquirió Icra.

- Aquí se va a quedar – respondió Tae.

Repentinamente, un grupo de cinco o seis personas apareció desde el otro lado del camión, todos ataviados con capas beige idénticas. Redujeron a los chicos en cuestión de segundos con una habilidad ridícula a pesar de su intento de oponer resistencia. Parecían bien organizados. Mientras los dirigían a la parte anterior del camión, uno de ellos obligó al conductor a ir fuera de la carretera. Naya no alcanzó a ver dónde se lo llevaban.

Una de las personas encapuchadas subió a la cabina de carga del camión y empezó a pasarle cajas de madera a otro compañero: una, dos, tres... Entonces empezaron los disparos. El coche militar, que hacía no mucho tiempo se había estado acercando por la carretera, ya estaba a distancia de tiro, y atacaron a discreción. El grupo respondió el fuego, al parecer

sabían lo que hacían. Naya no imaginaba que un puñado de comida y agua levantase tantas pasiones. Que ella supiera, los camiones de suministros no solían llevar escolta.

Un hombre de dos metros y medio, diría Naya en ese momento, la empujó a ella y a sus amigos contra el camión, obligándoles a quedarse con la espalda pegada al morro del vehículo, se apostó a su lado con una rodilla en el suelo y sacó de su capa un artefacto casi tan grande como él, con el que empezó a disparar al coche militar con un ensordecedor y constante estruendo.

- ¡Coge sólo una más, no hay tiempo! – gritó una voz masculina algo más lejana.

La pequeña figura que estaba dentro del camión saltó del castigado contenedor del vehículo cargada con otra de esas cajas de madera que, en sus manos, apenas le dejaba ver. Desapareció enseguida cuando el coche que les atacaba llegaba junto a ellos. El grupo de militares empezó a bajarse de éste.

- ¡Hay que salir de aquí, ya! – apremió a sus colegas la misma voz que habían escuchado antes.

Naya vio el momento. Nadie se estaba fijando en ellos, estaban ocupados disparándose los unos a los otros. Indicó a sus amigos que corrieran hasta el deslizador y saliesen de allí. I cra negó con la cabeza insistentemente, pero Naya no le prestó atención. Cogió aire y echó a correr lo más rápido que pudo hacia las dunas, pero de repente escuchó un grito de dolor detrás de ella. Pasó en cuestión de segundos. I cra estaba tendida en el suelo a apenas dos pasos del camión, con la pierna sangrando y Tae a su lado, agachado, cuando los militares corrieron hasta donde ellos estaban. Los tres se miraron sabiendo que no tenían escapatoria. Naya había cometido el fatal error de quedarse paralizada durante unos instantes y, para cuando se dio cuenta, el hombre alto que les había empujado antes hacia el camión le dio un puñetazo en la cara que la tiró al suelo. La luz reflejada en la arena la cegaba y lo único que escuchaba era un irritante pitido. El hombre la cargó con facilidad y corrió al otro lado del camión. Todos los que había visto con esas capas beige estaban yendo en la misma dirección.

Vio a Tae a lo lejos con las manos levantadas a punta de pistola, hasta que les cubrieron la cabeza a él y a I cra con sacos negros y les metieron bruscamente en el coche militar, que dio la vuelta y fue carretera arriba a toda velocidad, alejándose del camión. Subieron a Naya a una camioneta descubierta junto con resto del grupo, el conductor del camión capturado y las cajas que habían bajado del mismo. Una de ellas tenía la tapa abierta, estaba repleta de armas. Volvió a mirar a la carretera mientras se alejaban a través de las dunas y apareció otro camión distinto a lo lejos,

en la dirección hacia la que volvía el coche militar. Ese era, de hecho, el camión de suministros que esperaban ella y sus amigos. Una sorda explosión de fuego azul brillante en el lugar donde habían estado hacía unos segundos se nubló ante sus ojos antes de desmayarse.

Naya despertó en una cama dura cuando le deslumbró el sol que entraba por la ventana. Estaba en una habitación que parecía de un hotel viejo y barato. Había una mesa con una silla de madera clara y un baúl, además de otra cama, las paredes en alguna época habían sido blancas y estaba iluminada por dos ventanas. Parecía que la estancia hacía esquina en el edificio.

Se levantó con cuidado, la cabeza le dolía horrores y el pómulo derecho le palpitaba. Tenía, además, algunas magulladuras en las muñecas y le pesaba todo el cuerpo, pero no encontró heridas de mayor importancia. Se acercó a una de las ventanas y se asomó, la habitación daba a dos calles, ambas estrechas y oscuras, con edificios alrededor que no le dejaba ver más allá. Había amanecido hacía un rato. Se preguntaba dónde estaba cuando, de repente, los recuerdos le vinieron a la mente como un torrente de agua fría que la espabiló. ¡Icra y Tae! ¿Dónde estaban? Tenía que averiguar lo que había pasado.

Se percató de que estaba vestida con la misma ropa que llevaba puesta antes de desmayarse, pero alguien le había quitado las botas y las había dejado colocadas al lado del baúl. ¿Por qué tenía esas comodidades? ¿No se supone que la habían secuestrado? Se calzó y salió de la habitación, por una puerta que no estaba bloqueada, a un pasillo desnudo plagado de puertas similares a la suya. Encontró al final del mismo unas escaleras hacia las plantas de abajo. Al final resultó que estaba en un quinto piso, parecía una gran pensión. Había visto a unas pocas personas en algunas de las plantas, pero no pensaba quedarse a saludar. Atravesó fugazmente el salón de la planta de abajo y cuando pasó por recepción, le interrumpieron el paso. Una chica algo más pequeña que ella se paró delante suya. Era bastante menuda y bajita, con el cabello largo y rubio brillante, y los ojos marrones.

- ¿Dónde va su majestad?

- Quítate – respondió Naya, esquivándola.

La chica le cogió de la muñeca y se la retorció contra la espalda, haciendo ahogara un grito.

- Llevan desde ayer esperándote. Tú eliges, por las buenas o por las malas. – Dijo mientras aplicaba aún más fuerza a la llave.

- Está bien. – Accedió, a regañadientes. Por lo que había visto hasta

ahora, la que parecía una enclenque niñita podría haberle roto la muñeca.

Naya pensó que si la hubiesen querido secuestrar por lo menos habrían cerrado su habitación con llave, así que la siguió a través del salón, que ahora apreció que tenía una puerta que debía dar a un patio interior. Había algunas personas sentadas en los mullidos y oscuros sillones, algunos tomando un desayuno, y todos en silencio, mirándola a ella y a su compañera. ¿Qué problema tenían? Se dio cuenta del hambre que tenía cuando le sonaron las tripas ante el olor a café, té, tostadas, bollos... lo suficientemente bajo como para que nadie lo oyera, por suerte. Siguió a la chica por un pasillo escasamente iluminado que salía del salón y giraba un par de veces hasta llegar a una puerta robusta de madera que estaba entreabierta. La joven llamó y entró sin esperar respuesta.

- La damisela ha despertado – dijo.

Una mesa atestada de papeles presidía una sala sin ventanas, con las paredes cubiertas por planos a mano alzada y fotografías. No había mucho más mobiliario salvo unas cuantas sillas y un aparador al fondo. La chica rubia sentó a Naya en una de las sillas como presentación a las dos personas que había en la estancia, un hombre ligeramente entrado en años y una mujer ligeramente entrada en carnes. Ambos iban vestidos de manera bastante corriente. Sabía que eran peligrosos y, sin embargo, hubieran pasado perfectamente, por ejemplo, por un par de comerciantes. Naya no se atrevió a moverse, ni a hablar.

- Bueno – empezó el hombre – no quiero que te andes con rodeos. Dime qué hacáis allí tú y tus amigos. Quién os ha contratado.

La chica rubia le puso una pequeña navaja en el cuello que le pareció que llevaba en el muslo, o eso creía, porque casi no le había dado tiempo a verla. Sin embargo, la amenaza no era necesaria, pensaba contar la verdad. No había mejor oportunidad que la existencia de un enemigo común para hacer tratos y ella quería saber más sobre el destino de sus compañeros.

- No nos ha contratado nadie – dijo Naya algo más alto de lo esperado, con la intención de aparentar valentía (que en ese momento se le escurría por el filo de la hoja en su cuello) – sólo queríamos asaltar el camión de suministros para llevarlos a las villas. – La mujer que estaba un poco más atrás se echó a reír.

- ¿Llevar armas a las villas? ¡Qué gran idea!

- ¡Nosotros...! - dirigió la vista al suelo, algo avergonzada – nos equivocamos de camión. Solo queríamos llevarles algo de comida. – La señora se siguió riendo en bajo un poco más, pero, de nuevo, el ambiente de la habitación se congeló cuando Naya volvió a mirar a los ojos al

hombre que tenía delante.

Parecía de unos cincuenta y tantos años, con el semblante imperturbable, salpicado de profundas arrugas y manchas debidas a la inclemencia del sol y el viento, la piel morena, los ojos oscuros y el porte orgulloso y esbelto. Se acercó desde la mesa sobre la que antes había estado estudiando unos papeles y se inclinó levemente hacia la joven, la cual sentía el cuchillo aun arañándole la piel. A Naya le dolía todo el cuerpo, sentía todos y cada uno de sus músculos en tensión, producto del terror que le provocaba la figura amenazante.

- Me vas a decir quién eres – no era una pregunta, la chica no se atrevió a mentir, en todo caso, su apellido sólo podría desencadenar dos reacciones: o la soltaban, o la mantenían viva para exigir un rescate.

- Me llamo Naya Froglen.

El señor se irguió y miró a la mujer que antes se había reído que, por cierto, no tenía pinta de ser menos inflexible que él. A continuación, dirigió la vista a la joven que le amenazaba con el arma, y con apenas una mirada, bajó enseguida la navaja.

- Bueno – suspiró mientras se apretaba el puente de la nariz con los dedos – en ese caso puedes irte –. Quizás fue la ausencia del cuchillo en su cuello, o puede que fuera el gesto que hizo su captor, que lo tornó un poco más humano, pero Naya se hinchó de valor lo suficiente como para hacer preguntas.

- ¿Quiénes sois vosotros? Fuisteis los que volaron el camión, ¿verdad?

- Y qué bonito me quedó – dijo la joven rubia acercándose alegremente a la mesa y poniendo una mano sobre ella, mientras miraba el desorden de papeles – aunque la próxima vez creo que usaré morado, en vez de azul, es...

- ¡Koojha! – la interrumpió el hombre, a lo que la chica respondió con un respingo – ¡deja eso! ¿No tienes otro sitio donde molestar?

Koojha salió rápidamente de la habitación. Después de unos segundos de silencio, Naya volvió a hablar.

- ¿Sois terroristas? – su interlocutor la miró a los ojos, cavilando la respuesta.

- Naya, ¿te doy miedo? – se quedó callada – piénsalo y dime que te atemorizó más cuando te encontramos, ¿nosotros? ¿el tiroteo, quizás? ¿o el hecho de que el camión que iba a entrar en Bloor estuviese cargado de armas? – la joven miró al suelo, contrariada. Si lo analizaba

objetivamente...

- ¿Lucháis contra Encro?

- Nos alzamos contra Encro, Crowfreid y contra el régimen de esta república corrupta en general. – Cogió otra silla y se sentó.

- ¿Desde cuándo?

- Desde antes de que nacieras – dijo el hombre, que amenazó con esbozar media sonrisa. Naya se quedó en silencio, preguntándose por qué no sabía que existía un grupo de rebeldes que se atrevía a luchar.

- ¿Qué ha pasado con mis amigos? – preguntó con miedo, casi sin querer saber la respuesta.

- Tus amigos eran villanos, ¿verdad? – Naya asintió muy despacio – probablemente ya no vuelvas a verlos.

Una oleada de pavor la asaltó cuando sus sospechas se acercaron a la realidad. Se levantó, a la vez que lo hacía el hombre, que delante de ella le sacaba fácilmente dos cabezas. La joven se volvió a sentar.

- Tenéis que ayudarme, por favor – dijo con un hilo de voz, se le empezaba a formar un nudo en la garganta – por favor, yo sola no los encontraré. Se trata de Encro, si no actuamos rápido...

- De hecho, no tenemos que ayudarte, ya tenemos suficientes problemas. Ahora, vete -. El hombre se giró de nuevo hacia sus papeles, y añadió - Supongo que no tengo que explicarte cuántas personas de tu familia sufrirán si se te ocurre hablar de nada de todo esto con alguien, Naya Froglen -. Puso énfasis en su apellido, dando a entender que sabía quiénes eran y que no le importaba lo más mínimo.

Naya se levantó de la silla con un sinfín de súplicas que añadir, y de gritos también, pero nada salió de su boca. Nunca supo si fue miedo, respeto o las ganas de llorar lo que se lo impidió, pero se fue de la habitación en silencio, con las piernas aun temblándole.

Cuando pasó por delante de recepción vio a un chico muy joven para ser rebelde. ¿A él le dejaban participar y a ella no? Había más cosas en juego que el simple capricho de una niña rica, era lo que parecía que aquel hombre no había entendido. Al irse del edificio vio que, efectivamente, era una pensión. Para su sorpresa, tenía unas grandes letras metálicas encima de la puerta en las que se leía "Rosa de los Vientos". Lo había tenido delante durante años. Acabar con el sistema de villas, su sueño y el de sus amigos, que veían imposible pero que aun así luchaban por conseguir... resultaba que había un camino correcto para intentarlo y lo

había estado mirando todos los días durante cuatro años. Encontró su deseo más alcanzable que nunca, pero Igra y Tae no estaban con ella.

Se negaba a pensar que los hubieran matado. Tampoco podía saberlo porque las ejecuciones por delitos contra el régimen nunca se sabían dónde ni cuándo ocurrirían o quiénes las llevaban a cabo. Se llevaban a gente de las villas y nunca se volvía a saber de ellos. Se preguntó si a su hermano le habría pasado algo así, o si viviría su vida en las villas sin meterse en problemas. En el condado había también, en esas zonas, ejecuciones públicas instructivas, pero por otro tipo de delitos. Cuando se trataba de insurrección directa contra el mandato de Encro, el resultado era la desaparición inmediata de la faz de la tierra, se borraba por completo la existencia de esa persona y su fugaz paso por la realidad se liquidaba con precisión. Era por eso que tenía que unirse a los sublevados. Primero porque quería hacer algo para devolver a la república la libertad de la que disfrutaban décadas atrás (que no mencionaban los libros), segundo, porque era la única manera mediante la que tenía alguna posibilidad de volver a ver a sus amigos y, por último, porque le sería más fácil encontrar a su hermano.

Caminó durante un buen rato hasta su casa. Ya tenía pensado lo que iba a decir: había dormido en casa, pero llegó tarde y se fue temprano. Era una excusa barata e improvisada, pero tampoco le prestarían mucha atención.

Al fin estaba delante de la puerta de madera del solemne edificio, con su aldaba de jade verde en forma de cabeza de zorro. Se parecía a Chel. ¿Qué habría pasado con él? La última vez que recordaba haberlo visto estaba sentado con sus amigos lamiendo semillas de higo chumbo. Probablemente, habría huido cuando empezaron los tiros. Se detuvo unos segundos en la escalinata de piedra. No sabía cómo, pero iba a formar parte de ese grupo de rebeldes, era de lo único de lo que estaba segura.

## Capítulo 5

Cabo Catro

Capítulo 5

Llevaba soñando con lo mismo cada vez que se quedaba dormido durante lo que pareció que fue una eternidad. La agrietada tierra de la carretera estaba cubierta de una fina arena que debía ser clara, pero era muy oscura y húmeda. Tae estaba agachado junto a Icara, que estaba tirada en el suelo, derrotada, desgarrándose a gritos. El joven intentaba ayudarla, taparle la herida del muslo. Nunca había visto tanta sangre. Luchaba por no vomitar cuando sentía la carne abierta, a través del pantalón, bajo sus manos. El tiempo parecía detenerse en una vorágine de disparos y gritos. No se había dado cuenta hasta aquel momento del calor que hacía, creía que iba a desmayarse. Sentía todo, veía, escuchaba absolutamente todo, pero no era capaz de moverse. Vio cómo el hombre que los había empujado hacia el camión golpeaba a Naya unos metros más allá y se la llevaba. Parecía un gigante al lado del inmóvil cuerpo de su amiga. Tampoco se movió.

Se dio cuenta de que el grupo que les había asaltado se estaba yendo precipitadamente, con Naya, y que los soldados del ejército de la ciudad se acercaban más y más. Recordaba luchar con todas sus fuerzas por levantarse, tenía que coger a Icara y correr hasta que no pudiera más si querían sobrevivir. Pero tampoco se movió entonces. A partir de ese momento ya no había nada que hacer. Podía correr todo lo que quisiera, decir lo que quisiera, eso no cambiaría las cosas. Icara había parado de gritar. Ya no se movía, no decía nada, solo lo miraba con los ojos entrecerrados, con un débil y pálido gesto de terror. Ella también lo sabía: ya estaban muertos.

Sintió como si le hicieran añicos la ceja izquierda, mil veces peor que un puñetazo. Un soldado había llegado hasta donde estaban y le había golpeado con la empuñadura de su arma en la sien. No oyó lo que dijo, pero por su lenguaje corporal, se puso en pie y levantó las manos. Entonces todo se volvió negro.

Tae volvió a despertar de su periodo de somnolencia continua. No sabía dónde estaba, no podía ver nada. Era una celda, eso sí. Sabía que Icara estaba con él. No porque hubiese hablado. No había vuelto a emitir ningún sonido salvo débiles gemidos desde que dejó de gritar en la carretera. Pero sabía que era ella porque la había tocado y conocía su cuerpo a la perfección, cada una de sus curvas, los huesos de su cara, la forma recta de su nariz... había comprobado que seguía viva. Tenía una venda empapada donde estaba la herida de bala. Lo único en lo que podía pensar tumbado a su lado era en el tiempo que había perdido sin

atreverse a hablar con ella de sus sentimientos, comportándose de manera cobarde como si fuera un chaval de quince años. Pero en lo que más pensaba era en pedirle al destino, o a la fortuna, que lo mataran a él antes que a ella. Sabía que era egoísta, pero no se sentía capaz de verla morir.

Se encontraban en lo que suponía que era una celda subterránea, no había ventanas y no entraba absolutamente nada de luz por las rendijas de la invisible puerta. Sabía que en una esquina había una jarra de barro a la que aún le quedaba la mitad de agua. ¿Por qué malgastar agua en muertos? ¿Por qué le habían vendado la herida a Icra? No... ¿por qué seguían aún vivos? Era mucho mayor el terror de no saber a qué estaban esperando que la certeza de que iban a morir. Tae temía a la muerte, como cualquier persona que esté en sus cabales, pero no le trastornaba la idea. Había vivido rodeado por ese ineludible destino desde que tenía memoria.

En las villas, el que no moría de hambre lo hacía por falta de atención sanitaria. Conocía a varios ancianos, pero precisamente eran famosos por haber sobrevivido hasta sus setenta y pocos años. No, Tae no rechazaba la idea de morir, lo que le aterraba era la incertidumbre de cómo lo haría. Se estaba acercando al rincón que había más a la derecha para vaciar su vejiga por quinta vez cuando escuchó algo de ruido que venía del otro lado de la puerta. Se coló por debajo un tenue haz de luz que lo deslumbró. Al fin venía alguien. Se acercó rápidamente a Icra y se situó entre ella y la puerta cuando esta se abrió. No pudo abrir los ojos durante un rato debido a lo que descubrió que era una linterna.

Dos hombres entraron y lo tiraron al suelo, no les costó mucho trabajo reducirlo ya que el joven, a pesar de sus forcejeos, además de ciego, se encontraba débil. Le pusieron un saco oscuro en la cabeza y le obligaron a caminar fuera de la celda. Anduvieron durante unos cinco minutos a paso torpe. Parecía que iban por un pasillo, luego subieron unas interminables escaleras y después salieron al exterior, entonces lo empujaron al interior de un vehículo. Se raspó las rodillas contra el suelo metálico y se clavó en la espalda algo que estaba fijado en una de las paredes. Escuchó los lastimeros quejidos de Icra y sintió una oleada de alivio al sentirla junto a él. Pero no era lo único que oía. Había más gente allí, no sabía si serían prisioneros o soldados, pero percibía sus respiraciones. Acto seguido, cerraron la puerta del remolque del coche. Pasaron los minutos y no se oyó ni un ruido, así que el chico supuso que la gente que había en el vagón estaba tan asustada como él.

Se quitó el saco de la cabeza con las manos, las cuales no estaban atadas. Se sabía que los presos de Encro nunca iban esposados, la mera amenaza de una muerte instantánea a manos de diez escopetas era suficiente para que no intentasen escapar ni pelear. Era muy común en esa sociedad que pusieran la solución a los problemas al alcance de la mano y, sin embargo,

si alguien se atrevía a si quiera pensar en apoderarse de ella, recibía un brutal y, ante todo, ejemplar castigo. Lo primero que Tae vio fue a su amiga tumbada en el irregular suelo, sobre una camilla de tela improvisada, con los ojos entreabiertos. El metal con el que se había golpeado el chico en la espalda era un hierro fijado a las paredes del vagón que hacía las veces de asiento para cinco personas que compartían con ellos el lujoso transporte. Todos ellos estaban sucios, parecía que cada cual al que miraba había recibido peor trato que el anterior. Llevaban ropa andrajosa, olían a sudor y a excrementos, eran de edades dispares. También había una señora mayor entre ellos, encogida en una esquina, oteando el infinito con una mirada que expresaba lo mismo que el resto de las de sus acompañantes: derrota.

Tae se inclinó sobre I cra, a ella no le habían puesto nada en la cabeza.

- ¿Cómo estás? – le preguntó en el tono más calmado y amable que fue capaz de emitir, poniéndole una mano en la frente, confirmando que le había bajado, aunque poco, la fiebre. A él le dolía la cabeza terriblemente por culpa de la deshidratación, pero había merecido la pena haber usado el agua de la jarra que había en la celda para empapar un jirón de su camiseta y ponérselo a la chica en la frente.

- ¿No me ves? Nunca he estado mejor... - respondió I cra con un hilo de voz. Tae no pudo evitar reírse en alto.

- No pierdes el sentido del humor, aunque te peguen un tiro – la chica insinuó una frágil sonrisa.

- ¿Qué ha pasado?

Tae le contó la mayoría de las cosas tal y como fueron, sin embargo, intentó no asustar a su amiga, siendo positivo respecto a la situación en la que se encontraban. Era obvio que se dirigían a su muerte, fuera donde fuere, pero había algo reconfortante en creerse lo que le estaba contando a ella: que no sabía dónde iban, pero que si los quisieran muertos ya habrían acabado con ellos. Descubrió un atisbo de esperanza en el gesto de uno de los hombres del vagón, que atendía fervientemente a la conversación. Estaba completamente demacrado y era el que parecía más loco de todos. El resto de pasajeros, más cuerdos, miraban al chico con desaprobación, pena e incluso odio. I cra tampoco se lo creyó del todo. En su historia cambió también la suerte de Naya, le dijo que había escapado y que, seguramente, estaría escondida en su casa, a salvo.

El coche por fin arrancó y la expresión de calma de I cra por el bienestar de su amiga cambió repentinamente por un gesto de dolor. El traqueteo del vehículo le martilleaba la pierna. Durante las cuatro horas que tuvieron de camino, interrumpidas por, probablemente, recalentamientos del motor, Tae no se separó de I cra, que se encontraba somnolienta y

febril, amortiguando de las maneras que se le ocurrían a cada rato los golpes en su castigada pierna. Se alegró al comprobar, al cabo de unos kilómetros de viaje, que ya no seguía sangrando. Levantó el vendaje durante uno de los periodos de sueño de la chica y descubrió un emplasto verde menta que olía a hierbas. La anciana que había en el fondo del furgón le dijo que ese olor era de una planta que se usaba en la medicina natural, que era un antibiótico. Tae estuvo pensando en eso durante el resto del camino, vale que no habían utilizado quizá la medicina más actual, aun así... ¿por qué tomarse esas molestias?

Después de horas de asfixiante travesía parecía que por fin llegaban a su destino. El coche redujo la velocidad y giró varias veces sobre un terreno menos irregular. Además, se oía fuera el ruido de gentío y de tráfico propio de una gran ciudad. Se detuvo por fin, parando el castigado motor al cabo de unos diez minutos y de una enrevesada ruta. Tae afinó el oído para escuchar la conversación que se mantenía fuera.

- ¡Por fin llegáis! Ya iba a mandar una diligencia para recogeros – se quejó una voz masculina desde fuera.

- No ha sido culpa nuestra, esta cascarria está para el desguace – respondió uno de los soldados que iban en el coche, dando una palmada en la puerta del vehículo.

- Creíamos que llegaríais como siempre, pero ayer llamaron desde la base oeste diciendo que os adelantabais un día, ¿ha habido algún imprevisto?

- Pues sí, conseguimos dos más, así que hemos llenado el camión.

- ¿De verdad? Al Coronel le alegrará saberlo, hace años que no le traen tanto material de golpe. Bueno, llevarlos donde siempre.

Después de unos segundos, las puertas del furgón se abrieron de golpe. Los obligaron a salir a punta de pistola. Tae bajó de un salto, mientras que el resto del grupo poco menos que se arrastraba. Debía haber pasado mucho tiempo desde la última vez que movieron los músculos.

Se encontraban en el pequeño patio de un cuartel. No hacía calor. De hecho, el ambiente era bastante húmedo. Había anochecido no hacía mucho. Los soldados que los contenían eran cuatro, los dos que venían con ellos en el coche y el resto del propio cuartel. Tae reconoció al hombre que había hablado antes por su voz cuando llamó a otros dos soldados, que llegaron enseguida y cargaron con la tosca camilla de Igra. Se los llevaron al interior del edificio, bajaron unas escaleras y los empujaron dentro de una minúscula celda que, por el espacio que ocupaba la camilla de su amiga, no les permitía tumbarse a ninguno. Cerraron la puerta de barrotes de hierro y desapareció de allí gran parte del grupo, quedándose dos soldados de dudosa profesionalidad como centinelas. Tae se preguntó

para qué apostaban dos soldados, si para el valor que tenían unos moribundos como ellos poco les hacía falta siquiera uno. Todo aquello empezaba a olerle mal, nada cuadraba con la idea que tenían inicialmente, desde la jarra de agua en la celda en Bloor hasta el transporte hasta allí.

Los soldados de la puerta parecían el día y la noche, uno era robusto y de espalda ancha, igual que su barriga, el otro era más pequeño, con el porte escurrido y el pelo grasiento. En ese momento el joven se dio cuenta de que en su uniforme estaba bordado el escudo del condado vecino. Estaban en Plomer, la ciudad portuaria que componía uno de los enclaves comercialmente estratégicos para la república puesto que, además de encontrarse en la costa, era el puerto más cercano a la próspera ciudad de Cabo Catro, las Tierras del Norte y los siguientes condados que se extendían hacia el noreste. O eso había leído una vez en un libro.

- Ay... - susurró Igra mientras intentaba incorporarse. Tae se apresuró a ofrecerle apoyo.

- No deberías levantarte... - empezó, pero con una mirada asesina de la chica se acabó la discusión. Se arrastró hasta una de las paredes y se quedó sentada, con la pierna herida estirada.

- Abuela – le dijo a la señora mayor, señalándole la camilla – tumbese ahí. No es que sea muy cómodo, pero será mejor que estar encogida en una esquina.

- ¡Silencio ahí! – gritó el soldado delgado, girándose hacia Igra – o te arrepentirás.

No supo si fue por el cansancio o por orgullo, pero su amiga miró al guardia casi sin inmutarse. Admiraba lo valiente (o insolente) que se atrevía a ser Igra incluso en aquella situación. Claramente, tenía la entereza que a él le faltaba. La señora hizo caso a la joven y se recostó en el suelo, agradeciéndoselo con la cabeza.

- ¿Cómo estás? – le preguntó Tae a la chica entre susurros, sentado a su lado.

- Mejor de lo que esperaba, creo que me ha bajado bastante la fiebre, mira – le contestó ella igual de bajo, cogiendo su mano y llevándosela a la frente. A Tae se le aceleró el pulso.

- Es verdad – confirmó, aliviado.

- Oye, ¿dónde estamos? ¿qué es lo que pasa? – Tae le dijo que estaban en Plomer, la conversación que habían tenido los guardias y sus inquietudes sobre la situación. Entre sus incertidumbres y las advertencias de los guardias no consiguieron sacar nada en claro, así que optaron por

intentar descansar el uno apoyado en el otro, una relativa comodidad que duró más bien poco.

El chirrido del metal contra el metal los despertó poco rato después. El guardia delgado alzaba su arma apuntando a los jóvenes, mientras que el otro entraba en la celda y tiraba de Icra por un brazo. La chica se resistía a duras penas mientras el gordo la sacaba a rastras.

- No te muevas ni un pelo, desgraciado – le dijo el flaco a Tae, que ahora le apuntaba directamente entre los ojos mientras el chico se estaba levantando, quedándose a mitad de camino.

- ¡No! – gritó el joven, que se puso del todo en pie cuando estaban sacando de la celda a su amiga. Pero un simple movimiento del soldado hizo que se detuviese en seco. Esta vez era a Icra a la que apuntaba con su arma, mirando desafiante a Tae, con los ojos inundados en provocación.

La chica se debatía con todas sus fuerzas, revolviéndose en el suelo, arrastrando la pierna herida, pero el soldado no dejaba lugar a resistencia alguna. El guardia flaco volvió a cerrar la puerta de hierro sin dejar de mirar a Tae, con el triunfo dibujado en la cara. Se acercó lentamente a los barrotes y le dijo al chico casi en un susurro: “Voy a darle a esa puta hasta que la mate”. Tae fue a darle un puñetazo a través de los barrotes con todas sus fuerzas y más rabia de la que había sentido jamás, pero el hombre se apartó a tiempo. Se la llevaron a rastras por el pasillo durante apenas medio minuto cuando Icra empezó a gritar desesperadamente. Tae hizo lo mismo, intentaba llamar la atención de los soldados para que la dejaran a ella, incluso fingió que se estaba peleando con los de su propia celda. Los soldados también gritaban cosas como “¡estate quieta!”, pero no debían imponer mucho, dado que lo repitieron varias veces, hasta que hubo una última. Icra se calló. Tae también y los soldados también. Tae no supo cuánto tiempo pasó, pero durante toda la vida lo recordaría como una eternidad.

- ¡MIERDA!

- ¿Qué pasa?

- ¡Esta zorra es virgen!

- Bueno – se oyó al hombre reír entre dientes –, mejor aún.

- ¡¿Es que eres idiota?! Seguro que lo saben ya, y serán nuestras cabezas las que rueden –. Se escucharon unos golpes y, de nuevo, gritos de la chica.

- ¡No! Idiota, ¡en la cara no! – se escucharon más golpes y trajeron a Igra de vuelta. Era un amasijo de jirones de ropa y sangre casi inmóvil. Tenía un pómulo hinchado y la herida de la pierna le volvía a sangrar.

La metieron en la celda de nuevo sin dejar de apuntar a Tae y se volvieron a poner de espaldas, continuando con su guardia como si nada. Igra miró desde el suelo a Tae, con la cara bañada en lágrimas, temblando. El chico la rodeó con los brazos y la apoyó en él, amparándola como si fuera una figura de cristal que se fuera a hacer añicos en cualquier momento. Lo único que le importaba en el mundo era ella y no había podido protegerla de aquella brutalidad. Debería haber hecho más, debería...

- Lo siento – dijo, aguantándose las lágrimas. No tenía derecho a llorar.

Igra negó con la cabeza y se hundió más en su pecho, temblando. Nadie volvió a hablar en toda la noche.

Al día siguiente les dieron un mendrugo de pan duro a cada uno y agua. Los sacaron de la celda, guiándolos de nuevo hasta otro coche. Lo hicieron soldados diferentes, ni los que vinieron desde Bloor ni los desgraciados del calabozo. Tres pensamientos inundaban la mente de Tae: primero, pensaba en mil maneras endiabladas de que esos soldados murieran; segundo, en su familia, sus amigos, en Naya y en todos los que ahora creerían que estaban muertos; y, tercero, intentaba deducir qué les esperaba. Si la noche anterior los soldados se contuvieron fue por algún motivo, “virgen” ... tampoco querían dejarle marcas en la cara (intención que no cumplieron porque la joven había amanecido con medio rostro morado y el correspondiente ojo castaño, ensangrentado). Pero lo que terminó de confirmar sus sospechas fue que aquella mañana los llevaron al puerto.

- Nos venden – le dijo a Igra varias veces entre el júbilo y el miedo, primero casi para él, en un susurro.

Igra lo miraba sin entender nada.

- ¡Igra, nos venden al norte! – le sostuvo con delicadeza la cara, intentando que comprendiera - ¡vamos a vivir!

## Capítulo 6

### Capítulo 6

En el puerto, les ataron las manos a la espalda con bridas y los subieron a un barco en el que volvía a cambiar el carcelero. Los metieron en una bodega incluso más maloliente y oscura que el resto del barco. Siguieron transportando a Icura en la camilla, cosa que le venía de perlas después de que se le abriera la herida la noche anterior: mejor cuanto menos la moviera. Ahora entendía los esfuerzos por mantenerla con vida. El bullicioso puerto daba sin duda las explicaciones pertinentes de por qué Plomer era la ciudad más importante de las Llanuras del Sur.

Gente de todo tipo y raza iba de aquí para allá, discutiendo en diferentes dialectos, cargando y descargando navíos, con cientos de puestos comerciales a lo largo del muelle que ofrecían numerosos ejemplares de peces, telas coloridas, balanzas de peltre, espejos, extraños amuletos, brújulas de oro, navajas enjovadas... seguramente todo falso. Había también todo tipo de barcos, desde pequeños veleros pesqueros del siglo anterior hasta modernos buques comerciales metálicos movidos a propulsión. El grupo de futuros esclavos iba en uno de ellos. Antes de entrar en el barco, a Tae le llamó la atención un puesto que estaba atestado de marineros haciendo cola. Había un hombre sentado al otro lado de la mesa, con papeles delante y un maletín de piel abierto con su contenido a la vista, un montón de billetes y monedas sucias. Encima de él, un cartel con un diseño profesional rezaba: "Sucursal Perwin".

El viaje en el barco duró apenas una hora, suficiente para atravesar el Estrecho de Barlovento hasta Cabo Catro. El nombre del accidente geográfico se debía a los fuertes vientos y corrientes que se daban en la zona. No era larga la distancia que había que recorrer hasta las Tierras del Norte, pero sí era peligroso. Solían naufragar unos tres barcos de cada diez, motivo por el cual estaba infestado de tiburones que acudían a darse un festín de hombres. Más tarde, Tae se enteraría de que "Perwin" era el nombre de una importante compañía aseguradora del norte, que ampliaba su actividad en los puertos, proporcionando una pensión vitalicia a las familias de los clientes que perecían en el océano.

Después de un buen rato llegaron, sin contratiempos, al puerto de Cabo Catro. Salieron del navío a duras penas, intercalando traspies de pura debilidad a cada paso que daban, con las manos atadas a la espalda. Uno de los marineros, de pinta deplorable y sudoroso, no mucho mejor que la de ellos, fue el que levantó a Icura de la camilla y la obligó a caminar. Al principio se cayó al suelo y soltó un alarido de dolor, pero no le quedó más remedio que volver a ponerse en pie y andar cojeando. Con las manos atadas, usaba el hombro de Tae de apoyo, aunque resultaba una

solución ineficiente.

Tardaron un rato en atravesar el puerto, que era cinco veces más grande que el de Plomer y diez veces más caótico, y casi la mitad de él lo ocupaban los astilleros que le otorgaban fama. Al fin, los subieron en otro vehículo.

- No me he montado en mi vida en un coche y ya llevo dos en un día – le dijo en bajo a Igra, que se apoyaba en la pared, agotada, dentro de la opresiva cabina. Le consiguió sacar media sonrisa de cortesía.

El coche arrancó y empezó a subir cuestas. Cabo Catro se situaba sobre un brazo meridional de la Cordillera Colosal, la cual recorría toda la costa oeste de las Tierras del Norte y la norte de las Llanuras del Sur. La ciudad estaba construida sobre la suave meseta que había en el litoral, pero primero había que subir hasta ella. Los barrios que ahora atravesaban los componían, sobretodo, viviendas con trabajadores de los astilleros, esclavos en su totalidad, según había oído Tae. Eran, por lo que había podido ver antes de subir al vehículo, casas modestas, todas pequeñas y blancas, sin ningún tipo de comodidad, por supuesto, pero por lo menos tenían un techo bajo el que dormir. El chico pensó que no estaría tan mal, había pasado por miserias peores en las villas. También sabía que en esa ciudad no existían las villas. Con el paso de los años, allí habían cambiado el rol de miserables, desterrados y libres, por el de ciudadanos, vivos y esclavos. Lo que Tae no sabía de esa ciudad era una práctica mucho más turbadora que estaba al orden del día.

Por fin parecía que llegaban a la parte alta de la ciudad. Giraron una infinidad de veces y pararon e iniciaron la marcha otras tantas. Cabo Catro debía ser mucho más grande que Bloor. Por fin, se detuvieron en la puerta trasera de un edificio en el centro de la ciudad. La piedra porosa casi negra típica de la zona, llamada ostionera, se intercalaba con yeso y cristal trabajado para formar una fachada plagada de relieves y figuras redondeadas intencionalmente ostentosa. El grupo de presos entró en el edificio y esperaron sentados en una parca habitación dividida en dos por un grueso cristal. Ellos estaban a un lado, sin ningún mueble y con una puerta al fondo, y los marineros en el otro. Entraron en esa parte dos señores, uno de ellos exageradamente gordo. Iba vestido con un pomposo traje de chaqueta morado y un sombrero a juego. El otro no se quedaba atrás, iba con uno color corinto a rayas negras y unos guantes negros de cuero. Se acercaron al cristal para observarles. Hablaron entre ellos señalando a las personas al otro lado, asintiendo. Tae lograba escuchar apenas algo de lo que decían.

- No son nada del otro mundo. Estos dos son los únicos que valen –. Le decía el gordo al otro hombre de traje mientras señalaba a Tae y a Igra.

- Señor, nos han dicho que la chica es virgen -. Apuntó casi con miedo uno de los marineros. Ambos señores lo miraron despectivamente, despreciando su atrevimiento a formar parte de la conversación.

- Por el resto a ver si podemos sacar algo - dijo el otro después de un leve resoplido -, y a la vieja lleváosla, no sé ni para qué la habéis traído. - Terminó haciendo un aspaviento con la mano -. Venga, que empezamos en media hora. Ven Dascol, vamos a cerrarlo.

El tal Dascol, que parecía el capitán del barco, le dijo algo a uno de sus hombres señalando a la anciana y salió de la habitación, siguiendo a los dos hombres trajeados. Los marineros, entonces, atravesaron la puerta de la mampara de cristal y obligaron a la mujer a salir de ahí. La vieja obedeció sin oponer resistencia, por lo menos, intencionadamente, porque sus piernas no le permitían caminar más rápido. Cuando volvieron a cerrar la puerta con llave, uno de los marineros sacó una pistola que llevaba en el cinturón y disparó a la mujer en la cabeza. Tae se levantó de un salto y se pegó al cristal, gritándoles a los marineros. Le temblaba todo el cuerpo y se le había vuelto el estómago. Le pegó puñetazos al cristal, pero lo único que consiguió fue emborronarlo con su propia sangre.

Se llevaron a la mujer de la habitación tirando de ella de un brazo, arrastrándola por el suelo. Al parecer así era más rápido que si ella caminaba. El chico miró a los otros. Uno de los hombres lloraba, agarrándose el pelo. Otro estaba serio, mirando hacia otro lado. El que tenía cara de loco había corrido a encogerse en una esquina, aterrado. I cra estaba sentada con las manos en la boca y los ojos muy abiertos. Cuando se acercó a preguntarle si estaba bien empezó a llorar. Cómo podían ser tan despiadados, tener esa sangre fría, ¿para ellos no eran personas? No eran más que mercancía y, aquella mujer, tan solo un producto defectuoso. Le puso una mano en el hombro a I cra, en silencio intentaba calmarla, sin obtener demasiados resultados. No pasaron más de cinco minutos cuando volvieron los marineros por la puerta arrastrando una gruesa manguera. ¿Por qué había ahí una manguera? Entonces Tae reparó en el suelo alicatado y en el desagüe en el centro de la estancia.

En su trabajo en las villas, con la ganadería de su familia, estaba acostumbrado a mancharse las manos. Se llevaba bien con los animales y, sobretodo, con su yegua. Al final de la jornada, cuando la duchaba se metía con ella bajo el agua y acababa más lleno de barro de lo que había empezado. Pero nunca se había sentido tan similar a un animal hasta ese momento. El agua, tremendamente caliente, le golpeaba por todo el cuerpo como si fueran un millar de cuchillos. Estaba procurando ponerse delante de I cra, de espaldas. Primero, para que no le diera a ella tan fuerte y, segundo, porque, ni cortos ni perezosos, les habían quitado toda la ropa que llevaban. Se tapaba como podía, pero no fue suficiente como para que consiguiera no gritar de dolor de vez en cuando. Después obligaron a I cra a levantarse, que se quedó pegada a la pared. Intentó no

mirar demasiado, pero hasta a él le dolió cuando le pasaron el agua por el muslo herido, una crueldad que hizo que acabara de nuevo en el suelo.

Al cabo de unos minutos llegaron dos personas vestidas con simples túnicas negras y velos translúcidos cubriéndoles la cara. Cuando entraron con ellos al otro lado del cristal se dio cuenta de que eran mujeres. Traían consigo unos simples batines negros de algodón para ellos. Una de las mujeres abrió con una llave la puerta que había al final de la pared. La otra les invitó amablemente a pasar al otro lado. Entraron en otra estancia bastante parecida, mejor iluminada. Esta era más larga y ya había gente allí. No tenían pinta de esclavos. Se trataban dos hombres y dos mujeres, ambas llevaban un bebé en sus brazos. Una de ellas era algo mayor, rondaría los cuarenta y pico. La otra era más joven y lloraba en silencio. Los dos hombres se encontraban a su lado, erguidos y con las manos a la espalda.

Ni siquiera los miraron cuando entraron cautelosamente. Todos iban vestidos con túnicas de seda, gasa, chifón... ligeras y vaporosas, que dejaban a la vista una cantidad indecente de piel. También iban maquillados de manera excelente y llevaban encima infinidad de joyas, cuidando hasta el último detalle. Igual que en la antesala, había un cristal que delimitaba la estancia. Al otro lado se encontraban medio centenar de personas acomodadas en una enorme y lujosa sala con palcos en las altas paredes. Se trataba de un teatro en el que la atracción principal era ese macabro escenario al otro lado del cristal. El hombre trajeado gordo apareció en la tarima con un micrófono.

- ¡Bienvenidos, amigos, a La Subasta! ¡Como veréis, este mes os traigo un material espectacular! ¡Al señor Tromaq le complace ofrecer os estas maravillas! – las personas del público aplaudieron con cortesía –, agradecemos, como siempre, a nuestros patrocinadores y a las casas, siempre fieles a esta compañía, que están hoy aquí presentes. Vamos a disfrutar, ¡empecemos sin más dilación! Bien, presentaremos primero a esta magnífica criatura de la casa Belar, - dijo, acercándose al otro lado del escenario y señalando al bebé de la mujer que lloraba – niña fruto de la clase campánula con unos encantadores ojos azules. ¡Bien! Ya ven ustedes a sus padres, ¡no cabe duda de que será una preciosidad! Si les parece, empecaremos por diez mil ávalos.

¡Diez mil ávalos! Ese dinero podía solucionarle la vida a una familia de la villa de Tae durante, por lo menos, cinco años. ¿A qué jugaban en aquella ciudad? La bizarra subasta continuó como lo hacen todas las subastas, como si la gente estuviera comprando obras de arte. Al final, ganó la puja un hombre por la friolera de setenta y tres mil ávalos.

- ¡Maravilloso! Continuemos, entonces, con la crianza de la casa Hovasil, cuya propietaria nos honra hoy con su presencia. ¡Gracias por venir, Duquesa de Hovasil! – el público volvió a aplaudir a una mujer en uno de

los palcos, que saludó con una cabezada – como siempre, nos trae un producto excelente, un niño mestizo entre nuestra espléndida belleza local y este fantástico joven clase hibisco - “y tan joven” pensó Tae, la mujer le doblaba la edad, como mínimo. – Si les parece, empezamos por cincuenta mil.

¿Pero qué pasaba en ese sitio con las flores? Para sorpresa de Tae, la gente pujaba como loca. Todos querían ese bebé. ¿Por qué gastaban miles de ávalos en adoptar un bebé? ¿Y por qué uno era más caro que otro? No le encontraba sentido a nada. Al final no se dio cuenta de por cuánto se vendió, estaba intentando controlar su pánico, sabiendo que los próximos serían ellos. Miró a Igra, que parecía encontrarse en otro universo. Estaba completamente pálida, luchaba por mantener el equilibrio y sus ojos abiertos. Bajo sus pies se empezaba a formar un charco de sangre que se disimulaba con el suelo negro. Pensó en decirle algo, o en dar un paso hacia ella, pero si lo hacía no sabía qué consecuencias podía haber. Si les compraban juntos, separados, a qué les obligarían... pero, ¿qué pasaba si no los compraba nadie? Si nadie obtenía un beneficio, ¿qué harían? ¿Los dejarían irse? ¿Los matarían como a la anciana?

- ¡Y aquí tenemos, por fin, a las estrellas del momento! – Hablaba de ellos. Un foco entre las penumbras los iluminó simultáneamente, lo que hizo que les pareciera encontrarse en un oscuro abismo en el que sólo se escuchaba una voz diciendo disparates -. Traídos desde las lejanas Llanuras del Sur, este joven guapo y alto ha sido rescatado de una de las villas de Bloor, al igual que esta adorable muchachita. Ambos son una perfecta y pura clase heliconia de la más alta calidad, como pueden ver ustedes mismos. Y no es un sueño, están aquí mismo, ¡y a la venta! En La Subasta, que siempre les ofrece lo que necesitan. ¿Empecemos pues, con él?

Varias personas empezaron a pujar enseguida, cincuenta mil, cien mil, ciento veinte mil... al rato dejó de escuchar. Solo se oía a sí mismo en su cabeza especulando posibilidades.

- ¡Adjudicado! Enhorabuena señor Connack, se lleva usted este magnífico ejemplar por la suma de trescientos setenta y cinco mil ávalos. Que lo disfrute. Sigamos con la chica y, creo que he de señalar, entre nosotros, amigos, que no ha sido tocada aun por ningún hombre -. Dijo en un tono de confianza, guiñándole un ojo al público - ¡Empezamos en cincuenta mil!

La participación fue abrumadoramente mayor que en la puja para él, igual que pasó con el precio de venta final.

- ¡Quinientos veinte mil ávalos! ¡Vendido! Enhorabuena Duquesa de

Hovasil, acaba usted de hacer una compra espléndida, como siempre.  
Bien, continuemos con el resto de mercancía de hoy.

## Capítulo 7

### Capítulo 7

Otra subasta más. Alea Hovasil, como de costumbre, había aprovechado la oportunidad para darse publicidad. No le venía mal una proyección comercial para el buen nombre de su casa y su negocio por un módico precio. También estaban allí los Glenn, los Merlan, dos de los hijos de la casa Whell, el padre de los Verrolt... muchas de las mejores familias de Cabo Catro habían acudido a la cita ese mes. La mercancía estaba siendo más abundante últimamente, sobre todo los adultos de cría forasteros. Teniendo en cuenta que normalmente se solía ver clase jazmín, ahora traían muchas novedades debido, entre otras cosas, a lo agitado que estaba el ambiente últimamente. No le extrañaba que el gobierno hubiese tenido mayor facilidad para recolectar presos de entre los enemigos de la República. En definitiva, era buen momento para la compra y acudía cada vez más gente a La Subasta para aprovechar los buenos precios.

Los presentes iban todos acompañados de su mejor elenco de criados, apostados de pie tras las mesas de sus propietarios. Niels podía ver desde su asiento heliconias, exuberantes y de piel acaramelada, como la chica que había comprado la Duquesa de Hovasil; campánulas, tan pálidos y etéreos; proteas, con la piel casi tan oscura como su pelo y su complexión atlética; hibiscos, los más raros de encontrar, de ojos rasgados y cabello liso; y jazmines, la clase autóctona. Si no fuera por su vestimenta se podrían haber mezclado con cualquiera de los señores de aquel teatro, pero los propietarios no dejaban que hubiese lugar a dudas.

En las Tierras del Norte había una profunda cultura de tradición basada en los pilares de la verdad, lo bueno y la belleza, sin embargo, la mayoría de la gente no les daba la misma importancia a todos. Las subastas eran el resultado de la práctica de trata de esclavos, entretenimiento distendido de la alta sociedad desde hacía varios siglos.

Miró alrededor y el esplendor de la belleza luchaba por destacar en cada rincón de ese teatro atestado de gente. Se encontró en su incursión visual con Alea Hovasil, hablando con otro de los personajes de la adinerada colectividad de Cabo Catro. La duquesa era una mujer de unos sesenta y pico años, viuda hacía más de veinte y sin hijos ni más familia. Era una de las herederas más ricas de la ciudad. Su fortuna provenía tanto de los numerosos negocios y tierras que le dejaron sus padres, los duques de Hovasil, como de lo que le dejó su difunto marido. Cuando dispuso de pleno derecho sobre sus bienes multiplicó su patrimonio y su prestigio invirtiendo grandes cantidades en el negocio de la trata. Esa mujer se había hecho a sí misma enfrentándose a las inclemencias del destino y a la soledad, y había conseguido convertirse en la criadora más reconocida

de todo Cabo Catro. En ese aspecto, era una persona admirable.

- Buenas noches joven Ord.

Apareció por su izquierda la señora Diafan, una vieja con delirios de grandeza que nunca estaría a la altura de la Duquesa de Hovasil, y de él tampoco.

- Buenas noches señora Diafan. ¿Desea usted tomar algo conmigo?

- Oh, qué va, querido. Mi nieta está esperándome para llevarme a casa -. Dijo señalando hacia un lugar cerca de la puerta, donde estaba la susodicha parlotando con dos jóvenes que no veían el momento de inventarse una excusa para alejarse -. Ya no son horas para que esté por ahí de compromisos sociales, ya sabes a lo que me refiero. Sólo me acercaba a preguntarte qué tal. He oído que el negocio va bien, aunque la duquesa se encuentra últimamente algo apática con la clientela, me han dicho.

- Qué amable por preguntar. No se preocupe, la duquesa se encuentra perfectamente, gracias. Le transmitiré sus mejores deseos.

A cotillear, como siempre. Niels Ord se levantó de su sillón y se dispuso a acompañarla hasta la puerta.

- No hay de qué, señor Ord. Veo que tienes a una esclava nueva, ¿mestiza, quizás?

- Si señora, mestiza de protea y jazmín, tiene usted buen ojo.

- Claro querido. Es una delicia - la chica de la que hablaban, de tez morena y ojos miel, les seguía en su paseo un metro por detrás. Iba vestida con un vestido corto de ante amarillo que dejaba su espalda al aire, decorado con pedrería de colores. Llevaba unos pendientes de oro amarillo en forma de soles con un topacio en el centro, el pelo en un semi-recogido que dejaba algunos rizos negros acariciar sus hombros y las manos repletas de anillos que destellaban miles de colores.

- Muchas gracias -. Respondió Niels, sabiéndose él y no la mujer, el destinatario del halago.

- ¿La encargó?

- No, es extranjera. La compré no hace mucho en La Subasta de Colia.

- No suele usted pagar por una fecundación, ¿no es así?

- Encargar bebés no es mi mayor afición, se tarda demasiado en ver los resultados -. La señora se rio pomposamente.

- ¡Hijo, si a ti no te gusta esperar imagínate a mí, que tengo más años! Y aun así no me puedo resistir a encargarlos, son tan bonitos... - Niels le respondió con una sonrisa amable. - Bueno, gracias por acompañarme. Ya sabes, dile a la Duquesa de Hovasil que, si necesita algo, no dude en llamarme.

- No hay de qué. Por supuesto, se lo diré. Buenas noches, señora Diafan.

Como si se lo fuera a decir. Cuando la dejó con su nieta, ésta miró a Niels con ojos deseosos del que mira al mayor de sus ídolos. No le prestó atención, estaba acostumbrado a las atenciones de las mujeres. Era joven, guapo y rico. Se movía en las altas esferas de Cabo Catro y aún seguía soltero. Las jóvenes casaderas solían intentar embaucarlo y, sus madres, también. Se dio la vuelta y volvió a su mesa, en la cual y, para su sorpresa, le esperaba el señor Merlan y compañía, dos criados de no más de diez años.

- Buenas noches, señor Merlan - dijo Niels mientras tomaba asiento.

- Buenas noches. ¿Le gusta el vermut, señor Ord? Me he tomado la libertad de pedirle uno.

- Si, gracias. Dígame, ¿cómo se encuentra? ¿vendió finalmente aquél terreno?

- Sí señor. El mercado inmobiliario está al alza en Cabo Catro, tenía usted razón. Esperé un poco más y mejoraron la oferta.

Apareció el camarero con el vino especiado, era un criado. Debido a su uniforme no se sabía a simple vista, pero era inusualmente atractivo y se apreciaba en el pabellón de su oreja derecha el pendiente identificativo.

- Es una pena. La ciudad se está expandiendo rápidamente, en unos cinco años se habría revalorizado.

- No le falta razón, señor Ord, pero ya conoce usted mi particular situación.

- Sí, la conozco -. Niels levantó la vista del vermut para fijarla en aquél deshecho de la sociedad. George Merlan se encogió, intimidado.

- Debido a estos asuntos que le cuento - siguió, intentando disimular el nerviosismo que denotaba su voz -, venía a decirle que devolveré a final de este mismo mes lo pendiente con usted y sus compañeros, intereses incluidos, por supuesto. Es por esto que quería preguntarle si le importaría

retirar a sus hombres, puesto que tal imagen no es buena para ningún negocio -. Niels miró a ese hombre, ya con cierta edad, de aspecto señorial de lejos, pero apolillado de cerca. Un señor de alta cuna que lo había apostado todo a la trata y, que, como muchos, no había sabido jugar. Cuya familia dependía enteramente de él, y su precaria situación era consecuencia de sus errores, endeudado hasta el cuello con una de las más peligrosas y brillantes empresas de Cabo Catro. Un señor venido a menos que le suplicaba a un chaval venido a más.

- Por supuesto, George. Lo entiendo. No tiene de qué preocuparse.

El señor Merlan se lo agradeció estrechándole la mano y desapareció de allí rápidamente, dejando su copa humedeciendo el mantel gris de la mesa.

- Vira – llamó a su criada, la cual se inclinó levemente hacia su señor en gesto atento – llama al camarero para que recoja esto, por favor. Aun vendrá a vernos mucha gente.

Atendió a una docena de personas, alguno que otro solo quería saludar, pero la mayoría quería hablar de algo concreto: un favor, un negocio, una financiación o una operación de trata. El señor Ord se había ganado un muy buen nombre en la ciudad por su cuenta, pero era el primero de su familia. Formaba parte de una de las compañías que funcionaban como motor de la economía de Cabo Catro, cuyo negocio principal era la trata de esclavos. El resto de grandes empresas se concentraban alrededor de los astilleros, los más grandes de La República. La ciudad tenía las condiciones idóneas. Con uno de los puertos más concurridos del país, gozaban de una situación privilegiada en las rutas comerciales. Todo el que quisiera llevar mercancía de las Tierras del Norte a las Llanuras del Sur, y viceversa, tenía que pasar por allí. Además, el puerto tenía el calado más profundo a lo largo de la costa de las Tierras del Norte, por lo que permitía atracar y construir los barcos más grandes del país.

Terminó por fin con sus compromisos. Se levantó de la mesa y echó una mirada de nuevo al palco de Alea Hovasil. Ya se había ido. Salió caminando por la sala pausadamente. Algunos de los presentes le saludaban, a los cuales respondía con una ligera cabezada.

- Mané, vete al coche de Vira e idos a casa – le dijo al chófer de su coche particular una vez estuvieron fuera del teatro.

Condujo durante unos diez minutos. La casa de Pert Herre no estaba lejos. Aparcó el coche tres calles antes de su destino y anduvo el resto rápidamente. Al poco llegó al antro al que el señor Herre tenía la desvergüenza de llamar despacho. Ya había estado allí una vez, hacía mucho tiempo. Una puerta un nivel por debajo del suelo de bisagras oxidadas guardaba un pasillo estrecho que daba salida al patio interior de

un edificio. No estaba situado en mala zona de la ciudad, pero cuando accedió a ese espacio le dio la sensación de estar en los suburbios: oscuro, con ropa tendida a la vista y con una horrorosa fuente coronando el concepto de falta de gusto. Pasó la última puerta, al fondo del patio, que se interponía entre él y su cita.

- Buenas noches señor Ord.

- Buenas, señor Herre -. Niels se sentó en una reluciente silla de terciopelo violeta frente al escritorio.

- ¿Qué tal ha ido la subasta?

- Oiga, no tengo intención de conversar frivolidades hasta que llegue al punto por el que me ha citado. ¿Sería tan amable?

Pert se apoyó en el respaldo de su silla con media sonrisa.

- ¡Ah! ¡La futilidad del tiempo! ¿Es que no aprecia usted el placer de dar matices a una conversación bien entendida?

- Tendrá que disculparme, señor Herre. No poseo el don de la paciencia -. El señor Herre volvió a acercarse a la mesa que les separaba, entrelazando las manos sobre ella.

- ¿Y el de la ambición? ¿Lo considera un don bajo cualquiera de las circunstancias, señor?

- ¿Cómo no hacerlo? -. Respondió Niels sin perturbar su expresión. Pert volvió a sonreír, esta vez de satisfacción.

- En ese caso nos vamos a entender bien – irguió la espalda -. Verá, estoy dispuesto a hacerle una propuesta muy ventajosa, siempre y cuando acepte unas mínimas condiciones, por supuesto.

Niels se quedó en silencio, esperando a que continuara.

- Usted sabe bien cómo funciona el negocio, y sabe que el mío es más legal que cualquier otro al que le eche el ojo. Pago mis impuestos y cumplo las normativas rigurosamente -. Niels suspiró en la silla, recorriendo la habitación con la mirada de vez en cuando - Sin embargo, la policía de Cabo Catro no piensa exactamente igual que yo, y sé que lo hacen para no meterse con otro más grande y más influyente: el suyo.

- ¿Y bien?

- Usted conoce bien a la Duquesa, señor Ord.

- Qué es lo que quiere – inquirió Niels.

- Quiero que interceda por mí, que me ceda ciertas ventajas, facilidades. Quiero que no haya más guerra comercial de la necesaria, un reparto por distritos. Que no se inmiscuya en mis asuntos, ni yo en los suyos. Podemos tener paz en esta ciudad. Ambos hemos perdido ya a muchos hombres.

- Señor, yo jamás hablaré con ella sobre usted -. Empezó a levantarse, ¿para esto le había hecho ir?

- Un momento, Niels. No espero que hable de mis intenciones directamente. Sólo quiero que me facilite el camino. Además, sé que es usted un hombre de negocios, y le recompensaré adecuadamente.

- Tiene que tener usted mucho valor para pedirme que conspire contra Alea Hovasil a cambio de dinero.

Pert Herre se rio en alto.

- No soy tan valiente, por suerte. Había tenido una idea mejor. Dado que el dinero no puede darle nada que no tenga ya, ¿qué tal si le ofrezco otro tipo de recurso? Información, transportes, agentes... Se cuáles son sus intereses más de lo que imagina - Pert abrió los brazos en gesto teatral -, y me tiene a su disposición.

Niels se levantó de la silla y se colocó bien la chaqueta. Cuando se dispuso a salir del despacho, añadió:

- Tendrá noticias más. Estaba en lo cierto, señor Herre, nos vamos a entender bien.

## Capítulo 8

### Capítulo 8

Llevaba un par de días sin ir a clase, tampoco le importaba. No sabía bien cómo comportarse. Sus padres no habían dado señal de duda en cuanto a la versión que les contó sobre su ausencia y el moratón en el pómulo. Se “había chocado con una puerta”. Muy original.

Había intentado ir a Cabril, la villa de Icra, pero ya era la segunda vez que la echaban de malas maneras de las puertas de la ciudad. Naya solo quería ir a ver a su madre para contarle lo que había pasado. Tampoco ella sabía la situación real, pero suponía que una explicación calmaría un poco la horrible incertidumbre en la que se debía encontrar. Siempre y cuando no la echaran a los perros, claro. Sin embargo, no había conseguido nada, e iba a tener que hacerlo de otra manera, si no quería acabar llamando la atención.

Naya respiró profundamente el abrasador aire de Bloor mientras caminaba por la Calle Alfareras. Hasta donde sabía, podía dar a sus amigos por muertos, pero cada vez que esa idea rozaba su mente la rechazaba rotundamente, cualquier otra posibilidad le valía. A cada minuto que pasaba veía esa desgarradora imagen: Icra en el suelo, con lo que seguramente era una herida de bala en la pierna, y Tae a su lado. Ambos mirándola, sabiendo que ya no tenían ninguna escapatoria, reclamándole una ayuda que nunca llegaría.

Se subió al tren en la Estación Hentock, pero no bajó en la parada de la Universidad. Dejó pasar varias estaciones hasta que vio a través de las grandes ventanas un cartel en el que se leía “Estación de Las Almenaras”. Se bajó del tren, encontrándose en la parte más meridional y más humilde de la ciudad. Cruzó algunas plazas y giró una infinidad de veces en las numerosas esquinas de las entramadas calles. Para cualquier persona, ese recorrido hubiera sido tan laberíntico que se habría perdido varias veces, pero ella lo podría hacer con los ojos cerrados. Se colocó la capa y se ajustó el pañuelo a la cara, no quería que nadie la reconociera.

Cuando se vive en un condado como Blomr, hay que inventarse maneras de hacer lo que se quiera sin que nadie se entere y, para eso, los barrios donde se encontraban personas que vivían algo en disonancia con la ley de Encro ofrecían una gran variedad de servicios que no estaban bien vistos por el régimen, pero que les permitían vivir mejor. Estas prácticas, si bien llevadas a cabo con suma discreción, eran un secreto a voces entre el populacho y Naya, a pesar de su cuna, siempre había estado muy al día gracias (o por culpa) de sus amigos villanos.

Entró en una zapatería elocuentemente llamada "Zapatos Penton". La fachada era negra y tenía un escaparate de cristal a un lado de la puerta que mostraba una escasa variedad de botas y zapatos de cuero sencillos, pero de calidad. Hacía mucho tiempo le contaron que los Penton importaban el cuero de las villas, como hacían otros muchos comercios, pero que, de vez en cuando, aprovechaban el viaje para transportar otras cosas, normalmente nada comprometedor: mensajes discretos o paquetes pequeños.

Hacían bien su trabajo, Naya llevaba años comunicándose con Igra mediante ellos, y tenían buen gusto para la piel.

- Hola, señora Penton – dijo, mientras buscaba en uno de los bolsillos de su capa.

- Hola, cielo – le contestó. La señora Penton era ya una mujer mayor, de unos cincuenta y tantos, y siempre era amable. Incluso un poco pesada, a veces.

- Vengo a daros un encargo.

- Bien hija, vamos a la trastienda a medirte esos pies – dijo asomando la vista sobre el hombro de Naya, a través del escaparate.

La siguió y te entregó la carta junto con cien ávalos. Poco dinero para quien lo arriesgaba todo.

- Que llegue lo más pronto posible, por favor. Donde siempre, pero esta vez entrégasela a la madre de mi amiga.

- Descuida – le respondió la señora, y se guardó la carta y el dinero en el bolsillo de su delantal.

- Gracias –. Añadió, antes de irse. Confiaba en ella, sabía que llegaría. No era mucho, pero por lo menos la madre de Igra sabría algo de su hija.

Le daba rabia, pero no tenía manera de contactar con la familia de Tae, ni siquiera sabía dónde vivía exactamente. Tenía entendido que en una villa cercana a la de Igra, porque muchas veces hablaban de que solía ir a verla cuando terminaba su trabajo con el ganado. Pero ella hacía de contacto entre los tres, Naya nunca le había escrito a él. De aquél modo, si les descubrían no los relacionarían.

Aquello era todo lo que podía hacer, hasta el momento. Constantemente le rondaba en la cabeza la idea de volver a La Rosa de los Vientos, pero le daba miedo. Un miedo real a morir o a sufrir algún daño. Si esa sociedad llevaba encubierta tanto tiempo no había sido gracias a dejar a gente con información crucial a su libre albedrío. Estaba segura de que le estaban

vigilando, aunque no le daba demasiada importancia puesto que no pensaba hacer nada que pusiera en peligro la organización, estaba con ellos al cien por cien, aunque aún no lo supieran.

Regresó a casa en el tren a hora punta, con un sofocante calor que apenas dejaba respirar. El otoño estaba a punto de llegar, pero la temperatura todavía no daba tregua. No podía imaginar cómo irían las cosas en las villas, casi sin agua. A nadie le gustaba ver eso en los periódicos así que, directamente, no salía. Había alguna publicación más subida de tono que otra, pero todas seguían el hilo de "El Relacionista" que, lejos de ser un diario afín al régimen, directamente era redactado por el gabinete de prensa de Crowfreid, el Jefe de Estado de la República.

Claro que en cada condado había diferentes periódicos y revistas, cada uno con el tinte que le daba el presidente de turno, como Encro, pero como mucho se adivinaban rencillas entre ellos, nunca contra la República.

Llegó, por fin, a casa. Justo a tiempo para la hora de comer. Dejó sus cosas en la entrada y se dirigió directamente al salón. Sus padres estaban allí. Los sorprendió abrazados, hablándose en susurros.

- Ya estoy aquí – dijo bien alto cuando entró. Se separaron el uno del otro, riéndose. No pudo evitar sentir lástima por su madre, tan buena siempre, tan generosa... a su manera. Tampoco pudo evitar sentir ira hacia su padre.

- ¿Qué tal las clases, amor? – le preguntó una vez tuvieron por delante una lubina a la sal.

- Bien mamá, como siempre, un rollo -. Le respondió – La profesora Nilgam es muy lenta explicando y allí nos dormimos todos – añadió, por si acaso. Su madre sonrió.

En el aire se notaba una tensión que no era habitual. Tampoco es que normalmente tuvieran una conversación demasiado dicharachera, pero sí más que aquél día. Lo entendía por ella y por su padre, pero no sabía por qué estaba así también su madre.

- ¿Qué tal tu día? – le preguntó su padre a su madre.

- Pues regular, la verdad. Me he llevado un disgusto porque Janilt Gurman, la de la joyería, ¿sabes quién?

Su padre asintió con la cabeza.

- Me ha contado que hay una pequeña fiesta en honor a la jura de bandera de los nuevos reclutas de la Guardia, ipero la Quonterly no está

invitada! Me parece una desconsideración absoluta.

- Bueno, cariño, la Quonterly es una institución completamente independiente del ejército, es lógico que no nos inviten.

- Es de mal gusto – bebió de su copa de vino tinto – sobre todo en una ciudad tan pequeña. ¡Si van hasta oficiales de Plomer!

Se miraron durante unos segundos, y siguieron comiendo.

- No te angusties Hana, de todos modos, los militares no son una compañía amena, que digamos.

- Papá – llamó Naya. Su padre se giró hacia ella pausadamente, como si se hubiera olvidado de que había estado allí todo el tiempo.

- ¿Si?

- Cuando detienen a alguien, ¿qué pasa con él?

- Pues no sé, hija. Lo llevan al calabozo, supongo.

- No, me refiero – se entretenía limpiando el pescado de espinas – a esas detenciones en las que desaparece la gente.

- ¡Naya! ¡Qué tema tan desagradable para la hora de comer! – se quejó su madre.

- ¿Por qué quieres saberlo? – inquirió su padre, clavándole sus ojos como el que busca una segunda intención.

- Por nada – dijo llevándose un bocado a la boca, intentando parecer indiferente – es solo curiosidad.

Su padre la miró durante unos segundos, luego miró a su mujer y después se dirigió a la empleada que estaba en la sala.

- Puedes retirarte, Arga -. La chica salió obedientemente del salón -. Muchas veces, aunque no siempre, se los llevan al norte. Al fin y al cabo, son delincuentes. Se destierran de las Llanuras y se venden a las casas, las familias pudientes de las Tierras del Norte – aclaró –, de esta manera, no se les hace daño y contribuyen a la sociedad como compensación por los daños causados.

- ¿Se venden o los vendéis? – dijo ella, refiriéndose a su padre y a la Quonterly.

- Cariño, yo no tengo mano en todos lados, y tampoco se mucho más. Eso es trabajo de otro departamento. Pero recalco que no es por norma. Si el crimen fuera muy grave, no sé lo que pasaría.

Vaya ayuda, eso era tremendamente subjetivo.

- ¿Qué se considera "muy grave"?

- No sé, Naya. Cómete el pescado.

Independientemente de la cantidad de consideraciones a tener en cuenta, cabía la posibilidad de que sus amigos siguieran vivos. Eso le había quitado tal losa de encima que sintió vértigo. Aferrándose a esa posibilidad, podía estar contenta. Si era verdad, si los habían llevado al Norte, tenía que ir como fuese. Le sonaba como un disparate imposible, pero tenía que conseguirlo. Además, estaba convencida de que, si se unía a los revolucionarios, le sería mucho más fácil. Pero, ¿cómo podría hacerlo? ¿Cómo conseguir que la escucharan? Tenía que lograr serles útil de alguna manera, a lo mejor si iba a la Quonterly y averiguaba algo importante para ellos... pero ¿qué podría ser?

De cualquier manera, le parecía una buena idea. Era la única baza que tenía. Esa misma tarde, iría a visitar a su padre a la oficina.

- Papá, ¿puedo ir esta tarde a tu despacho? Tengo que escribir un ensayo sobre la evolución arquitectónica de Bloor en el último siglo, y la verdad es que el archivo de la Quonterly debe ser mucho más objetivo que el de la biblioteca.

- Bueno, avísame cuando estés allí y te llevaré con Brune, un colega en Obras y Caminos.

- ¡Bien! – dijo, satisfecha. Como no sabía lo que buscaba, cualquier cosa le valdría.

Si aquél hombre no llevaba hablando de puentes dos horas, llevaría tres. En menudo embrollo se había metido. Aquello era inútil. Le había contado el sistema de carreteras y las maravillas de los pasos elevados peatonales y asfaltados, de todo tipo, claro, porque "¡aquello era ingeniería moderna!". Repetía esa frase en intervalos de siete a diez minutos. Además, no vocalizaba bien, y sus ojos quedaban empequeñecidos a través de unas gruesísimas lentes amarillentas que le daban un aire a topo. A topo entusiasta de las carreteras. Le habló también de detalles que "solo sabía un ingeniero", como que los puentes peatonales no aguantan cualquier peso, que por la Puerta del Sur no tiene margen de maniobra un camión de más de cuatro metros de largo y que los materiales para empedrar la mayoría de las calles de Bloor habían sido importados de los sobrantes de las minas de Yashak. Y venga piedras, y

cemento, y cal. Cuando salió de allí estaba mareada. Además, no pudo husmear nada porque todos los pasillos y despachos estaban llenos de gente. Eso no iba a funcionar.

Volvió a casa desganada y se quedó en su habitación, dándole vueltas en la mente a todos los problemas. Quizá, si encontraba a su hermano, él le ayudaría. Así pasaron los días. Volvió a la facultad, y vio de nuevo a sus compañeros y a las amigas que eran un poco más cercanas. A ellas no les podía contar nada, sabía que no pensaban como ella. Pero no las culpaba, las habían educado así. Mucha gente en aquella ciudad era susceptible a la manipulación, la cual se manifestaba en cada una de las clases que se impartían en la Universidad, si escuchabas con un oído crítico. No había sido con esa intención, pero sus padres siempre le habían instado a juzgar por sí misma. De pequeña, solían leer el periódico juntos y le hacían preguntas como "¿Qué decía la noticia?" o "¿qué significa eso?" y también "¿a quién puede afectar?, ¿qué va a pasar ahora?" Siempre le había aburrido, pero cuanto más crecía más se daba cuenta de que, en realidad, le estaban enseñando a pensar.

Uno de esos días se le ocurrió ir a la Rosa de los Vientos. Ya se le había pasado el pánico inicial y, además, no se le ocurría otra cosa. A lo mejor le dejaban entrar por pesada. Desde luego, por decirles que para asfaltar una calle hacían falta dos o tres semanas y diez personas como mínimo, no iban a hacerlo. Conforme se aproximaba a la pensión, su valentía flaqueaba cada vez más. Se detuvo en la esquina de la calle, con el portón de la Rosa a la vista, ajustándose la capa a cada minuto, dando pasitos en el sitio, pero sin atreverse a acercarse más. Y fueron muchos minutos. No sabía cuantos, pero estuvo allí tanto rato que vio salir a un chico.

Era joven, de unos quince o dieciséis años, muy alto para su edad y algo escuálido, con piel clara y pelo castaño claro en forma de cacerola. Era el chico que había visto aquél día en recepción. Intentó que no la viera. El chico miro hacia los lados y echó a andar calle arriba rápidamente. Dio un traspies cuando lo hacía y aprovecho para recorrer más terreno, parecía que estaba familiarizado con ese tipo de percances. Naya decidió seguirle.

Fue una tarea bastante dura. Acabaron en la zona norte, habiendo atravesado media ciudad. Naya se ganó una ampolla en un pie, sus botas eran cómodas, pero no estaban preparadas para caminar durante aproximadamente una hora y media seguida, y con ese calor. Casi le perdió varias veces porque el chico se movía entre la gente como pez en el agua: esquivaba, se escurría, pasaba por encima y por debajo de cosas, se metía en callejones y aprovechaba atajos. No estaba yendo en línea recta, ni mucho menos. ¿Sabría que le estaba siguiendo o siempre haría lo mismo?

Al final llegaron al Mercado de los Mares. Allí el chico empezó a ojear puestos, pero no compraba nada. Hablaba con algún tendero, pero no lograba escuchar lo que decían. Naya se intentó acercar más, pero en un momento dado, el joven levanto la vista y tuvo que disimular, dando un rodeo. Se escabulló por la calle paralela de puestos. Veía lo que hacía entre toldos y varas, pero seguía sin oír nada.

Finalmente, se detuvo en un puesto de telas y túnicas. Naya quería pararse también, pero estaba muy expuesta. Iba a verle, si seguía allí cinco segundos más, la vería sin duda. Había mucha gente en el mercado, pero no alrededor de Naya. Tenía que actuar ya. No se lo pensó, entró en el puesto desde la parte trasera y se metió en el probador de tela. No llegaba a escuchar lo que decían, pero por lo menos no la había visto. No sabía si la reconocería.

Se asomó por el hueco entre las cortinas del probador, ni siquiera se atrevió a apartarlas para ver mejor. Nunca había estado tan en tensión. Incluso solo mirar lo que estaban haciendo le aterrorizaba, ¿en qué estaba pensando? Estaba justo en frente del chico, si se fijaba en el probador vería algo raro, seguro. Sin embargo, el joven compró dos metros de tela blanca y pagó al tendero. Eso era todo. Desapareció de su campo de visión. Ya había pasado.

- ¡Espere señor, la vuelta!

El chico volvió, pero esta vez atravesó el mostrador y pasaron juntos al fondo del puesto. Estaban a un metro de Naya, que se tapó la boca para no hacer ruido al respirar. Vio, entonces, que entre los billetes y monedas que le había dado su cliente, tenía también un pequeño papel.

- ¿Estás loco? – le dijo el chico, que ahora solo parecía un niño asustado -, ya tienes el mensaje, ¿qué quieres?

- Lo siento, pero necesito hablar. Mi contacto ha perdido la tabla de equivalencias de esta semana, no puede descifrar el mensaje.

- ¿Cómo? ¡Tendría que habérsela aprendido de memoria! – se quejó casi en un susurro.

- Lo sé, pero díselo a él. Dime el mensaje si es urgente, si no, esperaremos a otra tabla.

- No, es urgente... y estamos a jueves, la tabla cambiará. Bien, escucha, dile que no vamos a poder contar con información sobre las fuerzas de Plomer. El encuentro mañana es sólo para militares. Dile que tenemos que pensar en otra cosa y que nos comunicaremos de la manera habitual.

El hombre le entregó algunas monedas y el chico desapareció de allí. Naya se quedó paralizada un largo rato. Cuando consiguió moverse, esperó a que el hombre estuviera de espaldas. Por suerte, no llamó la atención y se escabulló sin problemas. Ya sabía lo que iba a hacer, aquella era la fiesta de la que había hablado su madre el otro día.

## Capítulo 9

### Capítulo 9

Indagó un poco en clase al día siguiente. Sus compañeras le dijeron que era un acto de gala y que empezaba a las ocho de la tarde, además de que irían los cargos más importantes del ejército, junto con las jóvenes promesas por las que todas las chicas suspiraban, aunque Naya sospechaba que lo hacían por su buena posición, y no por ningún tipo de atractivo.

Esa misma tarde les dijo a sus padres que había quedado con unas amigas para ir a cenar y que llegaría tarde. Abrió el gran vestidor y contempló los numerosos vestidos que tenía en el armario, todos de diseñadores reconocidos de Plomer o Colia, más allá del estrecho. No dudó ni un momento, sabía exactamente lo que tenía que llevar. Aunque fuese en calidad de estudiante haciendo un trabajo de investigación para una tarea de clase, tenía que ir vestida adecuadamente, más teniendo su apellido.

Se calzó unos delicados tacones negros decorados con finas tiras a ambos lados, se puso unos pendientes pequeños hechos de nácar, que vistos de cerca tenían forma de escarabajo. Se maquilló de manera discreta, con un ligero rubor en los labios, aunque sí se afanó más en la parte, ya menos, amoratada de su mejilla, la cual consiguió disimular bastante bien. No hacía falta nada más, el vestido lo decía todo. Era de crepé negro, caído hasta los pies. Desde abajo hasta por debajo de las rodillas había una abertura que dejaba ver sus piernas fugazmente, sólo al caminar. El escote estaba ribeteado de piel de conejo, y era estrecho y largo, bajando desde el cuello hasta la mitad del pecho. Aquel vestido era el culmen del buen gusto y la clase, o eso le parecía a ella.

Terminó el modelo haciéndose un moño bajo, sobrio. Encima de todo aquello se puso una capa lisa de noche y se despidió de sus padres, asegurándose de que tapaba bien el vestido.

- Qué guapa te has puesto – le dijo su madre desde el sillón en el que estaba sentada, levantando la vista de su crucigrama – deberías peinarte así más.

- Ah – dijo Naya, riéndose. Por un instante su corazón se había parado – Si es que, la que es guapa...

Su madre se rio. Le dio un beso y se fue sin despedirse de su padre.

La fiesta era en la Gran Guardia, el cuartel general de la guardia de la ciudad. Estaba en los Manantiales, así que fue caminando. Aún tenía la

ampolla que se hizo el día anterior, pero esos zapatos no le rozaban la herida, por lo que iba bastante cómoda. Fue cavilando su plan durante todo el camino, tenía que dar con algún plomeriense, por lo que dijo el de recepción, necesitaban información sobre las fuerzas de su ejército. Podía relacionarlo con un trabajo para Seguridad Nacional u Organización Regional, tenía bastante relación. Solo esperaba que no la echasen al no estar invitada. Sin embargo, todos sus temores se aliviaron cuando vio, vestido de gala y hablando con otros soldados, a su amigo Query. Seguro que con él podía entrar sin problemas. Fue a saludarlo con resolución.

- ¡Query!

- ¡Hombre, Naya! – se saludaron con dos besos. Fue un poco incómodo, nunca le había dado dos besos.

- Perdón por interrumpir – dijo ella, refiriéndose a sus acompañantes – solo quería saludar. – Se dispuso a irse cuando Query la detuvo.

- No esperaba verte aquí, niña. No te ofendas, pero creía que esto era solo para miembros del cuerpo.

- Lo sé, bueno... - puso tono de confianza, pero se dirigió a todo el grupo – la verdad es que me vendría bien un favor. Tengo que hablar con alguien de Plomer, porque estoy haciendo un trabajo muy importante para Organización Regional, una asignatura – aclaró, le pareció menos comprometedor – ¡y mi nota del curso depende de ella!

Los presentes parecían muy interesados en el secreto.

- Y verás, Query, si tú me echaras una mano, ¡te debería la vida entera! – dijo en un tono de broma que hizo reír al grupo.

- Venga Query, ¡ayuda a la chica! – dijo la señora que estaba a su lado, de la cual Naya sospechó que era su mujer.

- ¡Si! ¡No vas a verte en otra igual!

Todos se rieron.

- Está bien, está bien -. Aceptó el hombre, calmando las aclamaciones de sus amigos – Entra con nosotros -. Dijo, tendiéndole el brazo.

Naya entró junto a Query en aquél señorial edificio de piedra ostionera, engalanado con grandes lámparas y maravillosas alfombras. La puerta principal daba a un recibidor atestado de gente y, más adelante, se encontraba el patio interior donde tendría lugar la ceremonia y la fiesta

poco después.

Se encontraba rodeada de soldados de Bloor adonde quisiera que mirase, sin embargo, aquella marea de negros uniformes estaba salpicada aquí y allá de los colores azules y dorados del uniforme plomeriense. Eran, por tanto, fácilmente reconocibles, pero le vino bien el consejo de su amigo para saber a quién y a quién no le debería preguntar.

El acto de jura pasó más rápido de lo que esperaba. Una hilera de unos cincuenta jóvenes pasó a cuadrarse ante la bandera de la República antes de besarla y dejar hacerlo al siguiente en la fila. En aquél momento se convertían en miembros oficiales del ejército, y se les hinchaba el pecho de orgullo al terminar la ceremonia.

Después de aquello, empezó un relajado cóctel. Naya cogió una copa de vino espumoso de una de las bandejas que llevaban los camareros en volandas y se dejó llevar por los ajetrechos compromisos sociales de su grupo de nuevos amigos. Le presentaron a muchas personas, pero, a decir verdad, ninguna de utilidad para ella. Decidió, sin embargo, ser paciente. Parecer ansiosa por cumplir el objetivo del que le había hablado a Query podía resultar de mala educación.

Veía, de lejos, a varios oficiales de Plomer conversando con otros de Bloor en voz, cuanto menos, discreta. Esos eran los filones que le interesaban, pero, por el momento, los que más habían logrado acercarse solo eran los camareros. Entonces se le ocurrió una idea.

- Señorita Froglen – la llamó Query. Naya se giró y vio a un impresionante joven frente a ella. Era el soldado al que mejor le quedaba el uniforme azul de todos los que había visto allí. Nunca, de hecho.

- Le presento a Atur Mantos, de la marina plomeriense – el tal Atur le cogió con delicadeza la mano y se la acercó a la boca sin tocarle. Quizá fue exageradamente galante, pero los soldados eran así.

- Encantada -. Al querer acercarse a los oficiales, agradeció a Query que marcara la diferencia entre ellos dos tratándola de usted.

- El placer es mío – contestó, devolviéndole la mano - ¿Te apetecería otra copa?

- Claro, gracias – respondió dándole su copa ya vacía. Atur desapareció de allí al momento.

Naya miró a Query con media sonrisa, esperando una explicación.

- Ha venido él – rio, excusándose – quería conocerte. Es guapo, ¿eh? Conozco a su padre, es coronel en Plomer, ¡un pez gordo! – Atur se

acercaba, a unos metros de ellos – os dejo solos, para que os sea más fácil... intimar – soltó una carcajada mientras se alejaba.

- Gracias – le dijo Naya a Atur sonriendo mientras aceptaba la copa.

- No hay de qué – contestó él antes de beber – Eres, entonces, amiga de Query.

- Sí – se sonrió – bueno, nos conocemos hace muchos años.

- Qué casualidad, igual que yo. Verás, él es de Plomer. Es amigo de la infancia de mi padre.

- Ya veo. Tampoco es de extrañar. Al final, en las Llanuras se conoce todo el mundo.

- Es verdad – concedió él -. Me ha dicho que estás estudiando en la Universidad.

- Sí, así es - comenzaron a pasear pausadamente por el patio –, una vida muy interesante – añadió con cierto sarcasmo que hizo reír a Atur – una jura de bandera tiene mucho más caché. Enhorabuena, por cierto.

- Quedo muy halagado, señorita – dijo con gesto teatral -. Si te sirve de consuelo, te diré que estudié un año en la Universidad de Plomer, pero en la academia no he tenido que estudiar menos – la miró muy serio y le dijo con secretismo – aunque si alguna vez te examinas en un buque escuela, tú escribe flotabilidad por todos lados y algún examen seguro que apruebas.

Naya se rio sinceramente. Estuvieron hablando de nimiedades un rato más. Le dio pena intentar aprovecharse de él, parecía buen chico. Al poco, le dijo que iba un momento al cuarto de baño, a lo que é respondió con un “esperaré encantado”.

Cuando estuvo fuera de su campo de visión se apresuró al interior del edificio. No le costó mucho encontrar las cocinas. Esperó, disimulando, a que pasase un camarero adecuado. No supo por qué, escogió a una chica cercana a su edad. Supuso que le inspiraba más confianza. Le pidió que se acercara a los grupos de altos cargos de Plomer y se enterara de qué estaban hablando, que fuera discreta y que, después, se lo contara todo. La chica se negó al principio, pero cambió de parecer cuando Naya le enseñó el fajo de billetes. Si era por dinero, no tenía ningún problema.

Volvió del “cuarto de baño” sin mayor dilación con su compañero.

Confiaba en que la camarera haría lo que le había pedido, pero no en que escuchase algo de utilidad, así que tenía que mantener disponibles todas

sus opciones.

- ¿Sabes que tengo que hacer un trabajo sobre Plomer? Para clase – le dijo, pasado un rato.

- Ah, ¿sí? ¿De qué? – respondió él, prestándole toda su atención.

- Bueno, es un rollo en realidad, te aburriría. Es sobre instituciones, personal, organización y gestión de recursos, ese tipo de cosas.

- Ya veo, suena... interesante – dijo, riéndose.

- ¡Para nada! Ah, bueno, también hay una parte que es sobre la armada, a lo mejor ahí sí que me puedes ayudar, ¡porque no tengo ni idea! – dijo, poniéndole una mano en su brazo.

- ¡Claro que sí! Veras, la organización es muy sencilla: se divide en tierra y mar. Cada uno responde ante su mando, pero ambos están regidos en última instancia por un mando superior, que hay uno por ciudad. Son brazos diferentes de un mismo ejército. La verdad es que es horrible porque hay mucha burocracia y la cadena de mando, al final, se hace demasiado larga. Pero bueno, así tenemos un poco más de independencia.

- Ya... bueno, es que eso ya lo sabía. Pero quiero hacer el trabajo mejor, profundizar un poco más. No sé, podría escribir algo de la vida como soldad, de la rutina, los cuarteles y ese tipo de cosas.

- Lo siento, pero hay cierto nivel de detalle que es confidencial, así que no puedo ayudarte.

- Vaya... - qué cerca había estado. Procuró cambiar de tema rápidamente.

A los pocos minutos y una desaconsejable copa más en la mano aparecieron los padres del chico, los cuales intentaron disimular su contrariedad cuando escucharon el apellido Froglen. Claro, aquello era solo para militares.

Se retiraron cuando no fue descortés, y lo mismo ocurrió con otros tres grupos. Su plan se iba al garete. Había supuesto que su apellido le iba a abrir puertas, no a cerrárselas.

Intentaba acercarse a los corrillos disimuladamente para ver si podía escuchar algo interesante, desoyendo la conversación con Atur, pero no lo conseguía, y lo poco que captaba eran temas propios de las fiestas: anécdotas divertidas, cotilleos, puestas al día sobre la vida de cada cual y,

en aquel caso, batallitas y condecoraciones.

- Son bonitos.

- ¿El qué? – pregunto Naya, volviendo a la conversación con Atur.

- Tus pendientes. Qué son, ¿escarabajos de nácar?

- Ah – contestó, tocando uno de ellos – sí.

- ¿Estás bien?

- Sí, sí, perdona. Es que me duelen un poco los pies. Ya sabes, los tacones -. Dijo poniendo una expresión de dolor que supuso creíble.

- Venga, vamos a sentarnos -. Le tendió una mano que Naya aceptó. ¿Qué estaba haciendo allí? Si no iba a conseguir nada, le convenía irse cuanto antes.

- ¿Están montados sobre cobre? Los pendientes – Atur rompió el silencio que había desde hacía casi un minuto entre ellos, sentados en un banco de azulejos amarillos que rodeaba un montón de macetas.

- Qué va, es oro rosa. Se parece, ¿verdad? Es lo último en Plomer -. Le dio pena aquél chico. Conforme pasaba la fiesta había ido ignorándole cada vez más, concentrada en su objetivo, pero la verdad es que era muy amable.

- ¿Puedo? – pero no esperó respuesta. Le rozó la mejilla con su mano en su trayecto hasta el abalorio, el cual alzó levemente para verlo mejor, pero en realidad no llegó a mirarlo. Sólo miraba los ojos de Naya -. No lo parece. Creía que lo sabría reconocer.

La chica apartó la cara un milímetro, lo suficiente para que él retirara la mano. Creía haberse puesto colorada, así que procuró continuar con la conversación como si nada.

- ¿El oro?

- El cobre. Verás, a los soldados aún no graduados nos usan como peones para lo que sea y, últimamente, lo único que hacemos es mover cobre de un lado para otro. Pero ya no tendré que hacerlo, espero – dijo riéndose de su propia broma -. Pero por eso he estado mucho al otro lado del Estrecho de Barlovento. Allí hay sitios impresionantes. He visitado muchos lugares, uno de ellos ha sido Las Praderas Soleadas, están al norte y, ¿sabes? Aunque suene cursi, las reconozco en tus ojos.

Naya se rio en parte, por vergüenza propia y, en parte, por ajena. Ese chico sería muy guapo, pero haría bien en recibir unas clases de técnicas de coqueteo modernas. Decidió que era un buen momento para irse. Se hizo la avergonzada y tímida para que no le pidiera demasiadas explicaciones.

- Pero, ¿cómo te encontraré? – le dijo muy preocupado.

- Si el destino quiere – contestó ella con voz solemne -, seguro que encontrarás la manera -. Atur se hinchó de heroicidad y romanticismo y quedó contento. Naya se alejó aguantándose la risa.

Buscó a Query para despedirse y agradecerle el favor. Le dijo que le había sido muy útil. Se despidió también de su mujer y sus amigos, así como de los recién conocidos que se cruzó por el camino hasta la puerta. Un mozo el tendió su capa, la cual se puso un poco decepcionada. Creía que, después de aquella noche, sería como una bengala de guía con información crucial para los rebeldes, que la recibirían con los brazos abiertos, después de haber conseguido lo imposible para ellos. Pero la realidad era que no iba a llegar ni como una heroína, ni como una salvadora. Al único sitio al que iba a llegar era a su casa, y tarde.

Bajó las escaleras frente al portón y se apoyó un momento en uno de los pilares del pasamanos, rematados con grandes esferas de piedra, para colocarse bien una de las tiras de sus zapatos. En ese momento escuchó tras ella unos apresurados pasos. Se le aceleró el corazón. ¿Y si la habían descubierto? Sabía que era un sinsentido, no había hecho nada malo. Aun así, no puedo evitar que todo su cuerpo se tensara cuando se dio la vuelta lentamente, temiendo lo peor.

Era la camarera. Se le había olvidado por completo. Respiró, aliviada.

- ¡Señorita! – se acercó rápidamente - ¡Se iba sin avisar!

Naya le cogió del brazo y se alejó apresuradamente de la puerta, por si acaso.

- ¿Has escuchado algo?

- Pues sí, muchas cosas. Pero creo que solo una importante. Un general de Bloor hablaba con otro de Plomer. Bueno, discutían. Me enteré porque estaban al lado de la mesa de bebidas y me he puesto a hacer como que servía copas -. Explicó, orgullosa

- Vale, bien hecho, pero, ¿por qué discutían? – le instó.

- Pues le decía algo así como insinuando que un tal Asra le estaba untando, y se lo echaba en cara. También que los negocios había que

hacerlos con la verdad por delante, y cosas así. Creo que tenía algo que ver con unas minas, algún metal, puede que cobre, porque en algún momento lo mencionaron, pero era confuso - ¡cobre! Tenía sentido. Atur también había hablado de él - y poco más. Me tuve que ir porque empezaron a mirarme.

- ¿Sabes quiénes eran? ¿Cómo se llamaban? - la chica negó con la cabeza.

- Solo sé que eran generales, por su uniforme.

Naya nunca podría haber sabido eso, ni tampoco haberse enterado de aquello con su brillante plan, pero había tenido buen ojo para escoger a sus amigos. ¡Aquello podría salvarle la vida a Igra y a Tae! Quizás era mucho decir, pero estaba feliz. ¡Pletórica!

- ¿Está bien?

- ¿Qué si está bien? ¡Muy bien! - casi gritó. Le abrazó allí mismo y le dio un beso - ¡Toma! - le dio más dinero, el cual la chica aceptó de buena gana -. No hables nunca con nadie de eso, ¿vale?

La joven asintió y se separaron. Estaba segura de que esa información era tan buena gracias a Atur. Al final sí lo había utilizado, al pobre. En una situación normal, tendría remordimientos, pero en aquella... al doblar la esquina se le había olvidado hasta su nombre. ¡Estaba tan feliz!

## Capítulo 10

Cabo Catro

Capítulo 10

Icra despertó de nuevo en aquella cama de colchón mullido y suaves y blancas sábanas. Era la mejor cama en la que jamás había dormido, pero había dormido peor que en toda su vida. La herida de su pierna se había infectado y durante no sabía cuántos días había estado dormitando con una fiebre muy alta. De vez en cuando se despertaba y sentía que alguien desconocido manipulaba en su cuerpo con trapos y agujas como en un sueño lejano. No sabía lo que hacían, pero tampoco le importaba.

Sin embargo, aquella vez despertó más lúcida. Empapada en sudor, pero con bastante menos fiebre y algo más de energía. No había nadie en aquella lujosa habitación. La adornaba una gran chimenea, cuadros, alfombras y flores. Se incorporó lentamente y comprobó su pierna. Le seguía doliendo, pero no tenía nada que ver con lo que ya había pasado. Estaba limpia y cuidadosamente vendada. Se dio cuenta entonces de que llevaba puesto un vestido verde de escote sobrio y tejido ligero. Sentía humedad en el aire, pero la temperatura era ideal, nada que ver con Cabril.

Los recuerdos y preocupaciones comenzaban a agolparse en su cabeza mientras intentaba levantarse. Apoyó la pierna mala con mucho cuidado en el suelo y entonces vio un par de muletas que alguien había dejado amablemente apoyadas junto a su cama. Las cogió y trató de caminar.

Salió de aquella extraña habitación y se encontró en un ancho pasillo iluminado por amplios ventanales que daban a un jardín, todo igual de cuidado que el cuarto del que venía. Se rio de sí misma cuando pensó que iba a vivir mejor como esclava que en su propia casa.

¿Pero dónde estaba? Tenía mil pensamientos enredándose en la cabeza, pero todos quedaron en segundo plano cuando apareció un niño pequeño pelirrojo en el pasillo.

- Oye, niño, ¿dónde estamos? – entonces se fijó en que no se movía como los otros niños que había visto en Cabril. Le faltaba ese brío, esa... alegría. Cuando pasó a su lado no la miró ni contestó, parecía en otro mundo. Icra se fijó en que llevaba un pequeño pendiente en el pabellón de la oreja. Se llevó la mano a la suya y sintió un pequeño destello de dolor cuando lo tocó. Ahí estaba. Ahora que era consciente de ello, sentía la oreja caliente y palpitante.

Siguió caminando a duras penas por el pasillo. Se cruzó con más gente, algunos uniformados y otros no, de distintas edades y razas, pero con algo en común: no podía apartar la vista de ellos, no sabía si por su atractivo o por su mirada perdida. ¿Pero qué pasaba en ese lugar? En su subconsciente seguía molestando el zumbido lejano de sus pensamientos. Paraba de vez en cuando para descansar e intentar despejar la mente, pero no lo lograba del todo. Continuó con su incursión pasando por habitaciones de puertas idénticas, estatuas, alfombras, pasillos... en total se cruzó con unos quince deambuladores. Parecía un castillo, o una mansión. Finalmente se topó con unas escaleras que subían, pero no se vio capaz de enfrentarse a ellas, así que siguió avanzando hasta que llegó a un gran salón en el cual había un grupo pequeño de hombres bien vestidos sentados alrededor de una mesa de madera.

- Miren – uno de ellos se levantó y fue a por ella – ha sobrevivido, después de todo. Enhorabuena señor Agen, su servicio médico es, francamente, brillante.

- Gracias, señor Ord. Nos esforzamos por serlo un poco más cada día. Espero que la próxima vez el transporte no sea tan problemático, a pesar de que, en tal caso, me quedaría sin trabajo – se rio movilizand una despreocupada barriga – esas criaturas no deben sufrir tanto. Además, a la larga sale más caro.

- Por supuesto.

- Así es – intervino otro de los que había a la mesa – en cuanto a eso, ya hemos tenido las conversaciones pertinentes. Le aseguro que no volverán a dañar la mercancía. No la nuestra, al menos.

- Bien – respondió el tal Agen – sigamos, pues, con la partida.

- Continúen sin mí, caballeros – dijo el que estaba cerca de Igra – deberán disculparme, pero he de ir a ver a la Duquesa.

Le hizo un pequeño gesto para que le siguiera. Los otros hombres se quedaron en la mesa con sus naipes en las manos y ella parada en la puerta de aquel salón. Si daba un paso más, se desplomaría. El hombre insistió y ella lo intentó, pero le falló el brazo de la muleta derecha y cayó al suelo. A los pocos minutos aparecieron dos niñas con una silla de ruedas. Igra sentía las extremidades entumecidas y no las controlaba con precisión. El chico la sentó en la silla. Se dio cuenta en aquel momento de que podía tener su edad. No, un poco mayor. ¿Llevaba pendiente? Pensaba en todo y en nada mientras se le cerraban los ojos.

- Eh – la llamó con tono paciente – espabila -. Le dio una botella de cristal e Igra obedeció sin rechistar. El contenido era algo parecido al agua, pero tenía un sabor dulce y cítrico. No tuvo un efecto inmediato, pero a lo largo

de los casi cinco minutos que duró el paseo por la casa (con viaje en eso que llamaban "ascensor" incluido) fue despertando de nuevo. Ese "ascensor" ... era raro, sabía lo que era, pero nunca había estado en uno. No le gustó ni una pizca la sensación en el estómago cuando se movió.

Dejó, de repente, de ver emborronados los límites de las cosas y empezó a sentir en su piel la ligera corriente de aire que había en aquel pasillo aún más decorado que el resto de la casa.

La mente se le aclaró casi del todo cuando entraron en un gran despacho de puertas correderas. Había una mujer de planta distinguida observando un gran mapa que colgaba de la pared. Ni fijándose en él habría averiguado jamás qué sitio representaba. La mujer se giró hacia ellos cuando entraron y una sonrisa amable liberó algunas arrugas finas en su rostro. Era la persona que la había comprado en la subasta.

- Qué alegría verte, Niels. Acércate -. Niels caminó a través de la estancia, dejando la silla con I cra un poco más atrás.

- Hablé con Gordes, está solucionado. En cuanto a la mina del norte, la de estaño, el capataz ha cedido esta mañana. Nos costará un poco más de lo esperado, pero nada descabellado -. La señora paseaba por la habitación mientras el joven hablaba -. El distrito de los astilleros está controlado. En cuestión de operativa, esta semana tenemos dos fecundaciones. Tengo las parejas en el albarán para que des el visto bueno.

- Bien. Quiero que canceles hoy el contrato de traspaso de los Fioll, no han cumplido. Ya sabes qué tienes que hacer. Y ahora preséntame a esta bonita criatura que he comprado -. Dijo esto último acercándose a I cra, observándola de arriba abajo. Ella le devolvió la mirada.

- ¿Quién eres tú?

- Confirmaron que es heliconia pura, virgen, tiene veintitrés años. Viene de una de las villas de Bloor. La cogieron atentando contra un vehículo de pertrechos: ella y el otro con el que venía volaron un camión oficial.

- ¿Qué? - I cra estaba más atónita que enfadada - ¡Nosotros no...! - la señora levantó la palma de una mano frente a ella.

- Silencio, por favor. Niels, adjudícale un criado de confianza para que le explique las normas de esta casa. ¿Hablaste, por cierto, con el señor Tromaq?

- Le expliqué que no debería ocultarnos información sobre el estado de la mercancía que compramos.

- Ya veo, ¿aval?

- Su propia hija, Duquesa. Tiene cuatro años, una niña encantadora. Lo que me recuerda... mañana daré la orden para que se la devuelvan. Por suerte, Igra ha sobrevivido, hubiera sido muy desagradable acabar con ella.

Igra intentaba procesar algo de lo que estaba escuchando, pero cada frase le mareaba más.

- Muy en el fondo, tienes un corazón de oro, Niels. No es bueno para el negocio -. Se acercó a la mesa y cogió un cigarrillo de una bandeja de plata - ¿Tengo que preocuparme? - Niels le mantuvo la mirada con seriedad mientras ella encendía el tabaco. Un silencio infinito inundó la habitación mientras ambos se dirigían miradas desafiantes. A Igra le pareció que había una implicación mucho más profunda en aquella situación de lo que parecía a simple vista, parecían dos animales esperando a que el otro bajara primero las orejas. La incomodidad del ambiente terminó finalmente cuando la mujer se sonrió, dejando escapar un poco de humo entre los labios -. Algún día ese orgullo te matará, chico.

- No es la primera vez que me lo dicen - respondió él mientras se sentaba, más relajado, en una de las sillas frente a la mesa.

- ¿Igra, has dicho?

- ¿Quiere cambiarlo?

- Claro que sí. Las vidas pasadas quedan atrás junto con los nombres de sus protagonistas, ¿no es verdad, querida?

¿A ella se lo preguntaba? Le daba exactamente igual lo que te tuviera que decir esa. La miró, desafiante.

- Mira, vieja, no tienes derecho a comprarme o venderme, ni a cambiar mi nombre, ni a nada de nada - intentó levantarse mientras hablaba. La señora suspiró, decepcionada, y se dirigió a la butaca tras el escritorio del luminoso despacho. El chico, Niels, fue hasta Igra, le cogió la mano y le invitó a sentarse de nuevo.

- Que le doblen la dosis. No quiero rebeldes en mi hembrada.

- No creo que sea necesario, Duquesa. La culpa es mía, la vi desfallecida y le he facilitado un reconstituyente -. Alea lo miró, altiva -. Aun así, llamaré al doctor Gruhm - rectificó.

Icra iba a volver a protestar, ¿qué se creían? Haciendo y deshaciendo sobre la vida de la gente. El tal Niels debió notar que cogía aire para hablar porque le apretó tanto la mano que le dolió. Icra calló. Entonces la dejó donde estaba y se acercó a la mesa.

- ¿Qué noticias tienes de Plomer?

Niels la puso al día sobre algunos aspectos políticos y sociales de esa ciudad y de otras en pocos minutos. No dijo nada de Bloor. La señora parecía ignorar completamente la presencia de Icra.

- Hm... - musitó ella - ¿Y qué hay de Tántado?

- Ha habido disturbios. El ejército ha atacado algunos cuarteles clandestinos rebeldes de la ciudad y la gente ha protestado mucho, se han llevado por delante casas y locales. Han muerto dos civiles. Los ciudadanos no dejan de criticar a La Quonterly por su pasividad.

- Madre mía – siguió la señora – es bochornoso. Que hayan dejado morir ciudadanos... El Gobierno se está cavando su propia tumba, y La Quonterly debe estar avergonzada.

- Lo está. Ha comunicado que la situación está controlada y la zona asegurada. Según ellos, los ciudadanos fieles a La República ya no tienen nada de qué preocuparse. Pero me temo que esto solo es el principio.

- Querido - la Duquesa se apoyó en el respaldo de su asiento -, si le tocan las narices a un grupo de ratas, tienen que atenerse a las consecuencias. Por muy andrajosos que sean, son numerosos. Claro que habrá un contra ataque, te lo aseguro. Deberían estar preparados.

- Nosotros también deberíamos.

- Ya lo estamos, Niels. No conseguirán nada aquí.

- Aun así, nunca viene mal ser precavidos. La unión hace la fuerza, da igual cuál sea el bando, ¿no es así?

- ¿Qué quieres decir, joven? ¿Una alianza?

- Digamos, una tregua coyuntural.

- Las treguas siempre son coyunturales, hasta que una de las partes gana poder.

- O la otra parte lo cree. Todo es negociable en esta vida, Duquesa.

- Hm – la señora terminó el cigarrillo y lo apagó -. Lo pensaré.

- Buenas tardes.

Niels cogió de nuevo la silla de Icra y salieron del despacho.

- ¿De qué iba eso? ¿Eiren? – le preguntó Icra. El chico ni se inmutó -. ¿Hola? ¿Puedes hacerme caso? – seguía en su mundo -. ¡Oye! – Icra puso el pie bueno en el suelo para frenar la silla.

- Cállate -. Le ordenó Niels -. No pienses que soy tu amigo aquí, ni por un momento. Haz caso a tu ama, y al criado al que te voy a asignar, y cierra la boca.

Icra se asustó de verdad. Ese chico tenía algo, no sabía qué era. A pesar de que al principio le había parecido una persona amable, todo en él tenía un tono amenazador. Parecía poderoso y astuto, diría que en cualquier momento podría matarla. Inspiraba temor, o respeto, o las dos cosas a la vez. Icra le siguió mirando desafiante, pero no se atrevía a hacer nada más. Levantó el pie del suelo y dejó que la empujara por la casa.

Tal y como había ordenado la señora, al poco rato de dejarla Niels en la habitación donde había estado recuperándose, entró por la puerta una niña de no más de trece o catorce años.

- Hola, Afnarí -. Y ese era su nuevo nombre. La niña era la más bonita que había visto en su vida. Tenía los ojos verdes, la tez bronceada por el sol estival y unos rizos dorados que le adornaban las mejillas. Pero su mirada era distinta a la de los que había visto hasta el momento en aquella casa. No parecía perdida, al contrario, era despierta y vivaz.

- Hola -. Respondió Icra, cautelosa.

- Mi nombre es Rayn, soy una de las criadas de confianza. Si te parece bien, te llevaré a tu nueva habitación. Disculpa las molestias, esta estancia es muy cómoda, claro, sin embargo, habrá más personas que la necesiten en el futuro. ¿Te importa? – dijo agarrando las asas de la silla de ruedas.

- Está bien.

- Estupendo – le dijo Rayn con una sonrisa amable. Le empujó con delicadeza (y algo de esfuerzo) fuera de la habitación -. Bueno, me han contado que has tenido un encuentro algo desagradable con la Duquesa, ¿qué ha pasado?

- ¿Quién es esa mujer? ¿Por qué estoy aquí?

- Es Alea Hovasil, Duquesa de Hovasil, aunque esas tierras quedaron ya olvidadas. Te ha comprado en la subasta del señor Tromaq, así que ahora le perteneces, en el sentido de que dispone sobre tus derechos y libertades. Tus actos son su responsabilidad directa, así que entenderás por qué me han enviado. No te preocupes, no vengo a reñirte, solo a enseñarte. Es normal que te sientas algo desconcertada, pero puedes preguntarme lo que quieras. No obstante, antes de nada ¿te importa contarme qué le has hecho?

- Yo no le he hecho nada. Le ha molestado que hable.

- Oh, por supuesto. Nosotros no hablamos a menos que nos den permiso para hacerlo, aunque no es habitual que lo hagan. Que hayas intercedido en una conversación cuando no te correspondía supone una gran falta de respeto. Pero la Duquesa es benévola, y ha preferido pedirme que te lo explique en lugar de que lo aprendas por ti misma.

- Bueno, me da igual. Yo quiero irme de aquí. ¿Y qué es eso de "la dosis"? ¿Dónde está mi amigo Tae?

Entraron en otra habitación de ese mismo pasillo. No era tan lujosa como la anterior, pero no le faltaba un detalle. Estaba decorada en tranquilos tonos celestes y grises plomizos, con cortinas vaporosas en las tres ventanas del fondo y dos bonitas camas. Rayn le guio hasta una de ellas.

- Ahora perteneces a la Duquesa, puedes moverte libremente por la casa, pero no puedes irte. En cuanto a...

- ¡Quiero irme a mi casa! – Gritó Icra, poniéndose en pie.

- Disculpa – la niña se puso seria – no pagues tu frustración conmigo. Intenta irte si quieres y luego me cuentas cuántos dedos te quedan. No seas tonta. Si te portas bien, aquí vivirás mucho mejor que en la inmundicia de donde procedes.

Icra apartó la silla de un empujón y empezó a andar hacia la puerta. En cuanto dio el primer paso la pierna le falló y cayó al suelo. Se había olvidado de ese detalle. Empezó a llorar como hacía tiempo que no lloraba. Se rompía de impotencia, de pena, de miedo. Ella quería su inmundicia, no ese maldito sitio lleno de gente rara, sin sus amigos ni su familia. Necesitaba a Tae. Se había portado tan bien con ella durante el viaje y después de lo que pasó en ese calabozo... necesitaba esa calma que siempre le transmitía. ¿Estaría bien? ¿Y su madre y su hermano pequeño? Estaría desesperada al haber desaparecido su hija. Mierda, nadie iba a buscarla. Todo el mundo creería que estaría muerta después

de habérsela llevado el ejército. Ella lo habría creído.

Como no paraba de llorar, Rayn se acuclilló a su lado.

- Tranquila, pasará. No está tan mal.

Al ver que el tiempo pasaba y no se levantaba, decidió irse y le dijo antes de salir por la puerta que seguirían hablando en otro momento y que podía avisarla si necesitaba algo.

Pasó alrededor de una hora hasta que se levantó. Se sentó con cuidado en la silla y salió de la habitación. Suponía que si había en aquella casa tantos esclavos era porque realmente no podían huir, pero necesitaba verlo con sus propios ojos. Después de rodar con la silla unos minutos por los laberínticos pasillos de la planta baja encontró la puerta de salida. Había dos criados corpulentos apostados a cada lado. I cra se dio cuenta de que estaban discretamente armados. No quería perder un dedo, así que se dio la vuelta. Quería investigar un poco más, pero un sonido hizo que su atención se enfocara en un extraño suceso. De repente, las personas que deambulaban por los pasillos y algunos más que salían de sus habitaciones se dirigían lentamente había unas escaleras que bajaban al final del pasillo al tiempo que sonaban unas campanillas por todas partes.

I cra les siguió. Se levantó de la silla y bajó cojeando las escaleras, tarea que no le fue nada agradable. Apareció ante ella un inmenso y rudimentario comedor, más parecido a una cantina. Había largas mesas y un mostrador al cual se acercaban los comensales para que les sirvieran la cena. Al igual que en el resto de la casa, se respiraba un ambiente aturcido y espeso, salvo en una de las mesas del fondo, en la cual se encontraba Rayn y otros criados que supuso también eran "de confianza". Eran unos quince en total. La niña era la más joven de un grupo que parecía más una colección de capataces industriales. Se sentó en la primera mesa a su alcance, aún vacía, y vio como Rayn se percató de su presencia. La saludó enérgicamente con la mano, pero I cra solo le dedicó como respuesta una desagradable mirada. Para bien o para mal, llamó a un criado desde lejos que apareció a los pocos segundos a su lado. Intercambiaron unas palabras mirándola y, después, el hombre desapareció detrás de la barra.

Observó el trémulo curso que seguían el resto de criados. Todos repetían como máquinas el mismo proceso, como si lo llevaran haciendo toda su vida y sus manos hubieran aprendido a hacerlo por sí mismas, sin prestar atención: cogían una bandeja, unos cubiertos y un vaso, lo apoyaban todo en un raíl metálico, lo arrastraban por él...

- Toma – un señor entrado en años, con una expresión huraña y una ridícula redecilla en lo poco que le quedaba de pelo interrumpió su

observación tendiéndole una de esas bandejas negras con un plato de algo que supuso que era pescado, o lo había sido en algún momento, porque ahora se había convertido en un amasijo de trozos desmenuzados de pez muerto con salsa acuosa. No es que tuvieran unos productos envidiables en Cabril, ni mucho menos, pero cuando conseguían algo de pescado era bastante diferente a aquello -. ¿Alguna queja?

- No, lo siento. Muchas gracias. – Una vez había oído en algún lugar que, cuando llegas a un sitio nuevo, la primera persona con la que te debes llevar bien es con la que te da de comer.

Parecía que Rayn había hecho que le sirvieran en la mesa. Finalmente, probó un par de bocados del pescado y lo dejó. No tenía apetito. En cualquier prisión, un trato especial como aquél le habría supuesto un sinfín de problemas, pero allí nadie parecía haberse dado cuenta. Los criados comían con calma, le sorprendió ver a algunos de ellos manteniendo una conversación distraída, como si un velo de serenidad cubriera la barbaridad a la que les sometían.

Ese mismo velo le volvió a nublar la mente al poco rato. No podía sentir ansiedad con él, pero tampoco calma. Esas sensaciones quedaban atrapadas en un rincón de su mente que borboteaba intentando expandirse y aclararse, pero no lo lograba. Solo rozaban sus pensamientos y pasaban de largo con indiferencia. Volvía a encontrarse como aquella misma mañana, pensaba en todo, pero no se detenía en nada. No supo cómo había llegado hasta su cama, ni cuánto tiempo había pasado. Quizá le había ayudado alguien, puede que la chica que había en la cama contigua. ¿Estaba embarazada? Iba a preguntarle algo, pero se quedó dormida.

A la mañana siguiente le despertó un murmullo de sábanas y la oreja destelló de dolor cuando se dio la vuelta. La mujer junto a la que había dormido estaba haciendo su cama con esmero. I cra se incorporó, tenía la mente despejada del todo. La mujer le dirigió una mirada de ojos oscuros y continuó con su tarea. Debía tener unos treinta años, llevaba el pelo castaño por los hombros, ondeado, y un vestido sencillo azul claro que disimulaba ligeramente una tripa abultada. I cra ya lo había visto otras veces, debía estar de unos seis meses largos.

- Hola – le dijo. La mujer se irguió como un resorte. Parecía sorprendida. Como no articuló palabra, I cra continuó – me llamo I cra.

- Hola – respondió, dubitativa. El silencio reinó en la habitación.

- Aquí no sois de muchas palabras, ¿eh?

- Perdona, es que... - ahora que parecía que miraba a I cra y no a una

planta, su expresión se endulzó - ¿has comido algo? – dijo, de pronto.

- ¿Cómo? – no era una pregunta para entablar una conversación importante como podía ser aquella, pero respondió con sinceridad – lo último que recuerdo es el pescado de ayer.

- ¿De verdad? ¿Cómo es posible? – al ver la sorpresa en su rostro, de repente, encajó todo. El estado de todos los criados de allí coincidía. Desde luego, estaban sedados, o drogados, y la comida debía ser el canal. La “dosis”, el “reconstituyente” ... se encontraba tan despierta porque solo había comido dos tenedores del menú del día anterior.

- Comí poco. Pero, ¿Y tú?

La mujer pareció salir de su estupefacción.

- Vale, perdona. Me llamo Dina – le tendió la mano e Igra se la estrechó. Le dedicó una pequeña sonrisa -, ¿cuándo has entrado?

- ¿En la casa? No lo sé, la verdad, me he despertado hoy – hizo un gesto elocuente hacia su pierna lesionada – ¿qué día es?

- Dos de noveno. – día dos. Cuando quedaron para el golpe, el día que los cogieron a ella y a Tae... Unos espantosos recuerdos le inundaron la mente rápidamente, pero trató de guardar la compostura. La cuestión era que, ese día, era día diecisiete de octavo. ¡Habían pasado dos semanas! ¿Cómo podía llevar tanto tiempo dormida? La madre que...

- Joder.

- ¿Perdona? – dijo la mujer, poniendo una mano sobre su barriga hinchada.

- Es que no me esperaba que hubiera pasado tanto tiempo. Oye, no me has respondido. ¿Por qué tú no estás drogada? – nunca llegó a saber qué escondía la expresión de Dina.

- Verás, este pequeño es lo único que tengo, lo único que me ata al mundo -. Se sentó en la cama a medio hacer - Y lo único que me protege.

- ¿Estar embarazada te protege? – Igra no entendía nada. Dina dejó escapar una risita.

- Tú no eres de aquí, ¿verdad? – dijo, levantándose y terminando de remeter las sábanas bajo el colchón.

- Pues no – respondió, como si fuera lo más obvio del mundo. Estaba empezando a irritarle. Dina terminó su tarea y se dirigió hacia la puerta.

- ¡Espera! – le dijo, casi lanzándose de la cama. - ¿Qué quieres decir?

- Perdona, pero no sabía que fuéramos amigas. De todas maneras, en un rato no te acordaras de nada -. Puso una mano en el pomo de la puerta y la abrió unos centímetros.

- ¡Oye! – esta vez, Icara gritó. Dina abrió mucho los ojos y cerró rápidamente la puerta.

- ¡¿Pero qué haces!? ¡Cállate! – le dijo, sentándose a su lado mientras le apuntaba con el dedo - ¿Quieres que nos maten o qué?

- Vale, perdona – levantó las palmas de las manos, en un gesto que intentó ser conciliador -. Mira, yo no me quiero pudrir aquí. Bastante nos putea el mundo real como para no ayudarnos entre nosotras. Yo no sé cómo funciona esto. ¿Me echarías una mano?

Dina resopló y, a los dos segundos, entró en la habitación sin avisar un hombre vestido como los guardias que había visto en la puerta el día anterior. También iba armado.

- ¿Todo bien, Dina? – Dina le dio un pellizco a Icara, la cual entendió el significado enseguida y se puso a mirar a una esquina de la habitación, fingiendo estar absorta en un mundo imaginario.

- Sí, no te preocupes. El embarazo, me ha dado un pequeño pinchazo, nada grave – respondió con una sonrisa de disculpa -. Ya sabes, cosas de mujeres -. Esta última frase convenció al hombre para zanzar el tema.

- Está bien. Quizá deberías solicitar una cita con el equipo médico.

- Lo haré, gracias. Y no te preocupes, no volverá a pasar -. Le dijo, refiriéndose al grito. El guardia asintió y salió de la habitación, no sin echar una mirada rápida a Icara.

- Joder, ¿en serio? – le dijo entre susurros -. Qué tienen, ¿a un tío en cada esquina?

- Aquí las paredes tienen oídos y, los techos, ojos – respondió Dina con cierta amargura.

- Bueno, entonces... ¿Somos amigas? – le dedicó una amplia sonrisa. Dina se rio sinceramente.

- Qué poco vas a durar – le dijo.

## Capítulo 11

### Capítulo 11

- Vale, a ver si me he enterado – Icra estaba sentada en su cama con la espalda apoyada en la pared mientras hablaba con Dina – entonces aquí la gente compra y vende a personas... ¿guapas? ¿Se supone que es un halago? – Dina rio un poco.

- No, no se supone nada. Verás, todo empezó con una esclavitud obrera, para trabajar en los puertos y en el servicio de las casas que, de hecho, sigue existiendo. De esto hace cientos de años. Se empezó, mayoritariamente la parte masculina de la ciudad, a pagar mejores precios por esclavas más atractivas, puedes imaginarte los sufrimientos por los que pasaban en aquel entonces. Al final, estas prácticas degeneraron en que el hecho de tener esclavos más caros, es decir, más guapos, fuese símbolo de riqueza y poder. Aun no has salido mucho, pero si te fijas, verás a todos los esclavos que van con sus amos muy bien vestidos, con tejidos y pieles maravillosas, y cargados de las mejores joyas de las familias porque las señoras no las pueden llevar todas a la vez. Somos un complemento más de su imagen.

- ¿Y la vieja de aquí necesita a cuarenta o cincuenta personas para llevar sus joyas?

- No – siguió Dina pacientemente -, y no la llames así. Si te oye alguien, te cortan la lengua.

- Pues la llamé así a la cara – Dina abrió mucho los ojos. Hasta aquel momento, Icra no creyó que nadie fuera capaz de abrirlos tantos – ¡Pero no pongas esa cara! No me dijo nada.

- Pues debes haberle costado una fortuna.

Icra se encogió de hombros.

- Sigue – le instó.

- Bueno, pues la cuestión es que la Duquesa se dedica a esto como negocio. Lo que hay en esta casa se llama hembrada, aunque es un término un poco anticuado. Ella compra, cruza y vende esclavos.

- ¿Cruza? – la interrumpió Icra, mirando cautelosamente hacia la barriga de Dina.

- Sí. Si te has fijado, hay esclavos de muchas razas diferentes, y muchos mestizos, también. A ver cómo te lo explico... Sabes lo que es una

yeguada, ¿no? De donde vienes, hay caballos, ¿verdad?

La joven asintió lentamente. No le gustaba hacia donde estaba yendo la conversación.

- Pues es lo mismo. Los amos pueden comprar directamente el caballo, o pueden solicitar una inseminación. La Duquesa pone una parte y el cliente la otra.

- Pero qué dices... Esto que me estás contando... ¡es horrible! No entiendo, o sea, me quieres decir que pagan para que los esclavos nos acostemos entre nosotros y nos quedemos embarazadas y, ¿luego se quedan con el bebé? – se revolvió en el sitio – pero esto no tiene ningún sentido. ¿Es lo que te ha pasado a ti?

Dina asintió.

- ¿Te quitarán a tu bebé?

La mujer se llevó las manos a la tripa y miró hacia otro lado.

- ¿iTe violaron para que te quedaras embarazada!?

- Es mejor acostarte con otro que está en tu misma situación que el que tener que hacerlo con tu dueño bajo sus órdenes, ¿no crees? De todas maneras, tampoco tenemos opción.

- ¿Pero qué clase de perturbados hay aquí? ¿Y para qué quieren el bebé de otra persona? No entiendo nada.

- Pues todo es por lo mismo, Icra, es de lo que llevamos hablando ya casi media hora. Es su entretenimiento, su afición. La gente compra esclavos, de una raza, de otra, o como dicen ellos: heliconias, campánulas, hibiscos... qué más da. Luego los cruzan, esperan tres o cuatro años y presumen de niños bonitos, y luego los venden o los crían o yo qué sé. Entiende que, una vez te compran, eres de su propiedad. Pueden cruzarte, vestirte o alimentarte, pero también pueden abusar de ti, pegarte o hacerte completamente lo que les dé la gana.

- Pero eso no...

- Icra, que es legal. Que aquí se puede hacer. Entiendo que vengas de fuera y no estés acostumbrada, pero en las Tierras del Norte, esto es lo normal –. Dina lo decía como si intentara convencerla de ello, con una mano apoyada en la cama estirada hacia ella, las cejas ligeramente levantadas y la voz suave, pero sus ojos expresaban una resignación

absoluta.

- Lo normal no tiene por qué ser justo.

- ¿Qué te crees, que a mí me gusta? ¡Claro que no es justo! Sólo te cuento las cosas como son.

Hubo unos instantes de espeso silencio.

- ¿Tú eres de aquí? – Le preguntó I cra.

- Sí. Nací en esta casa, soy hija de esclava –. I cra le miró, interrogativa – El cliente que me encargó no me quiso.

- ¿Y tu madre?

- Bueno, mi madre... - Dina suspiró - Después de aquello la mataron por no dar buenos resultados. Si un cliente ha encargado una inseminación y, al final, ni siquiera quiso el producto por el que pagó, nadie iba a querer comprarla. Y era una boca más a la que alimentar cada día. Un mal negocio.

Una pregunta obvia surgió en la garganta de I cra.

- ¿Y por qué no te mataron también a ti? – se dio cuenta de lo hiriente que sonaba al decirlo en alto. Pero Dina se sonrió.

- Pues, sinceramente, no lo sé. Supongo que por suerte o porque la Duquesa vería algún potencial en mí, o le sería útil para algo.

- La Duquesa... - Trató de cambiar de tema – parece una persona importante. En la subasta la trataban como si lo fuera.

- Es que lo es. Es una de las señoras más ricas e influyentes de Cabo Catro. La trata, esto, es su fuerte, pero tiene muchísimos negocios diferentes en la ciudad, y muchos de ellos tienen que ver con estafas, cuarzo o las mineras. Es una persona peligrosa, tiene muchísimo poder.

I cra ya había oído hablar del cuarzo en Cabril. Lo llamaban así por su gran parecido con el mineral y existía de diferentes colores, dependiendo de la pureza. Los adictos al cuarzo en las villas se contaban por cientos y, aunque de manera más discreta, también había mucha gente que mataría por una pizca de esa droga en las ciudades. Había pasado por sus manos más de una vez: normalmente rosa, aunque una vez tuvo uno verde y vio otro rojo, pero nunca lo había probado. No era estúpida, había observado los estragos que causaba. Sin embargo, la supervivencia en las villas era muy dura, y el cuarzo era una buena moneda de cambio. A pesar de ello, el simple hecho de tener unos gramos en posesión era un riesgo que,

algunas veces, no merecía la pena correr. El cuarzo era completamente ilegal en toda la República. Si la vieja trabajaba con ello a gran escala estaba loca. Eso o tenía tanto poder como para manejar a las autoridades.

- Vaya, quién lo diría... ¿Y Niels?

- ¿Conoces a Niels? – Dina parecía un poco sorprendida.

- Si, el me presentó ayer a la vieja.

- ¡Que no la llames así!

- ¡Perdón, perdón! – se apresuró a decir. Dina suspiró.

- Niels es su mano derecha, debes tenerle tanto o más respeto que a ella.

- ¿En serio? A mí me dio la sensación de que no era para tanto.

- ¿Que no era para tanto? – la mujer bufó y se apoyó sobre sus manos en la cama, recostándose un poco – ese hombre tiene más sangre inocente en las manos que los demonios. Digamos que ella sentencia, y él ejecuta.

A Igra le había parecido serio, siniestro y peligroso. Era cierto que daba muy malas sensaciones, pero también le dio el reconstituyente y le instó a que se callara ante la vieja para no provocarla. A lo mejor tenía doble personalidad.

- En fin, todo eso da igual – siguió su nueva amiga – tú a los que tienes que prestar atención es a los guardias, con ellos son con los que tienes que tener cuidado.

- ¿Cómo el que ha entrado antes?

- Exacto. Deberías ganártelos como puedas.

Igra se quedó pensativa un momento.

- ¿Cómo puedo evitar la droga en las comidas?

- Bueno, eso... hay algunos remedios caseros, aunque no son muy efectivos, y necesitaríamos algunos suministros que no tenemos. De todas maneras, no te serviría de manera continuada. Además, en el momento en el que detectaran que estás consciente, incrementarían la dosis.

- ¿Y tú, cómo lo haces?

- Estoy embarazada, ¿recuerdas? No está bien entregar un producto defectuoso -. Dina arqueó las cejas.

- Bueno, de momento... ¿tú me podrías conseguir esos suministros?

- Me temo que no cuento con el contacto que tenía hace poco, lo siento. Es imposible. Tus opciones son quedarte embarazada o dejar de comer para siempre -. Le dijo, como si acabara de hacer un chiste buenísimo.

- Pues a pasar hambre -. Tampoco sería la primera vez. La mujer se levantó pesadamente de la cama, resoplando - Oye Dina, otra pregunta.

- Dime - dijo, mientras se ponía unas bailarinas en los pies.

- ¿Cómo puedo averiguar sobre un amigo? También lo vendieron en la subasta. ¿Hay alguna manera de verlo, o de que alguien contacte con él?

- Eso... es realmente difícil, chica. No te va a quedar otra que esperar a tener la suerte de encontrártelo si a la Duquesa le da por pasear contigo.

- Joder - Estaba atada de pies y manos. A decir verdad, estaba con el agua al cuello. Pero ¿cómo se llamaba el señor que lo compró? Ni siquiera se acordaba -. Bueno, y ¿cómo puedo hacer que la Duquesa quiera pasear conmigo?

- No hay nada en concreto que puedas hacer. Ponte guapa, déjate ver y pórtate bien. Debería fijarse en ti al ser nueva, aunque con esa herida no sé yo... te convendría recuperarte para poder andar bien lo antes posible. Nadie quiere un caballo cojo.

Le estaban irritando un poco las comparaciones con los caballos. En cualquier caso, tenía razón, al fin y al cabo. Además, ella llevaba viviendo ahí toda la vida, le vendría bien seguir sus consejos.

La puerta se abrió y entró repentinamente Rayn como un tornado.

- ¡Buenos días! - casi gritó. Su alegría y brío inundaron la habitación, de la que Dina salió con una mueca perezosa.

- Hola - le contestó Icara, algo dubitativa.

- ¡Hola! - se sentó en la cama con ella - ¡Venga! Vengo a ayudarte, vístete. Tiene que haber ropa para ti en ese armario - señaló un mueble grande y antiguo de madera oscura al fondo de la habitación, detrás de la cama de Dina.

Icara se levantó con cuidado y se dirigió al armario. Cuando lo abrió, le embriagó el olor a ropa nueva y limpia. Al principio, solo veía un montón

de colores chillones agolpándose unos contra otros. Con ese armario se podría haber vestido a toda su calle durante una buena temporada en Cabril. Cogió de una percha un vestido recto gris y se lo enseñó a Rayn, que arrugó la nariz.

- Mejor el rosa – le dijo.

Cogió el que le decía la niña. Se trataba de un vestido vaporoso rosa oscuro con mangas largas abullonadas y cortado por encima de las rodillas. Tenía mucho vuelo y, cuando se miró en el espejo de la puerta del armario, todo él parecía un gran volante en su cuerpo huesudo. No sabía cuánto más tiempo podría mantenerse sin comida. No sería un shock grande, en su casa solían comer pocas cantidades y su alimentación se basaba, sobretodo, en caldos e infusiones, pero también comían de vez en cuando algo de carne o leche que le compraban a algún vecino. Aun así, notaría el pasar de poco a nada. No se veía capaz de aguantar mucho más de un par de días.

- ¿Está bien? – Le preguntó Igra a la niña.

- ¡Sí! ¡Estás preciosa! – le respondió – oye, ayer no comiste mucho, ¿verdad?

¿Qué le podía responder? Parecía buena persona, pero era una criada de confianza y no sabía qué significaba eso para ella.

- No, no tenía mucha hambre.

- Bueno, pues a partir de ahora come bien ¿eh? Por favor, ¡que hay que estar bien alimentada! Bueno, he venido a enseñarte un poco esto. Cómo es la vida aquí, qué puedes hacer para entretenerte y ese tipo de cosas. Además, la Duquesa quiere salir contigo lo antes posible, así que debes concentrarte en recuperarte, ¿eh? – decía mientras se acercaba a la puerta. Igra estaba cogiendo las muletas cuando se paró en seco.

- ¿Ella quiere salir conmigo?

- ¡Sí, claro! Eres virgen, ¿no?

- ¿Perdona?

La niña se rio. No parecía consternada por hablar de esas cosas a pesar de su edad.

- Lo siento, estaba en tu ficha. Es que eso aquí da muy buena categoría, ¿sabes? Vas a causar furor cuando la Duquesa te saque, ¡ya verás!

- ¿Y por qué... - Ya sabía la respuesta – da tanto prestigio?

- Hija, ¿te lo tengo que explicar? La verdad es que es un poco rollo para nosotras, pero ya verás como no será para tanto. La duquesa no es mala, seguro que hace todo lo posible por encontrar al pagador adecuado. ¡Vas a hacerle ganar una fortuna! Y te lo compensara, ¡seguro! – le cogió de la mano para salir del cuarto.

Icra no se podía sorprender, lo había sabido desde el principio. Antes de que la compraran, antes de la conversación que escuchó en la habitación del cristal, antes de que Tae le dijera que los vendían. Lo supo en el momento en el que esos dos del calabozo no la violaron.

El primer sitio al que la llevó Rayn fue al cuarto de baño. Allí le dio toallas, jabón, un cepillo de dientes y otros enseres de higiene. Dejó que se diera una ducha y le recomendó amablemente que se lavara el pelo. La verdad es que cuando se miró en el espejo de aquel cuarto de baño bajo la luz blanca se dio cuenta de que tenía un aspecto horrible. Hizo caso a la niña y se lavó a fondo, le hacía bastante falta. Tuvo cuidado al pasar por su herida. Observó que estaba cicatrizando bastante bien, no le quedaba mucho. La piel estaba reparada casi del todo, el dolor le venía del maltratado muslo en general, pero era cierto que cada día podía andar con más facilidad. Cuando salió, había vivido la mejor experiencia de aseo de su vida.

- ¡Ahora hueles como una persona! – Le dijo Rayn riendo, Icra le devolvió una media sonrisa. Quería preguntarle sobre la comida, pero no se atrevía. Estaba claro que ellos tenían menús diferentes.

- Rayn – le dijo mientras caminaban lentamente por el pasillo -, ¿cómo has llegado a ser criada de confianza?

- Bueno, no es que haya que hacer nada especial. Nosotros nos hemos ganado la confianza de la Duquesa a raíz de que nos conozca. Hemos sido sus criados favoritos durante mucho tiempo y somos los que más salimos con ella. Somos la imagen de la casa, nos sabemos comportar y todo el mundo nos conoce -. Debía ser importante no dar a entender que drogaba a tus esclavos. La vieja sacaba a los más guapos y buenos para darse una buena publicidad. Icra tomó buena nota de aquello.

Rayn le guio hasta el comedor para desayunar.

- Espera – le dijo Icra antes de entrar. La niña se detuvo y la miró con curiosidad. Iba a decírselo, ¿qué otra opción tenía? – No quiero comer eso, quiero lo que tú comes.

La chica se rio en alto y le lanzó una inesperada mirada de

condescendencia.

- Pero, Afnarí, si eso lo hacen por vuestro bien. Entiéndeme, yo también he estado en tu lugar y, aunque te traten con cariño, como yo lo hago, siempre habrá una parte de ti que quiera resistirse. Eso es lo que te hace daño. Nosotros te ayudamos a que esa parte se adormezca, por lo tanto, no sufrirás. No sentirás pena ni nostalgia, y podrás vivir en paz.

- ¡Pero yo quiero sentirlo! No quiero andar por ahí como una muerta en vida, quiero poder pensar, y hablar, ¿es que no lo entiendes?

- La Duquesa – dijo la niña, cogiéndole la mano – es una mujer muy generosa. Que prefieres, ¿adaptarte apaciblemente a tu nueva vida sin pasar por ningún tipo de ansiedad o verte en poco menos que una cárcel obedeciendo a disgusto a lo que te manden? – hasta ahí habían llegado. Igra retiró la mano de la niña bruscamente.

- ¡¿Estar esclavizado es encontrarse “a disgusto”?! ¡¿Pero a ti qué te pasa?!

- ¡Por favor! No...

- ¡Mira! - La interrumpió – Que no. Que la vida no funciona así. Aquí estáis todos como una cabra, tú la primera. Pero yo no voy a ceder, no. No soy un caballo que podáis domar -. A Rayn le cambió completamente la cara, ya no era amable ni dulce, si no avinagrada y soberbia.

- Pues que tengas suerte – le dijo, y se fue escaleras abajo.

“No la necesito” pensó. Estaba tan enfadada que casi se cayó al bajar ella los escalones todo lo apresuradamente que le permitió su herida. Se preguntó si la niña habría tenido esa misma conversación con otros esclavos, y si ellos le habrían dado la razón. Desde luego, todos habían acabado cediendo.

Cuando estuvo sentada en la mesa junto a Dina y con un par de tostadas, un té negro y un melocotón por delante, sintió una oleada de expectación alrededor. Todos los criados de confianza la estaban observando desde su mesa. Claramente, en el rato que había tardado en bajar al comedor, a Rayn le habría dado tiempo de contarles su conversación tres veces.

Observó cómo se derretía la mantequilla en el pan, ya templado, mientras toqueteaba el pendiente, que aún se le quedaba pegado de vez en cuando al agujero recién hecho. Recordaba la mantequilla de “el pelao”. Era como llamaban al lechero de Cabril porque estaba completamente calvo. Solían comprarla cuando cogían un poco de dinero inesperado y siempre la tomaban juntos para desayunar, como si fuera un ritual. En Cabril, su madre solía decirles a ella y a su hermano Ledar que por la vida había que

pasar con astucia. Siempre le decía a Icara que era demasiado impulsiva. Que estaba bien que fuese espabilada para echarle una mano, ya que su hermano era un niño enfermizo, con bastantes problemas de huesos, como le pasaba a más de la mitad de la población villana. Sin embargo, le aconsejaba que, viviendo a la sombra de los ciudadanos, le convenía ser más inteligente que ellos, actuar con cautela, engañándolos y ganándoles en su propio juego. Su madre era una mujer muy lista y práctica, sabía sacarles partido a las cosas, y siempre salía ganando. Pero eso era algo que a Icara jamás se le había dado bien.

Podría haber comido para pasar desapercibida y, después, haberlo vomitado. O podría haberse tomado solo la fruta, ¿cómo podrían meterle droga a un melocotón? Pero no. Se levantó, cogió su bandeja y fue caminando lentamente por la sala bajo la atenta mirada de los de confianza, de Dina y de alguno que otro más, aunque no tan atenta.

Llegó al cubo de basura que había junto al mostrador y tiró sin contemplaciones el desayuno, mirando con desdén hacia la mesa de Rayn, recreándose en el desafío que estaba provocando. Dina le había contado lo que podían llegar a hacerle. Aun no la habían tocado, así que, probablemente después de aquello, su suerte cambiaría. Pero eso era, como solía decir, "problemas de la futura Icara". Antes de salir del comedor vio de nuevo esa expresión de ojos abiertos en la cara de Dina y supo que su castigo empezaría por la bronca que ella le iba a echar.

## Capítulo 12

Bloor

### Capítulo 12

Le había sorprendido un poco la facilidad con la que lo habían aceptado. Sus padres siempre habían fomentado que su futuro profesional partiera de la sólida base de un título universitario y sabía que les parecería bien cualquier buena oportunidad para su, sin lugar a dudas, brillante carrera. Pero, en estas circunstancias, le dio la sensación de que les había venido de perlas que se tuviera que ir fuera una temporada para que se enfriase la problemática cuestión en torno a su hermano.

En cualquier caso, tenía intención de seguir investigando, pero aquél no era el momento. Su prioridad era encontrar a Tae y a Igra. Siempre que se cruzaba por los pasillos con el capitán Gallan, el hombre con el que habló el primer día en la pensión, intentaba que tomara cartas en el asunto, pero solía responderle que tuviera paciencia, cuando le respondía.

Por lo que Naya sabía, hasta el momento podían haber pasado dos cosas: o ya estaban muertos, posibilidad que no llegaba a asimilar del todo; o los habían vendido a las Tierras del Norte como esclavos, ésta otra opción era mucho más esperanzadora y, claro, su favorita. En éste último caso, probablemente los habrían llevado a Cabo Catro. Esa ciudad estaba infestada de esclavistas, corruptos y mafiosos, pero probablemente seguirían con vida: ahora tendrían valor económico.

En la pensión, había empezado a recibir una instrucción militar obligatoria para todos los iniciados, Gallan le había dicho que era necesario adquirir ciertas aptitudes básicas, así que todos los días se entrenaba durante unas horas en ejercicios físicos y de manejo de armas de fuego, además de algunas operativas militares más técnicas.

Recordó el mal rato que pasó cuando fue a hablar con el capitán Gallan. Después de la fiesta, fue a la pensión en cuanto amaneció. Habló en recepción con el chico que había estado persiguiendo aquél día por medio Bloor, se llamaba Luca. Fue muy amable con ella y enseguida le llevó hasta el despacho del capitán. Cuando la vio casi estalló en cólera. Se enfadó más de lo normal según consideró Igra. Luca salió volando de la habitación y ella aguantó el chaparrón como pudo. Después fue respetuosa y educada, y le dijo que había ido a la jura de bandera, pero que solo le contaría lo que había escuchado allí si le aceptaba. Al principio se negó, pero después de largo rato de negociaciones, acabó cediendo.

Así pues, llegaron a un acuerdo en el que Igra pasaba a formar parte de ellos a cambio de que se trasladase allí, para tenerla "más vigilada". Lo consideró lógico, no la conocían de nada. Se inventó, entonces, la historia que les contó a sus padres, que trataba sobre una colaboración entre universidades, tutela de varios profesores, una investigación muy importante en Plomer y la obligación de irse a vivir a esa ciudad durante un tiempo, a la que después de una noche de deliberación, no pusieron pegas.

Al poco de estar allí descubrió que la sociedad insurgente, autodenominada Eiren, se encontraba repartida en cuarteles clandestinos por toda la república. Cada tantos, se formaba una unidad que respondía ante un mando. Bloor tenía los cuarteles suficientes como para que hubiese un mando en la misma ciudad, pero no sabía cuántos había ni dónde estaban. Normalmente se comunicaban entre ellos con mensajería cifrada con sistemas de codificación bastante originales, como hablar de la salud de la tía abuela Giselle para transmitir el estado de una misión u opinar sobre el tiempo en las playas de Tántado para concertar reuniones. También era común utilizar los espacios publicitarios en algunas publicaciones de prensa, como el periódico, o las conversaciones comunes en ciertos puestos del mercado, como la que presencié días atrás, pero ningún miembro de la organización de su nivel podía saber más detalles.

- ¡Hola Naya! – le saludó Luca desde el otro lado del mostrador. Destacaba por ser algo hiperactivo. Solía estar atendiendo la recepción o llevando paquetes y mensajes de un lado a otro (a veces con catastrófico resultado debido a un tropezón), pero era muy agradable.

- Hola – respondió ella, sonriendo. Pasó por el salón para acceder a las escaleras. Ahora sabía que las personas que se le habían quedado mirando aquél día lo habían hecho por extraña, puesto que todos ellos también formaban parte de la organización.

Uno de ellos era Rener. Era un poco mayor que ella, podía rondar los veintiocho, moreno, de ojos negros y cejas marcadas. Le sacaba más de una cabeza y tenía unos músculos ligeramente definidos que engañaban sobre la fuerza que realmente tenía. Naya lo sabía bien porque era él el que se dedicaba a entrenarla. A veces resultaba hasta abochornante las ganas que ella le ponía y la facilidad con la que él a tumbaba, pero por lo menos no era la única: se había topado con el genio en el combate cuerpo a cuerpo del cuartel.

Ahora estaría en el patio entrenando. Fue a su habitación en el quinto piso, la misma en la que había despertado aturdida hacía ya casi medio mes. Al subir los escalones aun notaba las agujetas, las mismas que no le habían dejado moverse de la cama al día siguiente de su primera sesión de entrenamiento. Había hecho deporte más veces en su vida, pero nunca había incluido golpes y moratones en casi cada centímetro de su cuerpo.

El dolor había logrado que descubriera músculos que ni sabía que existían.

Por fin terminó de subir las tortuosas escaleras y entró en su cuarto. Se había pasado los últimos días con las ventanas abiertas de par en par para que se fuese el intenso olor avinagrado de la madera y el ambiente cargado por haber tenido la habitación cerrada durante tanto tiempo. Aún arrugaba la nariz al entrar, pero lo que sí había conseguido era que entrase todo el calor y el polvo del desierto. Le dijeron que aquello no era un hotel, que solo ofrecían el servicio del restaurante, así que el polvo iba a quedarse campando a sus anchas, no tenía tiempo ni ganas de limpiarlo. Abrió el arcón de madera que había junto a los pies de su cama, contenía parte de la ropa que había cogido de su casa y algunas prendas que le dieron cuando volvió a la pensión, como una capa color arena y unas botas. Era la ropa que usaban en las maniobras y misiones, las botas eran comunes, de color vino, ligeras y flexibles, muy cómodas, por lo que se las ponía para entrenar como hacía el resto de militantes. Las cambió por las suyas altas de piel y bajó de nuevo al salón para acceder al patio del edificio.

En él quedaban aun restos de lo que había sido hacía años un jardín, con algunos árboles salpicándolo aquí y allá, pero ahora lo habían convertido en un campo de entrenamiento. Tenía cabida para unas cuarenta personas así que se podía entrenar de manera decente, pero había que turnar los combates con las prácticas de tiro, por lo que se colgaba un horario todas las semanas en una de las columnas del antiguo jardín. Sobre estas columnas descansaban las terrazas de las habitaciones que daban al interior, así que, de vez en cuando, los allí presentes contaban con espectadores.

- Hola – dijo Naya en voz alta cuando entró. Había varias personas entrenando, alguno le devolvió el saludo de manera distraída sin dejar de darle golpes a un saco. En las mismas circunstancias encontró al final del patio a Rener.

- Hola, Naya – le saludó con la respiración entrecortada mientras sujetaba el saco al que le estaba golpeando, el cual todavía oscilaba suspendido en el aire – creía que ibas a venir por la tarde.

- Sí, pero al final me he podido acercar por la mañana. Además, no sé si lo habrás mirado, pero esta tarde tocan armas y prefiero el cuerpo a cuerpo, que mi entrenador me dice que voy floja – dijo refiriéndose a él.

- Haces bien. Cuando deje de ganarte, en unos cuarenta años, podrás sentirte orgullosa.

- ¡Lo sé! ¡Si para entonces llevas bastón podría ser un arma letal!

Se reían juntos cuando apareció dando voces desde la puerta su amigo Bato.

- Aquí no hemos venido a reírnos ¿eh?

- Tu calla, desgracia con patas – le respondió Rener.

Bato y Rener empezaron a hacer una especie de danza improvisada en la que fingían una pelea de baile que hizo que la chica sintiera una punzada de incomodidad debido a lo ridículo que resultaba. Parecía que se llevaban especialmente bien, siempre estaban juntos. Bato era el chico que le había dejado inconsciente de un puñetazo en el desierto. Cuando le conoció personalmente se disculpó y no le dio mayor importancia a pesar de que Naya aún tenía restos del negral en la mejilla. Estaba entre su edad y la de Rener, pero con el doble de altura y anchura, y resultaba bastante dicharachero. Era un buen ejemplo de lo que en las villas llamarían “un buen mozo”. A veces en su cabeza usaba esas expresiones porque le resultaban muy graciosas. Su mente se fue de un momento a otro al recuerdo del paisaje que se observaba desde la casa de Icara cuando la voz de Rener la interrumpió.

- Venga, vamos a empezar.

El entrenamiento que solían hacer consistía en aprender a reducir a un enemigo desarmándolo e inmovilizándolo. Con otros contrincantes sí que había visto métodos más letales y heridas reales al finalizar la pelea, pero, de momento, lo que tenía que hacer era dominar lo básico. Bato de vez en cuando se les unía para recordar algo de técnica, pero no le hacía demasiada falta con su tamaño. Su trabajo en combate se centraba en cargar contra el enemigo, y no solía quedar nadie en pie después de eso. Nadie, excepto Rener. Era la cara opuesta de la moneda, mucho más ágil y preciso. Si Bato intentaba placarlo a las claras probablemente acabaría en el suelo con el pie de su amigo en la cara.

Naya se intentaba combinar, por tanto, con su colega experto, y procuraba aprovechar las oportunidades que éste creaba para desequilibrar a Rener. De momento nunca había dado resultado y, ésta vez, tampoco lo dio. Ambos acabaron agotados y magullados. Bato, ligeramente humillado (aunque ya se lo tomaba con filosofía), dio por terminada la sesión, se despidió y se fue del patio. Los que habían estado observando la pelea también se fueron y Rener se dispuso a recoger su mochila.

- Espera, Rener – dijo Naya - ¿podemos seguir nosotros?

Seguía con la respiración agitada, tenía los pantalones blancos llenos de manchas de tierra y la coleta deshecha, pero mantenía una mirada de determinación que hizo que Rener aceptara.

- Mantente atenta. Voy a atacarte, a ver cómo te mueves.

- Vale.

Fue capaz de esquivar un par de golpes, el primero prácticamente por suerte, y en el segundo casi se tropieza con sus propios pies.

- Tienes buenos reflejos – le dijo Rener sin dejar de moverse.

Debió distraerle, porque el tercer golpe le dio de lleno en el estómago. Aprovechó el aturdimiento para derribarla y se le puso encima, bloqueando sus movimientos.

- Si alguna vez intentan matarte en esta posición, puedes tener una vía de escape – le puso una mano en el cuello – probablemente te asfixiarán. Procura utilizar el peso de tu contrincante en tu favor. Tienes que pasar un brazo por debajo de una de sus axilas y empujar con la cadera hasta quitártelo de encima, así – le ayudó a hacerlo - y, si cuando acabes, le das una patada en los huevos, eso que te llevas. – Naya se rio - ¡No es broma! ¿Te has enterado?

- ¡Si!

- Venga, otra vez.

Se incorporaron y cuando estuvieron preparados, Rener volvió a atacar. Naya saltó hacia atrás, con tan mala suerte que se clavó en el hombro uno de los garfios de hierro que utilizaban para colgar los sacos de arena. Gritó entre dientes y se lo quitó inmediatamente, lo que hizo que le doliera más. Rener soltó una retahíla de palabrotas antes de maldecir la familia de aquél que se hubiera dejado olvidado el enganche a esa altura en lugar de colgarlo en su sitio.

- A ver, tranquila. Déjame ver – Naya se calmó un poco en intentó quedarse quieta –, no es nada. Vamos a la enfermería, te darán un punto, como mucho.

La acompañó hasta una gran habitación pintada de verde en el primer piso. Naya no sabía que tenían médicos. Había un señor con camisa blanca y zapatos brillantes revisando unos frascos de una de las muchas estanterías que llenaban las paredes. La joven le contó lo que había pasado y, cuando le revisó la herida, confirmó lo que había dicho su

entrenador, exactamente un punto.

- Te voy a pinchar también. A saber lo que te puede transmitir ese trozo de hierro.

Rener se reía un poco de ella por las caras que ponía cuando la aguja le atravesaba la piel para coserla. Entre sonrisas y alguna lágrima que le caía a la chica por la mejilla sin poder evitarlo, entró en la estancia el capitán Gallan. Rener se levantó de la silla como un resorte.

- Por fin, llevo media mañana buscándote -. El capitán miró de reojo a Naya, sin prestarle mucha atención – que sea la última vez que no estás localizable, no tengo tiempo de ir buscando a cada idiota al que le apetezca perderse.

- Lo siento, capitán.

- Bueno, nos vemos en media hora en la sala de reuniones para que os de los detalles de la infiltración en Cabril. Cloud no ha conseguido la mejor de las tapaderas, pero Val tragará, tampoco es muy listo.

- De acuerdo, allí estaré.

- Capitán – Interrumpió Naya, Gallan la miró con un aire de suficiencia.

- ¿Si?

- Eh, bueno, no quiero inmiscuirme en sus asuntos, pero ¿habla de Val “El Usurero”? – ahora sí despertó el interés del capitán.

- Si, ¿cómo sabes...? – quedó cavilando un momento, muy extrañado.

- Bueno, yo lo conozco personalmente. De hecho, se lleva bastante bien conmigo. Es egoísta y no muy buena persona, pero si necesitáis algo de él, a mí me ayudará.

El capitán y Rener cruzaron miradas. Se notaba que necesitaban algo de ayuda.

- ¿Cómo se desenvuelve? – le preguntó a Rener, ignorándola como si fuera una planta en la habitación.

- En fin, no sobreviviría sola, pero sí que tiene buena puntería a distancia. Además, nos puede ser útil. Con un buen equipo que la proteja no deberíamos tener demasiados problemas.

- Está bien. Naya, te espero también en la sala de reuniones. En este caso quizá cambiemos el plan -. Se dispuso a salir de la habitación, pero

entonces se detuvo y se dirigió a Rener – Mañana la entrenaré yo -. Y se fue.

A Rener le había cambiado la cara. Lo notaba tenso.

- Bien, esto ya está. Bájate el pantalón, niña, que te ponga la inyección.

Rener saltó por segunda vez como un resorte esa tarde, saliendo de sus pensamientos.

- Te espero allí -. Dijo antes de salir de la consulta.

Naya se quedó mirando a la puerta mientras cedía la potestad de su trasero al médico.

Llegó al rato al pasillo por donde ya la habían guiado Luca y Koojha otras veces, frotándose la zona del pinchazo, aún dolorida. Entró en el despacho y allí estaba ella, además de los otros participantes de la misión.

- Hola – saludó, un poco tímida. Algunos le respondieron y otros no.

- O sea que tú eres la causante de que esté aquí – le dijo Koojha, acercándose a ella. Naya se quedó mirándola, sin saber bien qué responder. - El equipo para esta misión era otro, pero nos acaban de llamar a Cloud y a mí para que ayudemos a que no te maten.

- Ahora mismo están en esta habitación los activos más brillantes de este cuartel de Eiren – dijo el hombre que encabezaba la mesa, que se levantó de la silla para apoyarse en la pared mientras terminaba de liar un cigarrillo – debes valer mucho para que nos hayan avisado a todos. Me llamo Usha y lidero esta unidad.

Naya conocía en esa habitación a Bato, Rener y Koojha, pero nunca había visto a los otros dos. Usha era un hombre de unos treinta y pocos años, de gesto serio. Cuando le vio manipulando el tabaco se dio cuenta de que le faltaban dos dedos de una de sus manos. Cloud sería no mucho más joven. Tenía el pelo negro y la piel algo más pálida. No vio absolutamente nada más que le caracterizara.

- Yo me llamo Naya, creo que lo que tengo de especial es que conozco a El Usurero.

- Ah... - Usha suspiró, irritado – Cloud, el capitán va a mandar tu plan a tomar por culo.

- No era nada espectacular – respondió el tal Cloud.

Naya dio un respingo cuando abrió la puerta de la habitación de golpe el capitán Gallan, que pasó rápidamente al fondo de la sala.

- Bien, nuevo plan. Como sabéis los que ya formabais parte de esta misión, en Cabril se realizará una negociación de una partida notablemente grande que la ciudad quiere comprar. Sabemos que proceden de Yashak, pero no sabemos quién es el fabricante. El plan inicial consistía en asistir a la negociación ocupando el lugar del personal enviado por la delegación de Bloor, pero es cierto que era arriesgado. En el nuevo plan no atacaremos a la delegación de Encro hasta después de la reunión, en primera instancia les dejaremos asistir con normalidad, pero nosotros también iremos. Naya dice que Val El Usurero, el procurador, nos dejará formar parte de ella. El objetivo sigue siendo averiguar el nombre del fabricante para ponernos en contacto y frustrar la compra de armamento, además de conseguir toda la información posible como objetivo coyuntural y secundario. ¿Queda todo claro?

- Si, capitán – respondió Usha.

- Confío en que daréis lo mejor de vosotros mismos y en que trabajaréis en equipo para salvar nuestro país.

- ¡Sí, capitán! – respondieron todos a la vez, menos Naya, que se quedó un poco cohibida.

El capitán Gallan salió del despacho sin decir nada más. Naya le siguió a paso ligero por detrás.

- Capitán.

El capitán siguió caminando sin contestar.

- Capitán, por favor, ¿cuándo vamos a ir a las Tierras del Norte?

- Tu no irás.

- ¿No se pueden hacer averiguaciones sobre Tae e Igra?

- Hija, el mundo es un lugar cruel. Pero si tantas ganas tienes de saber que tus amigos están muertos habla con Nanca.

- ¡Pero...! – Gallan levantó la mano, gesto que indicaba que había terminado con ella, y se fue. ¿Quién era Nanca?

Naya volvió al despacho. El resto estaba esperándola.

- Lo siento.

- Bueno - dijo Usha, pasándolo por alto -, ahora es cuando nosotros nos ponemos a trabajar.

Durante unas dos horas estuvieron hablando sobre tácticas, funciones y distintas posibilidades que podían ocurrir, hasta que al final, y sobre todo por las aportaciones de Usha, decidieron cuál iba a ser el plan que iban a seguir dentro de cinco días.

La mañana siguiente amaneció con el cielo un poco nublado, ligeramente tormentoso. Si caían unas gotas aliviarían un poco todos los problemas que se estaban dando en las villas, e incluso quizá el ambiente estaría más calmado en la negociación en Cabril. Naya se vistió rápidamente y bajó a desayunar, ese día iba a entrenarla el capitán. Le sirvieron dos huevos, un poco de pan, unos dátiles pequeños y un café. Vio a Luca pasar por delante de su mesa a toda prisa.

- ¡Luca! – el chico se paró en seco, dejando resbalar entre sus dedos un par de folios que se apresuró a recoger del suelo.

- ¡Dime! – dijo en voz muy alta, demasiado llena de energía para ser tan temprano. Naya se quedó un poco en blanco ante el tono apresurado.

- ¡Vale! Eh... ¡Ah, sí! ¿Sabes quién es Nanca?

- ¡Sí! Es una señora un poco gorda que está siempre con el capi. ¡Adiós, que llevo prisa!

- ¡Adiós!

Naya no pudo evitar sonreír un poco mientras se acababa el desayuno a toda prisa, contagiada por el brío del chaval. Tenía que ir al patio.

Llegó puntual, tanto ella, como el capitán y como media pensión. Al parecer se había corrido la voz y todo el mundo quería ver pelear al capitán. También estaba allí su nuevo equipo (excepto Cloud). Naya caminó hasta el capitán, muy emocionada, aunque sabía que iba a meter la pata cientos de veces, también sabía que no era del todo inútil y quería que él lo viera. Cuando estuvo más cerca vio los serios rostros de sus compañeros. Confiaba en que los iba a sorprender.

- Bien, Naya – decía el viejo mientras terminaba que atarse vendas a los nudillos -, esto no te va a gustar.

- No me da miedo, capitán. – Dijo ella mientras terminaba de recogerse el

pelo en una coleta.

- ¿Estás lista?

- Sí.

El capitán se acercó con los puños en alto. Naya empezó a pensar rápidamente, sabía que sería un hombre fuerte, pero con su edad no podía ser más ágil que ella, también era mucho más baja así que intentaría... no lo vio venir. Un puñetazo brutal la tiró al suelo de espaldas, había sido mucho más fuerte que aquel que le dio Bato en su día, pero fue en las costillas. Lo primero que hizo fue vomitar todo el desayuno con un poco de sangre incluida. Notaba cómo los puntos del hombro se le acababan de abrir al caer al suelo.

- Venga chica, no tengo todo el día.

Mierda, iba a darle una paliza. Se levantó todo lo rápido que pudo y en cuanto tuvo un pie estable en el suelo saltó hacia atrás, acababa de esquivar otro golpe igual de brutal. Si le hubiese llegado a dar, le habría roto más de una costilla. No podía dejar que le alcanzase de nuevo, bajo ningún concepto. Pero volvió a alcanzarle. Esta vez en el hombro. Había visto la herida, que ya sangraba, y había ido a por ella. Naya soltó un grito de profundo dolor. ¿Pero qué estaba haciendo? ¡Era un entrenamiento!

Volvió a levantarse, y volvió a esquivar todo lo que pudo. En sus manos, Naya ella como una frágil figurita de cristal, no importaba todo lo que había practicado, ni el poco peso que había ganado en músculo. Ante ese hombre se dio cuenta de que nunca tendría la misma fuerza. Jamás.

- ¿Cómo te crees que va a ser una pelea real, chiquilla? Seguramente... - volvió a alcanzarle otro golpe, esta vez se quedó en el suelo, tosiendo sangre. Ya no se podía levantar más. Gallan aprovechó para darle una patada en el estómago que la levantó unos centímetros del suelo - ...seguramente te matarán a la primera. ¿Así cómo pretendes salvar a nadie? - Se puso encima suya, la agarró por el cuello y empezó a apretar. Empezó a apretar de verdad - y si no te matan, lo que harán será violarte hasta que te mueras tú sola. ¿iPuedes con eso niña!? ¿iQué harías en una pelea real!?

Trató de pensar con claridad, asumió que dolía y que no iba a poder respirar durante esos instantes así que, durante un momento, el pánico se apartó a un lado. Notaba mucha más presión sobre su costado izquierdo que sobre el derecho. El capitán tenía el peso cargado a la izquierda. Sin pensar, coló su rodilla derecha bajo la cadera del capitán, su brazo izquierdo bajo su axila y, con el codo derecho apoyado en el suelo, y giró como le había enseñado Renner el día anterior. Creyó que nunca en su vida

había hecho tanta fuerza, pero funcionó. Aunque no se atrevió a darle esa patada en los huevos. Se levantó de nuevo y, después de toser un poco, respondió con una voz más temblorosa de lo que le hubiese gustado.

- En una pelea real te habría volado la cabeza de un tiro hace mucho. – Entonces se dio cuenta de los espectadores, que contenían el aliento. Naya lo miró desde arriba con rabia y odio, incluso con decepción, con la respiración entrecortada y la cara manchada de sangre. Creía que le iba a enseñar algo útil, no a humillarla ante todo el cuartel.

- No digas tonterías – dijo el capitán, levantándose sin mayor esfuerzo que el propio de una persona de su edad. Un silencio sepulcral inundaba el jardín cuando lo atravesó a paso calmado.

Para sorpresa de Naya, la primera que se acercó fue Koojha.

- ¿Estás bien?

Rener llegó un segundo después, justo cuando Naya se dejó caer sobre ellos. Las piernas le habían flojeado y debía de componer una visión patética despeinada, llena de sangre y sospechó que con restos de vómito en la ropa, pero, a pesar de no poder moverse ni un centímetro, se le hinchó el pecho cuando se dirigieron hacia la salida del patio entre aplausos y vítores.

- ¡Ha sido un buen bautismo! – escuchó decir a Koojha entre el griterío.

## Capítulo 13

### Capítulo 13

- ¿Otra vez aquí? – Dijo el señor de zapatos lustrosos que trabajaba en la clínica de la pensión cuando entraron Koojha, Rener y Naya.

- Pregúntale al capitán – respondió Rener sosteniendo a Naya mientras ésta se sentaba costosamente en la camilla.

- Es un poco capullo Naya, no te lo tomes como algo personal – le dijo Koojha.

El médico comenzó su chequeo, llegando rápidamente a la conclusión de que tenía dos costillas rotas, muchos hematomas y el cuello ligeramente lesionado.

- Deberías procurar no hablar mucho en un par de días, tu garganta tiene que reposar, pero la recuperación será rápida. Tómalo con calma. Vamos a vendarte el torso. Podéis iros, chicos. Sobrevivirá.

- Bien. Naya, si necesitas algo, avísanos.

- Avísale a él, yo estaré creando – dijo Koojha con los ojos brillantes de emoción.

- Koojha, no la lées en la misión. ¡Nada de explosiones! Ya te dijo Usha que la nueva táctica era...

Salieron de la habitación sin dejar de discutir. No estaban mal. Rener solía ser amable con ella, bueno, como una persona normal y no como la panda de bichos raros que había ahí metida. Koojha, sin embargo, le había sorprendido. Desde el primer momento había sido desagradable con ella, pero acababa de descubrir que era así con todo el mundo y que, en el fondo, tenía buen corazón. El médico le vendó, le volvió a coser la herida del hombro y le dio un puñado de pastillas para remitir los dolores que tendría a partir de ahora. Le dijo que quizás le costaría conciliar el sueño esa noche. No podía haberle dado mejor noticia, no resistiría mucho más viendo el sufrimiento de sus amigos repetirse cada vez que se dormía. Y de nuevo le había vuelto a la mente. No podía permitirlo, si se centraba en el dolor y la culpabilidad que sentía acabaría obsesionándose. Estaban vivos, tenían que estar vivos, así que había decidido dejar de pensar en ellos a cada minuto. Si quería ayudarles, tenía que estar concentrada.

Aquella tarde había prácticas de tiro y asistiría. Se arrastraba por las esquinas pesadamente, pero no le iba a dar una victoria más al capitán. Le demostraría a todo el mundo lo que valía. De este modo, volvió al

campo de entrenamiento a las pocas horas duchada, peinada, con ropa limpia y maquillada en un intento bastante efectivo de disimular su mal aspecto.

La gente que había allí no le prestó mucha atención cuando salió al patio salvo algún murmullo desapercibido. Como era normal, no estaba el capitán. Tampoco se encontraba allí Rener ni Koojha. Vio en una de las líneas de tiro a Usha con un revólver agujereando dos sacos de tierra con una gran diana. La primera vez que hizo las prácticas se dio cuenta de que las paredes y el techo de cristal estaban recubiertos de una goma translúcida insonorizadora. De lo contrario, el ruido de disparos de todo tipo de armas se habría escuchado por todo el barrio. Aun así, no se permitía practicar a más de cinco personas a la vez. Pidió paso para atravesar la línea de fuego hasta el fondo del jardín y colocó su diana. El patio tenía forma rectangular y las armas de corto alcance se disparaban desde un lateral a otro, pero para las de largo alcance se utilizaba toda la longitud de la estancia intentando aprovechar todos los metros posibles, que eran unos cuarenta. Volvió a su puesto cercano a la puerta y cogió el fusil de francotirador, que era el que mejor se le daba. Como no contaban con la distancia necesaria, practicaban acertar en un punto pequeño del objetivo. Se tumbó en el suelo y se concentró, olvidó todo lo que tenía alrededor, sólo veía a través de la mira el diminuto punto blanco al que tenía que disparar. Cogió aire y empezó a soltarlo muy despacio, calculando el movimiento de su pecho y el pulso de su mano. Disparó y su hombro lo lamentó. El retroceso del arma hizo que sintiera como si se le astillaran todos los huesos doloridos. Se levantó pesadamente, volvió a pedir paso y se acercó al saco. Había desviado mínimamente la bala. Aun había dado en la marca, pero no en el centro exacto. Cogió la botella con pintura blanca que siempre andaba por ahí, marcó varios puntos diferentes y se tumbó de nuevo en su puesto. Estuvo repitiendo la operación durante toda la tarde hasta que oscureció.

Después de colocar las cosas en su sitio fue a buscar a Nanca. Primero se dirigió a recepción, masajeándose el hombro, y Luca, el chico de los recados, le dijo que seguramente estaría en su despacho. Le indicó cómo se llegaba y fue para allá, era la puerta anterior al centro de mando, la sala donde habían estado planeando la incursión. Llamó y, después de que Nanca le diera permiso, entró en la habitación. Tenía un despacho oscuro, como todas las habitaciones que había en ese pasillo, sin ventanas y con una lámpara un poco lúgubre, pero estaba todo pulcramente ordenado y limpio.

- ¿En qué puedo ayudarte? – le preguntó la señora. Llevaba un moño rubio, ligeramente canoso y seguía vistiendo como la dueña de un puesto del mercado. Entonces pensó que quizá iba al mercado de verdad y que esa era su misión. Al fin y al cabo, mientras el Capitán era el máximo responsable de encabezamiento en las misiones y organización militar, por lo visto ella lo era del sistema de inteligencia, comunicación e información.

- Buenas noches, Nanca. Me llamo Naya, me conoció hace algunos días en...

- Sí, me acuerdo de ti, la que se equivocó de camión.

- Eh... sí – admitió Naya. Tampoco iba a dar ninguna excusa, era la pura verdad, pero podría haberla recordado por su espionaje en la fiesta en lugar de por aquello.

- Dime – dijo cuando dejó lo que estaba haciendo.

- Bueno, no sé si lo sabrá, pero aquél día no iba sola. Vinieron conmigo dos amigos, villanos: Igra Meillor y Taelor Mylcrai.

- Sí, lo sé.

- Sabrá entonces también que se los llevó el ejército. ¿Sabe qué pasó?

- No, les perdí la pista cuando llegaron a Plomer.

- ¿A Plomer? ¿Significa eso... - le daba pánico saber la respuesta a la pregunta que estaba formulando - ...que no los han matado?

El tiempo se congeló y la respiración se le paró durante una eternidad mientras el corazón le latía a mil por hora.

- No, no los han matado. Han considerado que la creencia de que los han matado es suficiente para dar ejemplo, mientras que se pueda sacar provecho económico. Suelen hacerlo. Los esclavos jóvenes valen una fortuna y mantienen muchos de los lujos ciudadanos.

Naya no se había dado cuenta de que se había levantado medio centímetro de la silla. Descansó de nuevo en ella, aliviando la, hasta entonces inadvertida, dolorosa tensión de su cuerpo.

- ¿Y ahora qué?

- Ahora nada. Una cosa es saber y, otra muy diferente, actuar. No te apures, estamos planeando algo, pero el corto plazo no es el momento. Siento que sean tus amigos, pero como ellos están cientos de personas y aun hay que atar ciertos cabos. ¿Entiendes que si cometemos un error pondremos todas sus vidas en peligro?

- Sí... pero, ¿no cree que ya están en peligro?

- Ni por asomo, no de la misma manera. Sólo hay que tener un poco de paciencia. Lo lograremos.

- ¿Cuánta paciencia? – Nanca no le respondió - ¿contará conmigo cuando llegue el momento?

- ¿Estarás lista cuando llegue el momento?

- Sí

- Entonces, sí. – dijo, repitiendo a propósito su expresión.

Salió de la habitación y, cuando cerró la puerta, no pudo contener más las lágrimas.

Pasaron los días hasta que llegó por fin la fecha de la misión. Se vistió con su propia ropa por orden de Usha, como si se tratara de un día más de aquellos en los que iba a visitar a sus amigos. Bajó al salón donde estaban esperando el jefe y Bato.

- Buenos días – dijo Naya.

- ¡Buenas! – le respondió Bato - ¿Estas preparada para tu primera misión?

- Bueno... ¡mientras se pueda desayunar! –exclamó en tono de broma - ¿No habíamos quedado a las nueve?

- Sí – intervino Usha.

- Venga – dijo Bato mientras le pasaba un brazo por los hombros y comenzaba a caminar con ella hasta la barra – te acompaño, que me muero de hambre. ¿Hoy has decidido dejarlo en el estómago o potarlo todo?

La chica le sonrió sarcásticamente.

- Aun no lo sé, quizá te lo eche encima.

- ¡Qué rico!

- ¡Qué asco! – respondió ella riéndose.

En cuanto miró hacia adelante se sentó rápidamente en un sillón de espaldas a la barra. ¡¿Pero qué...?!

- ¿Qué haces? ¡Hija, qué susto me has dado! ¿Qué pasa? Estás pálida.

Fendir Rasper estaba sentado en la barra del bar con una taza delante, leyendo el periódico tranquilamente.

- ¡Shhh! – chistó a Bato y le hizo una señal para que se agachara – conozco a ese de ahí, iba a mi clase. Si me pillan aquí le dirán a su padre que no estoy en Plomer, y él se lo dirá a mi padre y entonces se enterará de que estoy aquí, ¡que él es de la Quonterly! Descubrirán que la pensión es en realidad...

Bato le puso la mano en la cara (se la cubría entera y le sobraba).

- Cállate, por dios. – le soltó y ella se mantuvo callada – No pasa nada. Fendir está aquí porque pertenece a Eiren. Es buen tío. Además, ¿qué te crees, ¿que dejamos entrar en un cuartel a cualquiera?

Se levantó y fue a saludarle. Naya se quedó unos segundos en shock. ¿Fendir un rebelde? No, ¿Fendir un "buen tío"? Era la persona más egocéntrica que conocía. El estúpido de Fendir Rasper. Seguro que era un espía. Se levantó y se acercó también a la barra.

- ¿Qué tal, morena? - No lo soportaba, daba igual lo que hiciera. Siguió hablando. - Sí que has tardado en enterarte de todo esto. Ya me han contado que el capitán te ha bautizado, una pena habérmelo perdido -. Dijo riéndose.

- ¿Qué haces aquí, Fendir? ¿Desde cuándo te preocupas por alguien más aparte de ti?

- Desde hace más de lo que te imaginas, Naya. Oye no estés antipática conmigo, a veces las cosas no son lo que parecen -. Le guiñó un ojo. Naya levantó una ceja en gesto escéptico.

- Pero la mayoría de las veces sí.

Fendir arqueó las cejas y con media sonrisa siguió bebiéndose su café con cierta indiferencia. Siempre con ese aire de superioridad que no aguantaba. Pidió su desayuno y se lo tomó rápidamente mientras Fendir y Bato hablaban. Llegó también Rener y se unió a la conversación animadamente. ¿Cómo les podía caer bien ese idiota? Con sus "el otro día fui y..." o "...yo prefiero hacerlo así". Se levantó cuando no pudo escucharlo más y esperó a que dieran las nueve en la recepción. Esperaba ver a Luca, pero no estaba.

Poco a poco fueron llegando todos los integrantes del equipo: Rener, Bato, Usha y Koojha. Cloud había salido un día antes. Su misión era quedarse en los alrededores vigilando, y tenía que ver si había movimiento

sospechoso en la villa con algo de antelación. Hicieron un breve resumen a modo de recordatorio y salieron Rener y Naya primero. Desde la Rosa de los Vientos hasta la puerta del Norte atravesaron el ala oeste de la ciudad, pasando por la Biblioteca Central y el Museo de Artes y Tecnología, lugares que Naya extrañaba ahora al verlos desde otra perspectiva, como si fuera una persona diferente.

- ¿Te pasa algo? – le dijo Rener. Normalmente no había silencios incómodos entre ellos.

- No, para nada – le sonrió vagamente – es que estoy un poco agobiada.

- Ah, bueno no te preocupes, lo vas a hacer bien.

Ah, era cierto, la misión. Tenía la mente tan llena de frentes abiertos que la misión era lo último que le preocupaba. Hasta ese mismo instante, claro. Era verdad que el tiro al blanco se le daba bien, pero su rol no le daba lugar a ello. Era negociación y engaño puro y duro. Y si las cosas se ponían feas no sabía cómo iba a defenderse, el Capitán ya se lo había dejado suficientemente claro. Llevó la mano a su pernera, de la que colgaba un revólver. Seguía ahí. Rener le vio el gesto.

- Naya – le dijo con tono tranquilizador – no te tienes que preocupar por nada. Si las cosas se ponen feas lo único que vas a ver es mi espalda. No te van a tocar (ni a mí tampoco porque soy buenísimo) – se rio solo – tu único trabajo es meternos en esa negociación.

- Vale.

Siguieron caminando con una pobre conversación hasta que llegaron a la Puerta del Oeste, donde enseñaron los pases de voluntariado en la puerta y salieron sin mayores problemas. No es que no te juzgasen, pero la Quonterly concedía cien al mes para quien quisiera ir a echar una mano de manera legal a las villas, aunque no permitían el paso de mercaderías, solo ciertos artículos de uso personal y en concepto de regalos. Nunca llegaban a agotarse los cien pases.

Andando camino a Cabril se veía de lejos, a mano derecha, la carretera del norte. A Naya se le empañaron los ojos al recordar a sus amigos. Tae e Ica estaban vivos.

- ¿Naya? – le llamó Rener – no tienes por qué contármelo, pero...

- No - dijo ella, enjugándose las lágrimas –, no pasa nada. Es que tengo dos amigos, Ica y Tae.

- ¿Los que estaban contigo el día del camión de armas?

- Sí.

- Ah. Oí lo que pasó, lo siento.

- Sí, pero no es por eso. Es decir, claro que estoy preocupada por ellos, pero hay muchas posibilidades de que estén bien, Nanca me lo dijo -. Se le agarró de nuevo el ya familiar nudo en la garganta.

- ¿Pero...?

- Pero – le costaba un poco hablar con claridad – a lo mejor Bato te lo ha contado. Los cogieron por mi culpa -. Rener le puso la mano en el hombro y la retiró dos segundos después, como si no quisiera hacerle sentir incómoda.

- A ver – cogió aire, dándose unos segundos para pensar – en ese momento tomaste la mejor decisión posible. Estabais en medio de un fuego cruzado en el cual ninguno de vosotros erais el objetivo. Ganase quien ganase, no os podríais haber escapado ni de unos ni de otros. Tienes que tener en cuenta la información que tenías en ese momento y, con ella, pensar que tomaste la mejor decisión posible. ¿Que salió mal? Sí, pero estaba bien ejecutado, ¿entiendes? Era la mejor opción -. Naya lo miró, ya sin llorar. En parte, lo que decía tenía cierto sentido. – Tienes que hacerte amiga de esa sensación de culpabilidad, Naya, porque te va a pasar más de una vez. La guerra llegará tarde o temprano. El primer ejemplo es la misión de hoy -. Apartó la vista de la carretera para mirarla a ella -. Recuerda a lo que venimos y concéntrate.

Naya asintió con la cabeza, le había hecho sentir algo mejor. Además, Nanca le había dado esperanzas de participar en una operación en Cabo Catro que tenía algo que ver con la liberación de esclavos, o algo así. Pero, ¿cómo iban a abarcar algo tan grande? Daba igual que hubiese en Blomr uno o cincuenta cuarteles, no serían suficientes, a menos que colaborasen los activos de toda la República. Sin embargo, dudaba de que en las Tierras del Norte existiera la iniciativa rebelde.

No era la primera vez que se preparaba algo así. A lo largo de la República de Crowfreid las capitales de los condados habían sido testigos de varios disturbios que habían provocado polémica y cierto escepticismo, pero en aquellos momentos no sabía que se trataba de algo tan bien organizado. Además, meterse con Cabo Catro eran palabras mayores. Las Tierras del Norte contaban con los mismos avances tecnológicos y medios que las Llanuras del Sur, donde se encontraba el condado de Bloor, pero su cultura era muy diferente y las personas tenían un aire más elitista con un

matiz de costumbrismo.

Ente viento y arena, Rener y Naya llegaron por fin a Cabril.

- Sígueme – le dijo Naya.

En las villas no entraba cualquiera, no al menos sin llamar la atención. Su gente detectaba a un forastero a un kilómetro a la redonda. Pero a Naya la conocían, aquella era la villa natal de Ica. Caminaron a través de las precarias calles hasta que llegaron a la casa de Val “El Usurero”, donde solía hacer sus reuniones y negocios.

Asistirían a la negociación Rener y Naya, el resto del equipo se encontraba como soporte infiltrados en distintos puntos alrededor del lugar. Cloud no había informado de ningún movimiento extraño hasta entonces, por lo que accedieron a la angosta casa de paredes redondeadas.

- ¿Val?

- ¡Naya! ¿Qué haces aquí? ¿Quién es este? Tienes que irte, ¡estoy ocupado! – Val les sobresaltó saliendo de entre las sombras de un rincón. El sitio no estaba especialmente bien iluminado y olía a cerrado y a cuero.

- Vengo a hablar contigo. Sé que tienes una negociación hoy y quiero entrar.

- ¿Qué? ¿Cómo sabes...?

- Es una larga historia, ya sabes. No te preocupes, no te causaré problemas.

- Pero bueno, no puedes participar. No sé cómo te habrás enterado, pero es una reunión privada, ¡tienes que irte!

- Val, no te alteres hombre – dijo Naya con tono suave – mi padre trabaja en la Quoterly, ¿recuerdas? Vengo por orden suya. Mira, te lo voy a contar, pero sólo porque confío en ti -. Aquello pareció interesarle -. Estamos todos al tanto, solo quieres a alguien que finja ser un comprador externo para ejercer más presión. Vengo como “agente privado” para lograr abaratar el precio. Mis compañeros fingirán que no me conocen, claro. Les apretaremos las tuercas a los de Yashak y tú te llevarás una generosa comisión que de sobra compensará los riesgos -. Aquél era el punto justo. A Val le despertó un brillo malicioso en los ojos -. Claro, que entiendo que no quieras aceptar, oye, esta es tu casa, son tus reglas. Si te da miedo, lo entiendo.

- Así que ahora trabajas para la Quoterly... vaya. En fin, no me tomes por tonto, guapa. No voy a simplemente aceptar una “generosa” comisión. Me

expongo a mucho, la conoces a los Drey -. Debía estar halando de los vendedores de Yashak. Bien, ya tenían un nombre.

- Claro, lo entiendo – miró fugazmente a Renner, se le estaba resistiendo – pero sabes que un favor no viene solo. Tan solo queremos abaratar el precio, y la compañía te tendrá en cuenta para futuras operaciones.

“El Usurero” se quedó algo pensativo. Naya echó un vistazo a la caótica casa con un gesto exagerado para que él lo viera.

- Val, te hablo desde la confianza que tenemos – inexistente, tan solo eran conocidos, pero adornarlo un poco le vendría bien – te aconsejo que no rechaces un buen pago por un trabajo fácil. Cabril se seca día tras día y apuesto a que tienes alguien a quien alimentar. No pasa nada si te niegas, pero sé cómo se mueve la Quoterly, y no volverán a contar contigo. En caso de que accedieras, te aseguro que no sufrirás ningún daño y te vendrá muy bien la comisión.

Se quedó un momento callado, mirando al suelo. Naya ya no sabía qué más decirle.

- Traerás un adelanto – por suerte, sabía cómo se las gastaban en las villas.

- Claro -. Tendió la mano hacia Renner, el cual le dio un saquito de plástico con diminutas piedrecitas de color verde pálido. En las villas, un soborno con estupefacientes siempre era más valioso que el simple dinero. Se lo dio a Val, el cual lo miró a la tenue luz que entraba a través de la cortina que hacía las veces de puerta.

- Es bastante opaco – se quejó.

- Es lo justo – Naya le mantuvo la mirada.

- ¿Y este? – preguntó, prestando por fin atención a la presencia de Renner.

- Es amigo de confianza. Podrías fiarte de él más que de mí.

Val se rio entre dientes.

- Yo no me fio ni de mi sombra, guapa. En fin, quedaos por aquí, llegarán de un momento a otro.

Efectivamente, el resto de intervinientes no tardó mucho más en entrar en la casa. Los primeros fueron los tales Drey. Val se los presentó manteniendo la versión de haber encontrado a última hora unos particulares de confianza y repitió la misma versión delante de los de la Quonterly, que llegaron los últimos, para continuar con la tapadera frente

a los de Yashak, sin saber que ellos también estaban siendo engañados. Con unas pocas cajas de mercancía por delante a modo de muestra del arsenal que tenían en el camión que habían dejado tras la casa, comenzaron a hablar de precios y unidades, más o menos el número que sospechaban. En determinado momento de la negociación, Naya intervino.

- Yo estoy interesada en un par de lotes, sin embargo, a vosotros no os conozco, no como a otros fabricantes como Calfo o Tiger. De ellos sí me fío al cien por cien, pero no veo en este material ninguna marca ni sello de calidad al respecto. ¿Cómo me garantizáis mi compra?

Uno de los vendedores, vestido con un chaleco descosido en algunas partes, agujereado en otras y sucio en todas, cogió una de las pistolas que estaban inspeccionando y le apuntó directamente a la cabeza. Rener no hizo nada y ella mantuvo la calma, estaba concentrada. Sabía que no haría nada, jugaba con la carta de que ellos no sabían en realidad quién era y tenía demasiados riesgos matar a una desconocida que quería comprar dos lotes enteros de armamento y munición, y a su parecer les podría meter en un problema demasiado grave para una compañía cualquiera de Yashak. Creía que no haría nada.

- Y si probamos ahora mismo su puntería, ¿te parece suficiente garantía?  
- le dijo aquél hombre de dientes grisáceos.

- No -. Contestó ella y, con la pistola aun apuntándole, siguió hablando -. Deberías tener más cuidado según con quién tratas, miserable. Pol - llamó a Rener por el primer nombre que se le ocurrió -, vámonos. Esto es insultante.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Entonces otro de los vendedores les interrumpió el paso, sosteniendo una escopeta.

## Capítulo 14

### Capítulo 14

Aquella tarde habrían tenido visita de no ser por el inesperado ataque de las fuerzas del ejército. Desde que Encro subió al poder, las cosas habían ido empeorando día tras día. Crowfreid ya recortaba la inversión en educación y sanidad en las villas, además de fomentar una cultura de odio hacia sus habitantes, pero nunca había ido más allá. Sin embargo, cuando Encro salió elegido Jefe de Todos los Condados, todos los presidentes de poca monta se sumieron a su voluntad, perdiendo toda la independencia que tenían tiempo atrás, y las villas habían comenzado, poco a poco, a deteriorarse hasta parecer un preludio de la vida en las Tierras del Norte, con sus casas y su esclavitud. Sin embargo, aquello ya no importaba. Daban igual las intrigas políticas, las misiones, Eiren o el Gobierno. Ahora temía por los suyos, por su marido, sus hijos, sus amigos... si lo hubieran sabido, si hubieran tenido algo más de tiempo, tan solo unos minutos les habrían permitido escapar de la villa. Pero eso ya no sería posible.

Cargaba con su bebé en brazos, rezando porque no llorase. Pero estaba tranquila. Miraba alrededor con los ojos muy abiertos, ajena a la matanza que se estaba cometiendo a su alrededor. Estaban agazapados tras el muro exterior de una pequeña cabaña, esperando a que los soldados que estaban al otro lado terminasen de matar a la familia que en ella vivía. Escuchaba los llantos de los niños, el silencio del padre y los desgarradores gritos de una madre que presenciaba cómo lo perdía todo. Solo podía mirar a los ojos de su pequeña. No sabría si en otra ocasión hubiera intervenido, pero en aquella habría dejado morir a mil familias con tal de salvar a la suya. Y así se quedó, concentrada en su carita, con su marido y su hijo mayor a su lado, abrazándose el uno al otro.

Cuando cesaron los gritos, los soldados se fueron calle arriba. Todo parecía despejado. Anduvieron con cautela, moviéndose rápido entre las casas y las calles. Por desgracia no había demasiados sitios donde esconderse, asique tenían que estar con un millar de ojos en cada esquina. Consiguieron, a duras penas, llegar al exterior del pueblo, presenciando una y otra vez horrores como el que habían vivido hacía unos minutos. Lo peor de todo es que no eran desconocidos. Eran amigos y vecinos los que morían a manos de monstruos que disfrutaban torturándolos. Para ellos no eran personas, los soldados se comportaban como el niño que juega a matar insectos, curioso por lo grotesco del hecho.

Miraba a su hijo, que había visto todo lo que ocurría. Era demasiado joven para aquello, no tenía la madurez suficiente para superarlo, aunque si lo pensaba bien, ¿quién la tenía? Mirándolo, dobló una esquina. Entonces fue cuando escuchó las voces de los soldados. Le habría dado tiempo de no

dar ese último paso, sin embargo, lo dio. Y se arrepintió de ello lo poco que le quedaba de vida. Retrocedió al instante, pero ya les habían visto. Miró a su marido, aterrorizada. Era culpa suya, ella había matado a sus hijos. Se preguntó si su marido estaba pensando también en matarlos ellos antes de que lo hicieran los soldados, ya habían visto arder a varias familias en piras de madera. Pero nunca se atrevió a decirlo en voz alta. Tomó la iniciativa, él estaba paralizado. Confió en la idea de que solo la habían visto a ella como la que se agarra a un clavo ardiendo, no quería pensar en ninguna otra posibilidad. Le dio la niña a su marido y les obligó a correr. Bien lejos, todo lo que pudieran, sin mirar atrás. Acogería con gusto cualquier destino, por muy cruel que fuera, si ellos se salvaban.

Nunca supo por qué atacaron aquella villa ni por qué con tanta fiereza, tampoco supo si atacaron alguna más. Solo sabía que iba a morir. Pero lo único que le inundaba la mente mientras los soldados la arrastraban al interior de una casa, con varios cortes, golpes y la ropa rasgada, era que, si sus hijos lograban sobrevivir, lo harían sin madre, y eso le partía el alma.